This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

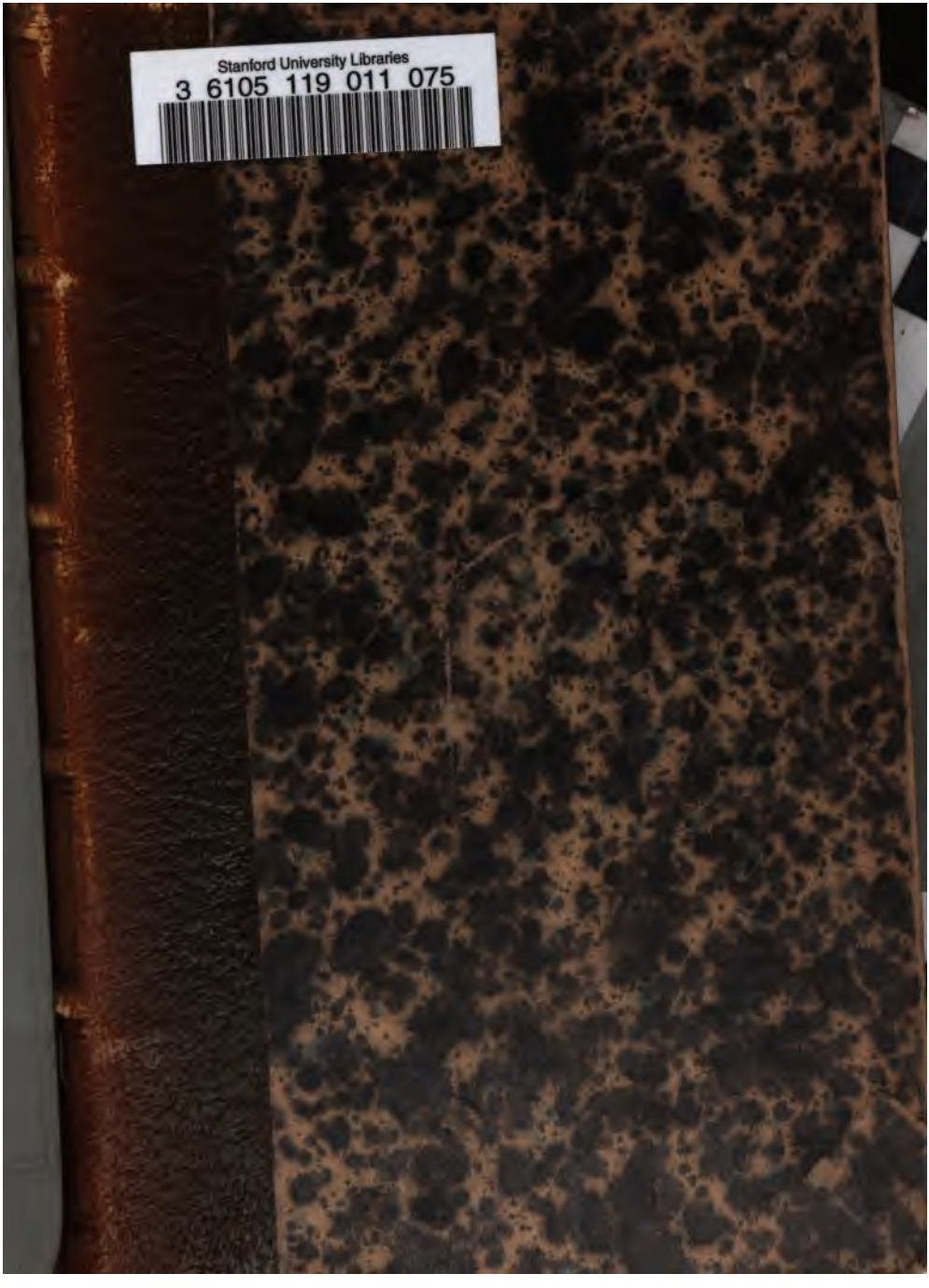
+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

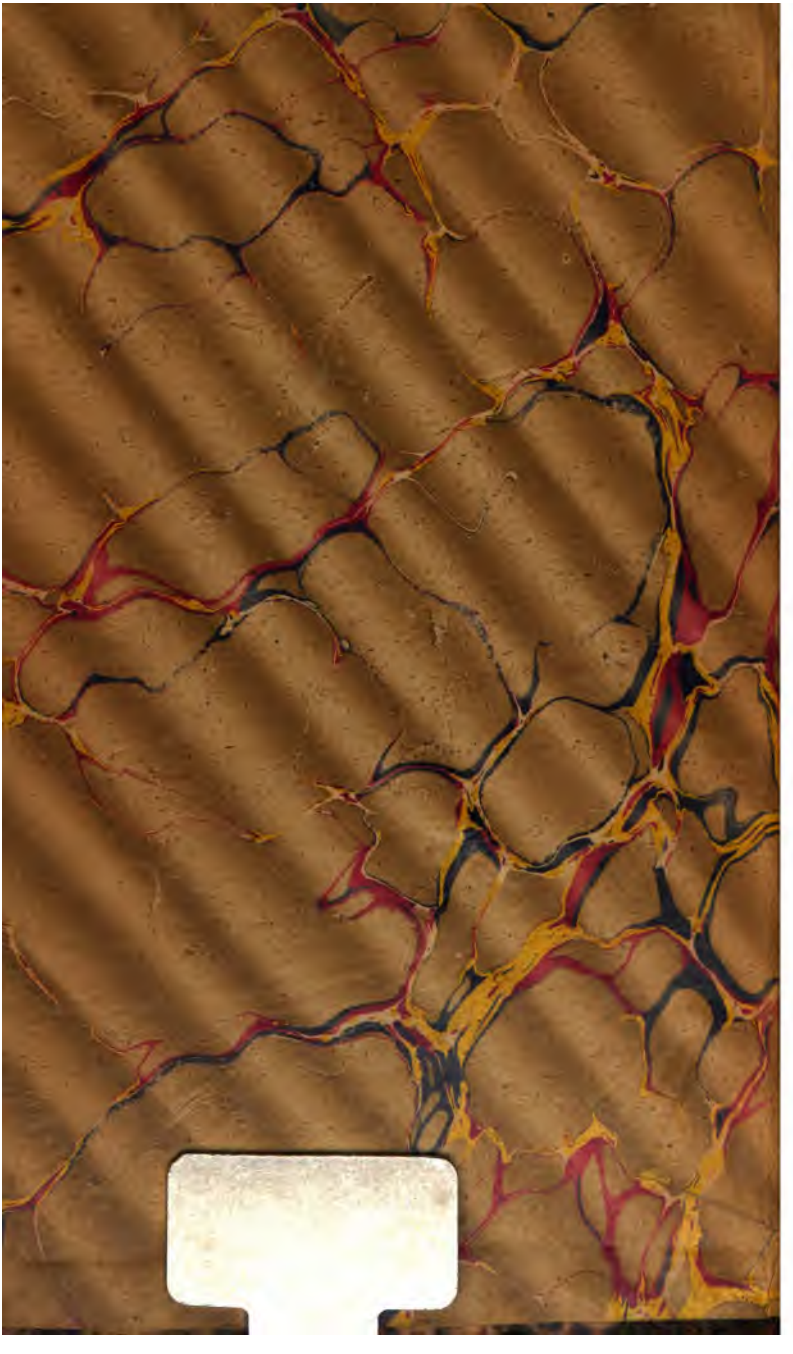
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`


Stanford University Libraries
3 6105 119 011 075



864
S 61m

MUJERES ILUSTRES

NARRACIONES HISTÓRICO-BIOGRÁFICAS

ESCRITAS POR

MARÍA DEL PILAR SINUÉS

TOMO TERCERO

MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE ÁLVAREZ HERMANOS
15—Ronda de Atocha—15
1884

Es propiedad de la autora.
Queda hecho el depósito que previene la ley.
Toda esta edición lleva una contraseña reservada.

STANFORD LIBRARY
194540

MARÍA JOSEFINA

TASCHER DE LA PAGERIE

VIZCONDESA DE BEAUHARNAIS Y EMPERATRIZ DE FRANCIA

I.

El sol iba lentamente á hundirse en el mar que lame las extensas sábanas que forman la rica colonia de San Pedro en la Martinica, y la brisa de la tarde mecía dulcemente las palmeras, los cocoteros y los colosales arbustos cargados de flores y de aromas, cuando una joven, ó más bien una niña, salía de una elegante casa, atravesando lentamente un extenso parque que precedía al edificio y que se cerraba con una verja de hierro.

Detrás de la casa, á la derecha, y en una eminencia vecina, se oía el canto de los esclavos, que ganaban en los ingenios el oro con el sudor de su rostro.

El paisaje estaba bañado de luz, y la calma y la tranquilidad le envolvían por todas partes: cantaban los pájaros el himno de la tarde; el espumoso río, guarnecido de cañaverales, murmuraba, besando las flores de la ribera: á lo lejos una campana resonaba con el *Angelus,* que llamaba á los fieles á la oración y á las alabanzas de María.

La joven que apareció en el umbral de la casa, era casi una niña, y su dulce figura en todo digna de aquel hermoso y tranquilo cuadro.

No se admiraba en ella una gran belleza, ni á primera vista se la hubiera podido llamar bonita; mas si la primera mirada que se la dirigía dejaba el alma tranquila, la segunda ya se detenía en ella con una secreta complacencia, y poco á poco el poderoso encanto que emanaba de su persona iba robando el corazón...

Podía contar catorce años, y su estatura, que apenas llegaba á mediana, era ya la que había de tener, pues en aquel cálido clima el crecimiento de la mujer es tan rápido como prematuro.

Sus formas eran esbeltas, delicadas y llenas de tal armonía, que ninguna de ellas se hubiera deseado más bella ó más perfecta: su talle flexible, sin ser muy delgado, ostentaba tanta gracia, que era difícil no admirarle como el modelo más exquisito: la tabla de su pecho, alta y gallarda, dejaba ver el arranque de una garganta hecha á torno, más bien corta que larga, y adornada con un gracioso hoyuelo; sus hombros redondos é infantiles, sus manos y pies de niña, todo era delicado y noble, casto y voluptuoso á la vez, uniendo la más exquisita gracia francesa, al abandono de la criolla.

Cuando la atención podía separarse de aquella linda figura para pasar al rostro, quedaba allí más cautiva: hallábase con una carita blanca como la

azucena, dulcemente ovalada y terminada por una graciosa barba: un bosque de cabellos negros cubría su cabeza, más bien pequeña que grande, y negras también eran sus cejas finas y arqueadas y sus largas y rizadas pestañas.

Por un capricho de la naturaleza, los ojos de aquella joven eran de un azul subido y oscuro, y brillaban como dos grandes zafiros entre sedosas franjas negras.

Tenía la nariz graciosa y ligeramente levantada, y su boca era bonita y delicada, si bien con el defecto de tener muy mala dentadura.

Pero este defecto apenas lo era por la especial configuración de sus rosados labios, que formaban un arco de coral húmedo y brillante, y además se olvidaba fácilmente, fijando la vista en las otras perfecciones de su rostro.

Tenía puesto un traje de muselina blanca, corto hasta dejar ver dos pies diminutos, calzados con botines de raso azul: un cinturón azul ceñía su talle, y otra cinta de raso del mismo color se enredaba entre los negros bucles de sus cabelllos.

Llevaba unos pendientes de oro muy sencillos, y adornaba su linda y redonda garganta una cadenita de oro también, que sostenía una cruz del mismo metal.

Las mangas del vestido, cortas y huecas, dejaban ver sus torneados brazos, terminados por unas manos de marfil.

La joven se detuvo en el umbral de la puerta de la casa, miró hacia el parque, que abrazó con una mirada melancólica, y luégo volvió sus ojos al camino, como si esperase ver llegar á alguno por entre los corpulentos árboles que le bordeaban.

Una voz de mujer que se oyó á alguna distancia le hizo volver la cabeza.

Aquella voz tenía un eco dulce y cariñoso, y no pronunció más que esta sola palabra:

—¡Josefina!

—Aquí estoy, tía, respondió suavemente la joven.

—¿No vienes á terminar tu lectura? preguntó la misma voz.

—Tía, estoy esperando á Pascuala, dijo la joven con acento algo trémulo: deseo saber de mi madre.

—¡Qué desgraciada imaginación la tuya! dijo más cerca la voz de la dama á quien Josefina había llamado tía; y un innstante después, una señora como de cincuenta años apareció en el umbral de la casa, deteniendose á poca distancia de la joven, á tiempo que ésta enjugaba una lágrima con la yema de su dedo índice.

—¿Por qué has de pensar siempre en lo peor? dijo tomando la mano de Josefina, atrayéndola hacia sí y besándola en la frente con íntima ternura.

—¡Bien sabéis, tía mía, el fatal estado de mi pobre madre! exclamó la niña, que ya no pudo reprimir su llanto: ¡Ya sabéis cuánto la amo! ¡hace

ya cuatro días que no la veo, y estoy con una inquietud mortal!

—¿No te envía tu padre noticias suyas tres veces cada día?

—¡Sin duda; pero yo no la veo!

—¿Eso es decirme que quieres ir á verla?

—¡Oh tía mía! exclamó Josefina, tomando la mano de la dama, y llevándola á sus labios:

Y vencida por su timidez, no pudo decir más.

—Hija mía, dijo la buena señora: veo que no eres á mi lado tan felíz como yo desearía, y sin embargo, no puedo resolverme á cederte á tus padres: tú eres para la soledad de mi casa como un bello rayo de sol, que todo lo anima y vivifica; no obstante, el amor de tus padres apenas te deja un lugar en tu corazón libre para mí, ¡y esta certeza me hace desgraciada!

—¡No me habléis así, tía mía! exclamó Josefina echando ambos brazos al cuello de la señora con una profunda expresión de cariño: ¡Que no os amo yo! ¡Que no queda en mi corazón sitio para vos! ¡Para vos, que me habéis educado, que habéis sido para mí, que sois la más tierna de las madres! ¡Ah! ¡Cómo haría yo para abriros mi corazón, y para que vierais en él el sitio que ocupa vuestra querida imagen!

—¡Vamos, cálmate! dijo la buena señora abrazando á su sobrina; somos dos locas y todo lo exageramos en materia de sentimiento; debía yo tener

razón por las dos y tengo menos que tú; no llores, hija mía, prosiguió enjugando las lágrimas que, como gotas cristalinas, se deslizaban por las mejillas de la joven: mira, allí viene Pascuala.

Volvióse Josefina y vió llegar, en efecto, á una negra alta, corpulenta y ya de edad avanzada.

Josefina se separó de los brazos de su tía y voló á su encuentro.

—¿Y mi madre? preguntó ansiosa.

—Está mejor, señorita, contestó la interpelada: venía á decíroslo.

—¿Ha preguntado por mí?

—Dos veces.

—¿Y mi padre?

Pascuala bajó la cabeza y nada respondió.

—¿Está malo mi padre? exclamó asustada Josefina, y mirando á la negra con ansiedad.

—No, no, señorita, lo que está es furioso

—¿Furioso? ¿Por qué?

—Se ha incomodado mucho con uno de los esclavos de la casa, y está pensando en el castigo que se le dará esta misma tarde.

¡Santo Dios! exclamó Josefina: ¿y qué esclavo es ese?

—Daniel, el que se iba á casar esta misma semana con la negrita Elisa; como vos, señorita, os interesáis por todos los esclavos, fácilmente recordaréis quién es.

—¡Sí, sí! respondió Josefina; Daniel... lo re-

cuerdo; el que cuidaba de mis macetas: el que me buscó un día un nido de pajaritos azules y rojos... el hijo de la vieja Nineta...

—Ese mismo: ¡ah señorita! bien sabía yo que vos teníais la memoria del corazón!

—¿Y qué ha hecho Daniel?

—Se ha separado del trabajo antes de la hora de costumbre para ir á ver á Elisa.

—¿No tiene otro delito que ese?

—No, señorita: ¡ah! si vos estuvierais en casa...

Y la buena Pascuala enjugó dos lágrimas, pensando en la suerte del pobre negro.

—Vete hasta mañana, dijo madame Renaudín, que este era el nombre de la tía de Josefina; así verás á tu madre, y suavizarás el rigor del castigo que va á sufrir ese desdichado.

—Gracias, tía mía, contestó la joven, abrazando cariñosamente á la buena señora; gracias y hasta mañana.

Y con la ligereza de una cervatilla, salió seguida de Pascuala, que la miraba con aire enternecido.

II.

Josefina andaba con paso rápido, deseando llegar lo antes posible á su casa, á fin de evitar al pobre esclavo el castigo que le amenazaba.

Al dar la vuelta á un cañaveral, que sombreaba la margen del río, salió de entre la espesura una mujer vieja y casi cubierta de andrajos.

Era un sér extraño, medio mulata y medio gitana, que hacia poco había llegado al país, y que habitaba en una especie de caverna al pie de una alta montaña.

Josefina no la había visto nunca, aunque había oído hablar de ella: así es, que al verla se detuvo sorprendida, á pesar de su anhelo por llegar á la casa paternal.

La gitana se puso delante de ella, la miró á su vez con atención, y exclamó con acento enfático.

—¡Gracias sean dadas al que todo lo puede, por haberme puesto en presencia de la hija de la luz, del ángel de la montaña, la que tiene la cara de un serafín y el corazón de una paloma!

—Dejadme pasar, buena mujer, dijo la joven: tengo prisa.

—¡No sin que yo te diga, hermosa niña, la buenaventura! exclamó la maga: dame tu mano.

—Estoy de prisa, repitió Josefina; ya veis que va á hacerse de noche: ¡dejadme que me vaya!

—Poco tiempo podéis estar detenida, aunque oigáis la buenaventura, señorita, dijo Pascuala, que ardía en deseos de saber lo que iba á predecir la gitana: vamos, dadle vuestra mano, para ver lo que os espera en la vida.

—¡Tú estás loca, mi buena Pascuala! murmuró

Josefina algo confusa; pero antes de que hubiera pensado si debía retirarse ó permanecer allí, la maga se había apoderado de su blanca y pequeña mano, y parecía leer en ella algunos caracteres misteriosos.

—¡Vamos, hablad! exclamó Pascuala, que se moría de impaciencia, por saber pronto la suerte que estaba destinada á Josefina: hablad, porque tenemos prisa.

—¡Escuchad! empezó la maga con voz profética: escuchad, bella niña, dulce como la brisa que corre entre los árboles del bosque: os casaréis con un oficial francés de distinción, y esto será dentro de muy breve tiempo.

Josefina dejó pasar por sus labios una sonrisa. Y no es esto todo, prosiguió la gitana: quedaréis viuda joven aun, y volveréis á casaros con un guerrero, cuya fama llenará el mundo, y que os hará más que reina.

—Vamos, vamos, Pascuala, dijo riendo la joven; da algunas monedas á esta pobre mujer, y apresuremos el paso, pues deseo con impaciencia ver á mi madre.

La negra dió dos monedas de plata á la adivina, y siguió á la joven, que, á pesar de su aparente indiferencia, iba pensando en lo que había oído.

—¿No os ha impresionado lo que esa mujer os ha dicho? preguntó la negra.

—Un poco, respondió Josefina; pero no creo una palabra: ¡Cuánto se va á reir mi madre cuando lo sepa!

Ambas mujeres llegaron muy pronto al ingenio. Josefina, á pesar de la impresión que le habían hecho las palabras de la adivina, pensaba sin cesar en el pobre negro á quien iba á castigar su padre con tanta crueldad, y dirigiéndose al instante á la habitación de su madre, encargó á Pascuala dijese á aquél que necesitaba hablarle.

Madame Tascher de la Pagerie era una señora de edad ya avanzada, y cuya salud estaba minada por una cruel enfermedad: Josefina era la última de sus hijas, y por lo mismo había concentrado en ella toda la ternura de su corazón: sin embargo, mirando por la suerte venidera de aquella hija querida, la había cedido á su hermana madame Renaudín, señora muy rica, viuda sin hijos, y que adoraba á Josefina, y pensaba nombrarla su única heredera cuando pasase á mejor vida.

De esta suerte, la señorita Tascher de la Pagerie vivía rodeada de amor y de ternura, y aquella atmósfera cálida y perfumada contribuyó á hacer más exquisita su natural y delicada sensibilidad.

Cuando entró á ver á su madre, se hallaba ésta recostada en su ancho sillón: sus facciones se parecían á las de su hija; pero de la misma manera que se parece la rosa seca y ajada al capullo que se abre en el mismo rosal.

Aquella pobre mujer llevaba impreso en su rostro el sello de grandes y ocultas penas: siempre víctima del carácter feroz de su marido, y siempre disimulando lo mucho que le hacía sufrir, su salud había llegado á alterarse profunda é irremediablemente, y la alegría había desaparecido para siempre de su alma.

Abrazó á Josefina con íntima ternura y la llenó de besos, teniéndola algunos instantes apoyada en su corazón.

—¡Cuán dichosa soy al verte, hija mía! exclamó: tu presencia es para mí como el primer rayo del sol que nos envía la mañana, después de una noche de tempestad. ¡Ah! si pudiera tenerte siempre á mi lado, yo sería del todo dichosa y bendeciría la bondad del Todopoderoso.

—Y yo, madre mía, respondió Josefina, y yo también sería mucho más feliz al lado vuestro: las horas que os veo, son mis horas de alegría. ¿Queréis que me venga con vos mientras estéis mal de salud?

—¡Ah! exclamó la pobre madre; eso sería demasiada felicidad! Y luégo tu tía se ofendería con tu padre y conmigo... Mi enfermedad, hija mía, no es de las que pasan ó se alivian, no: ¡Ya no me dejará hasta el sepulcro! Vete á ver á tu padre, hija mía, prosiguió: también desea mucho verte.

—Sí, ¡sí! exclamó Josefina levantándose: necesito verle... ¡es preciso! tengo que pedirle que sus-

penda el castigo que va á imponer á un pobre esclavo... ¡Ah, madre mía! ya no me acordaba; iré, alcanzaré el perdón de ese desdichado, y luégo volveré para contaros una cosa muy extraña que me ha sucedido al venir.

—¿Una cosa muy extraña?

—Sí, madre mía: he hallado á una adivina, á una maga...

—¿Y qué te ha dicho? preguntó sonriendo la madre, pues conocía á la profetisa.

—¡Que seré reina!

—Más que reina, añadió Pascuala: y casada dos veces...

—¡Casada dos veces! repitió estupefacta la madre: ¡Ay pobre hija mía! Si yo tuviera seguro el que te casases una, qué dichosa sería!

—¡Pues qué, señora! exclamó Pascuala: ¿no pensáis que este ángel pueda hallar un buen esposo? ¿Tan poco vale? ¡En verdad que sois muy injusta!...

—No quiero decir que mi hija valga poco, mi buena Pascuala, dijo madame Tascher, no: ¿quién puede estimarla más que su madre? ¡Ah! yo la creo superior á todos los tesoros de la tierra; pero la fortuna de su padre está comprometida de una manera harto visible, y estas colonias francesas ofrecen pocos partidos admisibles. ¡Si yo pudiera llevarla á París!...

—Por fortuna, señora, la niña no oye vuestras

tristes predicciones, dijo la negra: ya se ha ido á pedir á su padre gracia para el pobre Daniel: ¿pero es justo, ama mía, que os martiricéis con tan poco motivo? ¿Pensáis que Josefina no hallará un esposo modelo? ¡Si pensáis así, sois por cierto bien injusta, no sólo con nuestra niña, sino también con la divina Providencia, que nos la ha dado!

—Tu cariño á Josefina te ciega, mi buena Pascuala, dijo la tierna madre sonriendo tristemente. ¡Ojalá el cielo escuche tus votos y convierta en realidad tus esperanzas!

—Yo estoy tan cierta de que sucederá, que desde ahora sólo la voy á llamar la *Reinecita* (1).

Y Pascuala, para huir de la prohibición que acaso su señora pudiera hacerle, de emplear aquel nombre para su hija, salió de la estancia y se fué á sus quehaceres.

Entretanto Josefina había corrido al cuarto de su padre, cuya puerta halló cerrada.

Una opresión de corazón la sobrecogió ante aquella puerta helada y muda, imagen fiel del corazón de aquel hombre.

A través de la cerradura se oían los pasos desiguales del colono, que medía la estancia sumergido en sus sombrías cavilaciones.

(1) Este era en efecto el apodo con el que se conocía á la señorita Tascher de la Pagerie en las colonias francesas hasta su casamiento.

Josefina, temblando, se acercó dos veces á aquella puerta, y otras dos volvió á retirarse; pero al dar un paso para retroceder, pensó en el pobre Daniel, y halló el valor que de otro modo no podría haber encontrado.

Con la palma de su pequeña y blanca mano dió un golpecito, y la dura voz de su padre respondió desde adentro:

—¿Quién es?

—¡Yo, papá!... contestó tímidamente la niña: ¡Yo... ábreme!

—¿Eres tú, Josefina? tornó á preguntar la voz, que entonces pareció más suave.

—Sí, ¿no me conoces?

—¿Cuándo has venido?

—Hace un momento, y después de ver á mamá he corrido á saludarte.

—Vuelve luégo...

—¿Y por qué no te he de ver ahora, papá mío?

—Ahora estoy ocupado... luégo te veré.

—No estás ocupado, repuso Josefina con voz serena, no obstante que se ahogaba. ¡No estás ocupado, porque te oigo pasear!

—A pesar de eso, no te puedo recibir: ¡Tengo pésimo humor!

—Sólo quiero decirte dos palabras.

—Luégo.

—¡Ahora, papá! ¡Son muy precisas!

—¡Déjame en paz! gritó ya enojado el padre.

—¡Imposible, papá! Me he caído, me he hecho mucho daño, y es preciso que te lo enseñe.

—¡Te has caído! exclamó el padre, descorriendo al instante el cerrojo: ¡Te has hecho daño! ¿Y dónde, dónde?

Josefina quedó inmóvil y herida de sorpresa: en su deseo de que le abriera la puerta, no había calculado que su mentira iba á ser descubierta; así es que, cortada y confusa, no supo qué responder.

—¿Te has herido?... ¿dónde?... habla, exclamó su padre impaciente.

—¡Ah, papá! repuso la niña, tomando de repente su partido: ¡Me he herido... en un pie!

—Veamos la herida.

—Luégo, luégo: déjame entrar en tu cuarto.

Y Josefina abrió la puerta que guardaba su padre, y se entró en el aposento, apoderándose de una silla que ocupó.

Aquella estancia presentaba un aspecto casi lúgubre: un mueble de hierro, donde el colono guardaba sus valores, una mesa de encina tallada, unos cuantos sillones del mismo género, mapas, esferas, y una rica panoplia formada de armas extranjeras, componían el mueblaje: á pesar de ser aún temprano, ya había dos bujías encendidas, que ardían sobre la mesa de escribir.

El padre de Josefina tenía una figura severa, pero no ruda ó cruel: se conocía que las penas y los mil cuidados que traen los negocios habían

blanqueado prematuramente sus cabellos: en la mirada que fijó sobre su hija se advertía una ternura profunda.

—Papá, dijo Josefina levantándose y dejándose caer de rodillas delante del colono: papá mío, antes de enseñarte mi herida, quiero pedirte un favor.

—¡Un favor! repitió absorto Mr. Tascher.

—¡Sí, papá, un favor! el de que perdones á Daniel por la falta que ha cometido.

—¡Cómo! exclamó el colono: sabes...

—Que le vais á castigar.

—Y cruelmente.

—¿Por una falta tan leve?

—Por una falta repetida mil veces, y de la cual no se quiere corregir.

—¿Y cómo lo hará, papá? El amor es más fuerte que él, dijo la amable niña con una extrema y encantadora candidez.

—¿Cómo lo sabes tú? dijo el padre, que no pudo menos de sonreirse.

—Me lo figuro, papá: ¡El amor debe ser una cosa muy grande y muy bella, y yo lo juzgo por el que te tengo á ti!

El colono besó á su hija en la frente.

—¡Ah, picarilla! exclamó: ¡Cómo sabes por dónde has de engañarme!

—Yo no te quiero engañar, papá de mi alma, exclamó Josefina; al contrario, quiero evitarte el cometer una mala acción.

—¿De qué modo?

—Consiguiendo de ti que perdones á Daniel.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Se burla de mi autoridad, y da mal ejemplo á los demás esclavos.

—¿Sólo ha dejado el trabajo para ir á ver á su novia? ¡Y qué cosa más natural, papá! Cuando yo tenga novio desearás que me quiera mucho, ¿no es verdad?

—Sin duda.

—Pues bien, entonces ¿por qué has de culpar á Daniel, porque quiere á Elisa?

—No es la misma cosa.

—La misma, todos somos hijos de Dios; en fin, papá, yo he sabido hoy una cosa que te alegrará, y te la voy á decir si me ofreces perdonar á Daniel, ó más bien, si me das su perdón para que yo se lo vaya á llevar.

—¿Qué has sabido?

—Me han dicho que seré casada dos veces: y la segunda con un guerrero que me hará más que reina.

—¿Quién te ha dicho eso?

—La buenaventura.

—¡Qué! ¿tú crees á esa bruja?

—Cuando dice cosas agradables y bellas, sí.

Reinó el silencio durante algunos instantes: Josefina, á pesar de su aparente serenidad, tenía el

corazón palpitante y esperaba, temblando á la vez con la impaciencia y con la duda, el perdón del pobre esclavo. Por fin, fué su padre el que habló para decir:

—Vamos, enséñame el golpe que has recibido en el pie, y déjame solo.

—¿No llevo la orden de poner en libertad á Daniel?

—No.

—Pues entonces, papá, no me muevo de aquí, exclamó la niña con los ojos llenos de lágrimas arrancadas por el despecho y el dolor; he ofrecido llevar el perdón, y si me haces faltar á mi palabra, no me pongo ya más delante de esas pobres gentes: ¿Qué dirían de mí? ¡Eso sería vergonzoso!

—Ve y di que pongan en libertad á Daniel, dijo el padre: veo que te has empeñado en eso, y que no te irás de aquí si no consigues lo que deseas: enséñame la herida del pie, y vete á curarla.

—¡Ya está! exclamó Josefina saltando alegremente: no tengo herida alguna.

—¡Cómo! ¿Me has engañado?

—Sí, papá.

—¿Con qué objeto?

—Para que el afán de ver mi herida te hiciese darme el perdón de Daniel.

—Vete, pues, vete, y y déjame en paz.

—¡Papá! exclamó Josefina suspendiéndose al

cuello de su padre: en recompensa de lo que has hecho, voy á estarme contigo ocho largos días.

—¿Y te dejará tu tía?

—¡Sin duda! Adiós y gracias, mi buen papá.

Josefina abrió la puerta y salió de la estancia saltando como una cervatilla.

Dirigióse en seguida á la planta baja de la casa, donde halló á su negro paseándose por delante de algunas puertas cerradas.

—¿Cuál es el calabozo donde está Daniel? preguntó Josefina al negro que se paseaba.

—Aquel, señorita, dijo señalándole la segunda de las puertas.

—Ábrelo, mi buen Francisco; ábrelo de orden de mi padre.

—¡Ah, señorita! ¿Será verdad que traéis su libertad? preguntó enternecido el buen hombre.

—Sí, tanto he rogado, que me lo ha concedido.

—¡Sois un ángel, la providencia de todos nosotros, el ángel tutelar de los pobres esclavos!

Francisco abrió la puerta del calabozo, y Josefina llamó con voz dulce:

—¡Daniel!

—¿Quién me llama? preguntó una voz sorda y triste.

—Yo, Daniel: ¡Josefina! Sal, que estás libre.

—¡Dios mío! ¿es á vos á quien lo debo? exclamó el pobre negro, que de un salto se puso junto á la puerta: ¡Sí, prosiguió, á vos, á vos sola!

—Yo he alcanzado tu perdón de mi padre, dijo la amable niña; pero ten cuidado, porque mi padre dice que abusas de su paciencia: no dejes el trabajo antes de la hora señalada por ir á ver á Elisa: ¿No vais á casaros pronto?

—Dentro de un mes, señorita.

—¿Por qué, pues, esa impaciencia por verla, si dentro de breve tiempo será tuya para siempre? No pagues con ingratitud á mi buen padre, Daniel; aunque os quejáis de su carácter, ya ves cómo yo alcanzo siempre que sea con vosotros humano y generoso.

Daniel besó la mano de Josefina, y salió al campo en dirección á la choza de su anciana madre, donde Elisa le esperaba sin duda, llorando por el castigo que le amenazaba.

Josefina volvió al lado de su madre.

Allí, apoyada su cabeza en el regazo de la buena señora, le contó cuanto había pasado durante los días que había estado sin verla, le enteró de sus inocentes ocupaciones, y le habló de las labores que tenía proyectadas, de las limosnas que había hecho, y de las flores que cultivaba.

Porque Josefina tenía una verdadera pasión por las flores: en el jardín de su tía, un inmenso parterre estaba dedicado á sostener las flores más delicadas de los trópicos, los arbustos más raros, y las plantas más extrañas y más bellas.

Dos esclavos inteligentes en el ramo de jardi-

nería eran los encargados de aquel pequeño oasis, que daba cada día una rica cosecha de flores para embalsamar, no sólo el aposento de Josefina, sino el salón y la sala de labor, donde ella pasaba muchas horas del día entregada á sus labores y al cultivo de la música y de la pintura.

Así se deslizaba la bella, inocente y poética existencia de aquella niña.

III.

Un año apenas había pasado desde los sucesos que acabamos de referir, y que, según creemos, han dado á conocer algún tanto el carácter de Josefina, cuando llegó á San Pedro un elegante joven, que se anunció con el título de vizconde de Beauharnais.

Todas las familias notables de la colonia se apresurarón á abrir las puertas de sus casas á aquel gallardo caballero, que llegaba de París con excelentes cartas de recomendación.

Una de estas cartas le abrió tambien la casa de Mr. Tascher, donde fué recibido sin etiqueta alguna, pues el estado de la esposa de aquél no la permitía.

—Mucho vais á echar de menos á París el tiempo que permanezcáis entre nosotros, señor

vizconde, dijo madame Tascher, con la dulce amabilidad que le era habitual: aquí carecemos casi por completo de diversiones: la industria ocupa el tiempo en su totalidad, y puede decirse que vegetamos: apenas tenemos afán por enseñar á nuestras hijas aquellas habilidades de salón que hacen agradable á una joven, y puede decirse que su instrucción es puramente casera.

—Por cierto, señora, repuso el vizconde con galantería, que no sentiré la diferencia que indudablemente hallaré entre las jóvenes de aquí y las de París; allí es tan superficial su educación como su carácter, y la libertad de las costumbres ha llegado ya á desprestigiar, no sólo la palabra *amor*, sino hasta el noble sentimiento que lleva el mismo nombre.

—Acaso pensaís así, señor vizconde, porque no habéis amado todavía.

—Acaso es verdad, señora: el amor lo ennoblece todo, y hasta el mismo sitio en que nace.

—Tenéis razón: aquí hallaréis demasiada gravedad y también saldréis ileso, por lo que toca á las heridas de amor.

—¿Dónde, pues, me aconsejáis que vaya á casarme, mi querida señora?

—A España, donde las mujeres son á la vez graves y tiernas, apasionadas y dignas; pero no me pidáis consejo ni le toméis, porque os casaréis donde quiera que améis. ¿Podréis honrar mañana

nuestra mesa? Deseo presentaros á mi hija Josefina y á mi hermana madame Renaudín.

—Vendré sin falta, señora, dijo el vizconde, inclinándose graciosamente y levantándose al instante; pues aquella invitación daba á conocer que se había terminado la visita.

En efecto, la actitud que había tomado madame Tascher era la de despedida; pocas mujeres en el lastimoso estado en que aquella dama se encontraba, hubieran podido ostentar más rara y exquisita dignidad, y unas maneras más escogidas y más elegantes.

Era una señora qne imponía á la vez el respeto y el amor, y cuyo atractivo era irresistible: todo en ella era adecuado á la ocasión, noble y dulce á la par, digno y afable: sus bellos ojos, que la enfermedad no había podido apagar, sonreían con una dulzura infinita; en la postura de su cabeza y en sus maneras había también algo de ave y de hada, y la misma enfermedad que padecía la hacia parecer más interesante.

Por lo que respecta al vizconde, muy pocos hombres podían comparársele: era alto, moreno, y su fisonomía respiraba un noble orgullo y una dulzura extraordinaria; vestía con exquisita elegancia, y sus modales, sueltos y llenos á la vez de gracia y naturalidad, tenían un atractivo irresistible.

El vizconde, cuyo nombre era Eugenio, había

oído hablar de Josefina, á la que desde la predicción de la gitana sólo se le llamaba la *Reinecita:* cuando fué á casa de sus padres y no la vió, sintió, sin darse cuenta del porqué, una gran contrariedad.

Aquella misma tarde, y dando un paseo á caballo, pasó por delante de la elegante verja de hierro que cerraba el lindo palacio de madame Renaudín.

Llegábase á él por una calle de tilos y seculares encinas, cuyo follaje era tan espeso que formaba arcos de verdura, en los que el sol no lograba jamás penetrar: un claro y abundoso río, guarnecido de cañaverales, corría murmurando y besando cariñosamente las flores de la ribera: al frente de esta frondosa avenida, se elevaba el edificio, al que prestaba guardia de honor una fila de estatuas de mármol blanco, en los que se enlazaban flexibles ramas de verde yedra.

Si fuera de la verja de hierro era todo soledad, frescura y silencio, el interior se asemejaba á un paraíso en miniatura: bosquecillos, cascadas, flores, pájaros extraños, y todo lo que la naturaleza unida al arte puede dar al hombre, se reunía allí para encantar la vista y el pensamiento.

El vizconde de Beauharnais era poeta, en toda la extensa y sublime acepción de esta palabra.

Comprendía y cultivaba la poesía escrita, lo mismo que pintada en un buen cuadro, lo mismo

que encerrada en una melodía: en un hombre tan completo, esta espléndida y triple poesía no era sólo lo que se llama talento: era la expresión armoniosa de la alegría pura y serena de la juventud, era el grito profundo de dicha de la criatura, que sintiéndose buena, fuerte y dotada de una alma grande, se eleva hacia su Criador para darle gracias en continuos cantos de alabanza.

Aquel bello y tranquilo cuadro le conmovió profundamente, y comparó la majestad, la apacible belleza del paisaje que tenía delante, con el recuerdo que guardaba de los salones de París.

Su alma parecía entreabrirse á sensaciones desconocidas: su pecho se dilataba para aspirar aquellos gratos y penetrantes perfumes: sintió en sí mismo la plenitud de la vida y del pensamiento, y una lágrima brilló en sus ojos, que se elevaron al cielo para dar gracias á Dios de la dicha inefable que sentía.

En aquel momento oyó tras de las cortinas de verdor y de flores que se veían en el interior de los jardines, oyó, decimos, un canto de una melodía y de una pureza infantiles.

Era una canción sencilla: una balada algo monótona, pero llena de dulzura y de sentimiento.

En la situación de ánimo en que se hallaba Eugenio, aquel canto debía causarle una profunda impresión, y así sucedió; detuvo su caballo, le ató á un alto sicomoro y se aproximó á la verja, te-

miendo apagar con el ruido de sus pasos la melodía encantadora que llegaba á sus oídos.

La voz se iba acercando: se conocía que la persona que cantaba se aproximaba cada vez más, y que se movía, á juzgar por las interrumpidas modulaciones de su voz: en efecto, pocos instantes tardó en ver á una joven que cortaba flores en tanto que cantaba.

Cuando hemos dicho una joven, acaso no hemos hablado con la necesaria propiedad: más bien parecía una niña, y esto fué lo que pareció á Eugenio.

Era Josefina: aunque ya contaba quince años y medio, su estatura, más bien pequeña que alta, y la gracia infantil de sus formas, la hacían aparentar menos edad de la que en realidad tenía.

Vestía, según su costumbre, de blanco: y aquel día, su cinturón y el lazo que sujetaba su rizada cabellera negra, eran de raso color de oro. Ignorando que la contemplaban, seguía con su canto y su tarea, y al inclinarse para cortar las flores, su traje dejaba ver sus pies enanos, calzados con zapatitos de raso del color del cinturón, y la entrada de una pierna hecha á torno.

Al dar una vuelta, su mirada se halló con la del vizconde, que tenía su cara pegada á los hierros de la verja.

La señorita Tascher se puso encarnada como una cereza: detúvose, y las tijeras rodaron de su mano al suelo.

Eugenio seguía inmóvil, arrobado y mudo: hay situaciones en la vida que son indescriptibles, y aquélla era una.

En la disposición de ánimo en que el vizconde se hallaba al oir la voz de Josefina, cualquiera canto de mujer le hubiera parecido de una dulzura celestial: y el puro y dulce acento de la niña halló un eco profundo en su corazón.

La vista de aquella graciosa aparición acabó de transportarle á las regiones de la poesía, y sus ojos permanecieron fijos en Josefina con una atracción irresistible.

La señorita Tascher alzó al fin los ojos y los elevó tímidamente hasta los ojos del vizconde, que seguía mirándola siempre con la misma fijeza: ambas miradas chocaron, y puede decirse que sus almas se juraron en aquel beso mudo, pero elocuente, una eterna unión.

Después de aquella mirada involuntaria y suprema, Josefina recogió sus tijeras y echó á huir, como espantada de lo que sentía dentro de sí misma.

Ya había desaparecido hacía algunos minutos, y aun la veía Eugenio delante de sus ojos.

Cuando la luz del crepúsculo, tan bella en aquellas colonias, se extendió por la campiña, cuando las primeras estrellas empezaron á bordar el firmamento, el vizconde, embriagado con los perfumes que se desprendían de los árboles y de las flores, y

más aun con las sensaciones que hervían á la vez en su cerebro y en su corazón, pasó la mano por sus ojos y se dirigió lentamente á desatar su caballo.

Ya había montado é iba á alejarse, cuando la puerta se abrió, y un negro joven salió al camino volviendo á cerrar tras sí.

—¿Podríais decirme quién habita esta bella casa?—le preguntó el vizconde.

—Sí, mi amo—respondió aquél;—la habita la señora Renaudin y su sobrina.

—¿No es hija suya la joven que la acompaña?

—No, señor: es hija de Mr. Tascher, uno de los hombres de genio más duro de la colonia, pero la ha educado su tía; la niña se llama Josefina, pero aquí todos le decimos desde hace un año *la Reinecita*.

—¿Y por qué?

—Porque una adivina le dijo que sería más que reina: ¡Ojalá fuera así, pero ojalá también fuera reina de esta colonia!

—¿Tanto la queréis?

—Como que es nuestro ángel tutelar: ella alcanza siempre el perdón de los pobres esclavos: ella socorre á los indigentes, á los viejos y á los enfermos: ¡Nosotros la adoramos, señor! Pero se hace tarde... Adiós, mi amo...

Eugenio puso una moneda de oro en la mano del negro, y se alejó.

Hubiera él pagado aquellas noticias con la mitad de su vida.

IV.

No es posible imaginarse, á no tener un temple de alma semejante al del vizconde, con qué impaciencia esperó éste el día siguiente.

Iba á comer en compañía de Josefina en casa de los padres de ésta: iba á hablarla y á oirla hablar.

Para los lectores que estén dotados de una imaginación ardiente y apasionada, es inútil decir que Eugenio no durmió absolutamente nada en toda la noche.

A los que estén más felizmente dotados, les aseguramos que no logró ni un instante de reposo, y que si alguna vez cerraba los ojos, era para ver sin cesar la dulce imagen de Josefina, que ora le sonreía, ora le hablaba con infinita dulzura.

No puede decirse que lo que experimentaba el vizconde fuese una verdadera pasión, ni tampoco la primera pasión de su vida, y acaso era su imaginación, poderosamente excitada por la belleza del país, lo que tomaba más parte en la situación de su ánimo: porque las pasiones súbitas son siempre hijas de la imaginación, y sólo cuando el trato ha descubierto las amables cualidades del carácter ó del talento, es cuando toma parte el corazón.

Eugenio era uno de los hombres más afortunados con las mujeres que el galante París de entonces conocía; idólatra del sexo en general, había tenido infinitos amores, más felices unos que otros, pero que ninguno había sido largo ni desgraciado.

La atracción, pues, que experimentaba hacia la señorita Tascher, no era más profunda que la que había sentido por otras muchas mujeres: la hallaba bonita, simpática, y la situación en que la había visto, soñando él en las regiones ideales, no podía ser más á propósito para hacerle soñar á la vez en el amor de Josefina.

Pero, fuera efecto de su imaginación ó de una predisposición natural á desear un amor verdadero y puro, el vizconde esperó con ansia la hora en que podía ir á casa de Mr. Tascher, según el convite que el día anterior había recibido de su esposa.

Serían las cinco de la tarde cuando el vizconde terminaba su tocador, que había empezado á las tres.

Jamás su ayuda de cámara se había visto tan apurado para darle gusto al vestirlo. Eugenio poseía una elegancia natural, que hacía innecesarios los cuidados minuciosos, y su carácter varonil era además enemigo de toda afeminación.

Pero aquel día, el deseo de agradar era tan fuerte en él, que desechó dos trajes de una elegancia irreprochable, y eligió uno que aun no había estrenado.

Aquella zozobra pueril, que tenía su base en el deseo de agradar y en el temor de no lograrlo, encendía la sangre del vizconde, animaba el moreno color de sus mejillas, y hacía arder en sus ojos una llama inusitada que les prestaba más vida y mayor animación.

Perfumado, elegante, y más interesante que nunca, salió Eugenio de su casa para dirigirse á la del padre de Josefina.

Su corazón palpitaba aceleradamente, y cuando entró en el salón, le pareció que la luz faltaba á sus ojos.

El interior de aquella morada era mas bien cómodo que suntuoso; notábase la ausencia de la mujer, porque madame Tascher, agobiada por sus dolencias, de nada podía cuidarse: así puede decirse que la severidad inglesa que reinaba allí, contrastaba con el risueño y poético aspecto del palacio ocupado por madame Renaudín.

Un criado anunció, levantando una cortina de brocatel:

—¡El señor vizconde de Beauharnais!

Y todos los ojos se volvieron al recién llegado.

Empero sólo unas mejillas se cubrieron de carmín.

Las de Josefina.

Hallábase la joven sentada en un taburete á los pies de su madre, y ésta pasaba sus dedos afilados por la enfermedad entre los anillos de ébano de aquella cabecita infantil.

Josefina tenía en la mano una flor de magnolia, y entretenía sus afilados y blancos dedos en deshojarla lentamente.

Vestía su invariable traje blanco, aquel día más fino y ricamente bordado: un ancho cinturón de seda de colores vivos se anudaba como una banda oriental en su gracioso talle, muy alto, según la moda de aquel tiempo, que es también, con poca diferencia, la que rige en nuestros días.

La falda del traje, corta y estrecha, dejaba ver una media de seda, y sus piececitos, calzados admirablemente con unos botines de raso carmesí, que era el matiz dominante en la banda que ceñía su cintura.

Rodeaba su cuello una cinta de terciopelo, y de ella pendía un medallón guarnecido de corales y perlas; sartas de corales se entrelazaban en sus negros cabellos, y de corales eran asimismo sus pendientes, sus brazaletes y su peine, que sustentaba graciosamente el alto edificio de su peinado.

El traje de Josefina, hecho corto, y moderadamente escotado, según costumbre, dejaba ver su cuello y la entrada de su espalda y hombros, todo de un dibujo verdaderamente encantador.

Cuando el vizconde entró, Josefina volvió la cabeza: se levantó, hizo una graciosa cortesía, y ocupó de nuevo su asiento á los pies de su madre, volviendo, para ocultar su turbación, á deshojar la magnífica y perfumada magnolia que tenía en la mano.

El vizconde se acercó, tomó la diestra que le alargaba madame Tascher, y la besó con la expresión de una tierna y respetuosa galantería.

En seguida se inclinó para saludar á Josefina, que encarnada como los corales que la adornaban, apenas se atrevía á levantar los ojos.

—Sentaos aquí á mi lado, vizconde—dijo madame Tascher—cuando Eugenio hubo saludado á todos los parientes, inclusa madame Renaudín, que ocupaba un sillón cerca de la ventana; venid junto á mí, y decidme si os gusta este país, del que nunca he salido, y del que no deseo salir.

—Debo ante todo ser franco con vos, señora—respondió el vizconde, que aunque hablaba con la madre, no separaba los ojos de la hija;—debo ser franco con vos, y deciros que París no tiene igual en el mundo.

—Lo creo—exclamó con ímpetu monsieur Tascher:—en ninguna parte se vive con más intranquilidad, ni hay tantas convulsiónes políticas; ahora mismo os halláis sobre un volcán, señor vizconde.

—No lo niego—repuso Eugenio;—se están preparando acontecimientos muy importantes, y quizá muy terribles; pero esa es la vida, y yo la prefiero á la calma absoluta.

—¿Os cansa, pues, la tranquilidad?—preguntó madame Renaudín.

—Mucho, señora: en ninguna parte hay más

calma que en un cementerio, y ya veis que nadie querría pasar en él su vida.

Esta salida hizo sonreir á Josefina, que tenía talento y penetración.

—Por lo demás—continuó Eugenio—nada hallo tampoco preferible á París: la inteligencia reina allí como dueña absoluta, y parece que se vive doblemente.

—Todo eso quiere decir que no os agrada este país, ¿no es cierto?—preguntó madame Tascher.

—No, señora: para estar lejos de París, no se puede hallar otro más bello.

Y al decir estas palabras, el vizconde fijó sus ojos en el lindo semblante de Josefina.

Un criado anunció que la comida estaba servida; el vizconde hizo rodar por sí mismo el sillón de madame Tascher hasta el comedor, con una gracia y un cuidado que tenían mucho de filiales, y después, ocupando un sitio al lado de la buena señora, la colmó de atenciones toda la comida.

De cuando en cuando dirigía una mirada á Josefina, que quería decir:

—A vos va dirigido esto.

La joven se ponía encarnada y bajaba los ojos, diciendo con esta muda respuesta:

—Ya lo comprendo.

De esta suerte, al acabar la comida, sus almas estaban identificadas, y sabían que se amaban, como si se lo hubieran estado diciendo un año entero.

Una nueva vida brillaba en los ojos y en las graciosas facciones de la joven criolla: vibraban en su alma cuerdas desconocidas y mudas hasta entonces, y oía dentro de sí mismo ese himno incomparable que se llama *amor*, y que no tiene semejanza con ninguna otra melodía de la tierra.

Por la noche Josefina cantó y se acompañó con el piano y el arpa: ya conocía el vizconde la melodía de aquella voz, por haberla oído el día anterior en el jardín; pero de cerca le parecía infinitamente más fresca y más encantadora.

A las once, Josefina misma sirvió el té: al pasar por delante de Eugenio, le dijo éste en voz baja:

—¿Sabeís ya cuánto os amo?

—¡No! respondió la niña con una malicia encantadora, y pasó para ofrecer la taza á una dama.

Fué á tomar otra taza, y la presentó al vizconde sonriendo.

—¡Os amo más que á mi vida! dijo éste.

Josefina volvió á sonreir, y siguió sirviendo el té.

—¡Decidme que no os soy indiferente!—suplicó el vizconde, acercándose á ella así que le fué posible: decídmelo por favor.

—¡Mañana! repuso Josefina.

—A las seis de la tarde estaré apoyado en la verja del jardín de vuestra tía; ¡por favor, Josefina, no faltéis!

La joven le contestó con una leve sonrisa y con una mirada llena de turbación, y Eugenio, como para saborear su propia dicha á sus solas, fué á besar la mano de madame Tascher, y salió de aquella casa con el corazón lleno de las más bellas y risueñas esperanzas.

Al llegar al día siguiente á la verja, vió el traje blanco de Josefina.

Lo que á través de aquella verja se dijeron aquella niña de quince años, y aquel joven de veinticinco, puede calcularlo el lector ó lectora, si ha tenido esa edad, y si ha amado con fe y con ilusiones en el alma.

V.

El vizconde, tomada ya posesión de los bienes que había heredado en la Martinica de un pariente de su madre, hubo de volver á París, donde le llamaba su destino, pues era capitán de artillería.

Aquel amor que se había formado, bello y risueño, bajo la mirada tierna de la madre de Josefina y aprobado hasta por su severo padre, vió aflojado por la ausencia el dulce lazo que le sostenía: la separación fué la más cruel y dolorosa que se puede imaginar: Eugenio sufría más aun que la señorita Tascher, pues preveía la gran oposición que

su familia había de manifestar á su enlace con la joven criolla.

Aquella familia orgullosa y que pertenecía á la primera aristocracia, deseaba para Eugenio, adornado de tan relevantes cualidades, de tanto talento y tan bella figura, una alianza brillante, y no podía agradarle el que se uniese con una joven de nombre dssconocido, y de una fortuna que no pasaba de mediana y que radicaba en las colonias.

Eugenio ocultó, sin embargo, sus temores para no afligir más á Josefina y á su buena madre: y después de haberlo dilatado todo lo posible, hubo al fin de fijar día para su salida de aquel delicioso país.

—Yo no volveré aquí, dijo; pero te llamaré mi adorada Josefina, y un lazo eterno nos unirá en París para siempre: si me fuera dado, vendría á buscarte: más es de todo punto imposible el que pueda dejar mi sitio en las actuales circunstancias.

La joven criolla lloró amargamente aquella ausencia; amaba por primera vez de su vida, y amaba apasionadamente: además, Eugenio merecía su amor, y le profesaba á la vez aquella estimación, base sólida de las grandes y nobles pasiones.

No sería fácil describir lo que sufrió Josefina hasta que llegó la primera carta del ausente: aquellas horas de espera y de agonía marchitaron las rosas de sus mejillas y el brillo de sus ojos: pálida

y delgada, vagaba con su negra Pascuala por las orillas del mar, esperando siempre, con una impaciencia dolorosa, la llegada del bajel que debía traerle la primera carta de Eugenio.

¡Qué tristes, qué amargas son esas horas que se pasan en angustiosa espectativa! En el delirio de nuestra propia pena, nos admira que el mundo entero no tome parte en ella, de que el sol brille con claridad, y de que todas las personas que conocemos sigan tranquilamente el curso regular de su existencia! O es egoísmo, ó acaso, tal vez, una enfermedad que aqueja el corazón; pero la vista de la tranquilidad ajena nos lastima, y creemos un insulto el que el cielo no esté tempestuoso, y el que la naturaleza entera no se mezcle á nuestra pena.

Josefina se admiraba dolorosamente de ver la mar en calma: sentábase en una piedra cerca de la orilla: tendía los ojos por el horizonte para buscar la blanca vela del navío mensajero, y luégo inclinaba hacia las ondas sus azules ojos y se decía:

—¡Por aquí ha pasado él!

Es el distintivo de las grandes pasiones el afán inextiguible de contemplar todo lo que ha tocado y visto la persona amada, cuando esta persona se ha separado ya de nosotros; parece como que el raciocinio y el pensamiento se hallan enfermos á la vez, y como que sólo descansan y se alivian de

su dolor, sumergiéndose todo lo posible en los recuerdos de lo que perdieron temporal ó eternamente.

Pero el dolor no se apaga con este triste remedio, sino que se hace, por el contrario, más profundo y más punzante: los recuerdos amargos, sólo gastándolos se hacen soportables: y miéntras se usan, son otros tantos garfios de hierro que desgarran el corazón.

La delicada organización de Josefina se resintió de tal suerte con aquella punzante y continua pena, que sus padres creyeron perderla; y la buena madame Tascher, que, llevada de su egoísmo maternal, rogaba á Dios, al partir el vizconde, que olvidase á su querida hija para que no la separase de su lado, llegó á desear las cartas de Eugenio con tanto afán como las deseaba la misma Josefina.

Llegó por fin la primera carta: carta larga, carta llena de ternura, de promesas, de narraciones encantadoras; carta, en fin, que respiraba un profundo y verdadero amor.

Josefina renació, como renace la flor á la que faltan las brisas y el sol, cuando el cielo le envía ambas cosas: fué también dichosa en tanto que respondía á Eugenio; pero pasado el tiempo de leer la carta de aquél y de escribir la que debía remitirle, volvió á caer en una profunda tristeza.

—¿Qué haré yo sin él? se preguntaba con des-

aliento: y en efecto, para nada hallaba fortaleza, tiempo ni deseo.

Dos cosas hacen la vida estéril y completamente inútil.

Las grandes alegrías y los grandes dolores.

Josefina no se hallaba jamás con ánimo para entregarse á ningún trabajo serio, ni tampoco para dedicarse á los delicados y de adorno que en otro tiempo llenaban sus horas: el dolor de la ausencia lo absorbía todo: la imagen de Eugenio la seguía hasta en su sueño, y jamás gozaba una hora de reposo.

En la segunda carta, el vizconde hablaba de disgustos habidos con su familia; pero no decía la causa de estos disgustos, y añadía que muy en breve podría avisar á su amada Josefina que fuera á encontrarle á París, para unirse al pie de los altares.

Algunos meses pasaron así: llegó por fin un día en que el vizconde escribió á Mr. y madame Tascher, pidiéndoles que el primero le llevase á su hija, pues ya la esperaba con impaciencia, y contaba abrazarlos á la llegada del primer buque que viniese de la Martinica.

Después de leer aquellas cartas, Josefina se arrodilló á los pies de su madre, y levantó hacia ella su dulce rostro cubierto de lágrimas.

—Te comprendo—dijo madame Tascher:—te comprendo, hija mía, y no seré tan egoísta que me

empeñe en retenerte á mi lado: partirás con tu padre, y la seguridad de que eres dichosa acaso me consuele algún tanto de tu ausencia.

Los preparativos para el viaje empezaron: Josefina estaba llena á la vez de contento y de tristeza: aquél, inspirado por la certeza de ver muy pronto á su amado Eugenio: ésta, causada por la pena de tener que dejar á su madre.

Pero el amor á los diez y seis años tiene tanto imperio en el corazón, que todo calla ante su magia. Josefina se dedicaba con un ardor febril á todo lo que podía adelantar la hora de su partida, y bien que alguna vez dejase escapar de sus ojos una lágrima, ansiaba llegar á París para ver al que poseía su primer amor, y su corazón entero.

¡Y luégo esta palabra *París* tenía una magia tan encantadora, tan irresistible, que borraba muchas penas por sí sola!

Llegó por fin el día de la despedida: la pobre madre dió á su hija el último abrazo, y la tía de Josefina, madame Renaudín, que la había educado, quiso ir á la playa á despedirla, acompañada de Pascuala y de todos los servidores de la familia.

Josefina cayó privada de sentido al despedirse de su madre; pero vuelta en sí, en un gabinete inmediato, por los cuidados de su padre y de su tía, salió de aquella casa donde había nacido, llevando el rostro bañado en lágrimas.

La nave que debía conducir al padre y á la hija,

se mecía impulsada por la blanda brisa de la mañana: brillaba el sol en todo su esplendor, dorando las cristalinas ondas, y aquella pompa y aquella alegría de la naturaleza formaban un triste contraste con la pena del corazón de Josefina, y con los gritos y gemidos de los fieles servidores de su familia.

Josefina tuvo para todos una palabra de cariño y de consuelo: abrazó á Pascuala y le dijo que no la llevaba consigo, por no privar de sus cuidados á su pobre madre enferma: distribuyó dinero y frases de afecto entre todos, y después se arrojó en los brazos de su tía, que lloraba desconsolada, con la idea de perderla, acaso para siempre.

En fin, la señal de la partida se dejó oir, y Josefina entró con su padre en el navío que debía conducirlos: allí de pie sobre el puente, aun agitó su blanco pañuelo para saludar á los que tanto amaba: y cuando ya no pudo verlos, se dejó caer en los brazos de su padre, derramando un torrente de lágrimas.

VI.

París asombró á la joven criolla, y durante muchos días sintió como un deslumbramiento: su padre buscó un hospedaje lujoso, y una camarera que atendiese al servicio de Josefina: sabía la opo-

sición de la familia de Eugenio á aquel enlace, y deseaba á lo menos presentar á su hija rodeada de decoro.

El vizconde halló á su prometida más bella, á su parecer, de lo que la había dejado: y en efecto, Josefina poseía, no una gran belleza, pero sí esa gracia completa y exquisita que vale mucho más, y que puede llamarse inmortal, porque sobrevive á la muerte en la memoria de las personas que la han conocido.

Su inocencia, su atractiva sensibilidad y el encanto que sabía prestar á cuanto hacía y decía, no cansaban nunca la atención de Eugenio, que sentía por ella ese amor único y exclusivo que se apoya en todas las simpatías del alma y en la comunidad del espíritu, amor que es el único verdadero y noble de la tierra.

El pensamiento de entrambos iba siempre acorde, y en todas las situaciones de la vida, Josefina veía á Eugenio en la que ella le hubiera colocado, y Eugenio veía en Josefina la más noble y digna de todas las criaturas.

En las bellas artes, ambos estaban asimismo acordes en sus gustos y en sus impresiones: para Josefina era un goce inefable el leer con Eugenio unos versos buenos, el saborear con él las bellezas de la poesía: y Eugenio no comprendía ningún placer de la inteligencia, si Josefina no tomaba parte en él.

Vencidos por fin los obstáculos que la familia del vizconde oponía aún á su enlace, señalóse día para el casamiento, y el joven capitán de artillería condujo al altar á Josefina Tascher, que salió del templo vizcondesa de Beauharnais.

El padre de la novia pasó aún á su lado algunos días; pero llamado por sus negocios y por el mal estado de la salud de su esposa, volvió á embarcarse para la Martinica.

—Papá mío—le dijo Josefina abrazándole tiernamente:—si mamá se pone peor, llámame al instante: yo rogaré á Eugenio que me permita ir á cuidarla, y estoy segura de que me lo concederá: papá mío, prométeme esto, para que pueda llevar con más resignación mi alejamiento de vosotros.

—Te lo prometo—dijo Mr. Tascher con voz ahogada por el dolor—pues aquel hombre fuerte y severo no podía resistir á la pena que la separación de su hija le causaba; te lo prometo, hija mía. Adiós... y si eres desgraciada... ¡cuenta á tu vez con tus padres!

Josefina se consoló en breve de la separación de su familia con el amor de su marido, que la presentó en la buena sociedad de París, con todo el orgullo que legítimamente debía sentir al verse esposo de aquella bella joven: porque Josefina no sobresalía sólo por las gracias de su persona: su talento encerrado en un círculo estrecho y reducido, como la crisálida en su capullo, rompió sus prisio-

nes y se ostentó en breve radiante y luminoso, animado sobre todo por la poesía virginal y perfumada, que se halla como arraigada en el carácter de los hijos de las colonias.

Su extremada sencillez en el vestir no se alteró en nada, y aunque la fortuna de su marido le permitía mayor esplendidez, jamás quiso usar trajes vistosos ni costosas joyas.

Su vida la pasaba dulcemente ocupada entre el cuidado de su casa y las diversiones á las que asistía, siempre en compañía de su esposo; pero en lo que especialmente hallaba su más grande placer, era en socorrer á los necesitados que vivían cerca de ella, y de cuya situación y desgracias se informaba con un cuidado, lleno á la vez de eficacia, de ternura y de delicadeza.

La vizcondesa de Beauharnais era una excelente cristiana en toda la verdadera acepción de esta palabra: su luminoso espíritu no abrigaba ni la sombra de la negra y estúpida superstición: creía sinceramente y con esa *humilde ceguedad*, que es la expresión mas pura de la fe; pero jamás experimentó los locos terrores de los espíritus débiles, ni miró la virtud sino como la cosa más amable del mundo, y la más fácil de practicar.

Sin embargo, una amarga experiencia la enseñó que la virtud es algunas veces muy costosa, y que sólo Dios puede darnos fuerzas para sobrellevar algunos dolores.

El nacimiento de un hijo vino á llenar de alegría al joven matrimonio, sobre todo al vizconde, que, desde que se anunció el embarazo de su mujer, deseaba un varón.

El niño recibió en la pila bautismal el mismo nombre de su padre, y la primera cosa de que se ocupó Josefina, después de su restablecimiento, fué de escribir á sus padres una larga y tierna carta, en la que les pintaba su alegría por aquel feliz acontecimiento.

—Ahora, les decía, es cuando comprendo, queridos padres míos, todo el amor que os debo: sólo siendo madre se puede saber ser buena hija; ahora soy dichosa del todo, y cuando miro á mi Eugenio, se me figura que hasta que él ha venido al mundo no conocía yo más que la sombra de la felicidad.

Josefina se retiró algún tanto de los placeres de la corte, desde que nació su hijo: ella misma le alimentaba á su pecho, y ella misma le cuidaba con ese infinito amor de la madre joven hacia su primer hijo: Josefina contaba entonces solamente diez y ocho años.

Tres despues, dió á luz una niña, á la que se le puso el nombre de Hortensia, y que más tarde fué reina de Holanda, pues la fortuna, que alguna vez volvió la espalda á la hija de los trópicos, probó su inconstancia declarándose durante mucho tiempo su decidida protectora.

Aun con mayor alegría recibió la vizcondesa á

su hija, que la que había demostrado en el nacimiento de Eugenio: una hija es la verdadera compañía de su madre, porque los hijos eligen carreras que los separan del techo maternal, y sus estudios y sus ocupaciones mismas les distraen ó apagan algun tanto en ellos la íntima y dulce ternura de la familia; pero las hijas no tienen otro asilo que el hogar doméstico, hasta que van por sí mismas á crear otro hogar: aun entonces son casi la constante compañía de su madre, y á su madre piden siempre el consuelo y el consejo.

Josefina pensaba con delicia al mirar á su hermosa hija, que la naturaleza le había dado en ella la amiga más fiel y más preciosa; porque amistad tiernísima debía existir entre aquella madre y aquella hija, que ella misma sabía y quería educar.

Los dos hijos del vizconde de Beauharnais eran dos prodigios de belleza: Eugenio, fuerte, atrevido, tenía los ojos oscuros, los cabellos negros y la tez ligeramente morena: la orgullosa fiereza de su mirada se templaba por la dulzura exquisita del sentimiento que en ella se reflejaba, y por las largas franjas de pestañas negras que sombreaban sus grandes ojos.

Hortensia no era tan hermosa, pero era tan bonita, tan graciosa, tan dulce, que robaba todos los corazones, y se adivinaba fácilmente que aquellos encantos, en vez de disminuir con los años, debían aumentarse.

Sus cabellos de un rubio dorado, prometían para más adelante un hermoso color castaño claro: sus ojos eran azules, grandes y llenos de sentimiento y de inteligencia: su boca y su nariz ofrecían un dibujo adorable: era blanca como el lirio de los valles, sonrosada y llena de gracias.

Aun pasó Josefina tres años más dividiendo su tiempo tranquilamente entre el amor de su familia y los actrativos de la sociedad parisiense, de la que era ella uno de los mejores ornatos.

No contribuía poco á que brillase la vizcondesa el carácter especial y las sobresalientes prendas de su marido, cuya distinción y talento le abrían todas las puertas y todos los corazones.

Josefina y su esposo recibían también en su casa algunas noches, y su salón era uno de los pocos que todas las personas distinguidas se hacían un deber y un honor de visitar: la música y la poesía vivían allí como en terreno propio, pues la vizcondesa les concedía su más decidida protección, y ella misma las cultivaba con entusiasmo.

El principal lujo de casa de los vizcondes de Beauharnais lo constituían las flores: Josefina las adoraba, aun más en París que en su país natal, porque en París le recordaban los tiempos felices de su adolescencia, sus padres, su tía, todo, en fin, cuanto había amado sobre la tierra, todo lo que era para ella caro y precioso.

Desde el patio donde se detenían los carruajes,

ya se aspiraban aromáticos perfumes: la escalera estaba adornada de colosales macetas llenas de hierbas y plantas olorosas, y en todas las habitaciones jarros y copas del Japón sustentaban colosales ramilletes, á la par que enormes jardineras contenían las flores más raras de los trópicos, conservadas cuidadosamente: las luces estaban asimismo colocadas en grandes canastillos de flores, bajo globos de cristal blanco: y los delicados perfumes se escapaban envueltos en los rayos de claridad que hacían resaltar á la vez sus vívidos colores.

La vizcondesa era la hada encantadora que todo sabía embellecerlo con el prestigio de su inteligencia.

VII.

Tres años contaba Hortensia, cuando la vizcondesa, su madre, recibió una carta de la Martinica en la que se le participaba el triste estado de madame Tascher, próxima ya á bajar al sepulcro.

Josefina prorrumpió en amargo llanto al leer lo que su padre la escribía: la ausencia no había podido enfriar el filial cariño en aquella alma tierna, y pensaba en sus padres con el mismo amor que cuando vivía á su lado.

—¿Qué quieres hacer, mi querida Josefina? le

preguntó su marido: habla; sólo deseo tu consuelo: ¿qué haremos?

—Si no te opones á ello, dijo la vizcondesa, tomando la mano de su esposo, marcharé al instante.

—¡Cómo! ¿Quiéres emprender sola ese largo viaje? porque yo no puedo acompañarte. Ya sabes que mis deberes me retienen ahora aquí, pues las tempestades políticas amenazan á la Francia.

—Ya lo sé, dijo Josefina: partiré sola.

—¡Con tu carácter tan tímido, tan apocado! ¡Eso es imposible!

—El pensamiento de que voy á cumplir un sagrado deber me dará valor: tú te quedarás con nuestros hijos, pues no me atrevo á exponerlos á los peligros del viaje.

En efecto; Josefina se embarcó para las colonias, y tuvo el valor de dejar á su esposo y á sus hijos, á los que adoraba, para volar al lado de su madre enferma.

Cuando llegó quedó horrorizada ante el aspecto agonizante de la que le había dado el sér; pero madame Tascher, al ver á su hija, pareció cobrar nueva vida.

—¡Bendito mil veces sea Dios!—exclamó la amorosa madre, elevando al cielo sus ojos:—¡bendito sea Dios que me permite verte antes de morir, hija mía, y bendita seas tú, que has oído la voz de tu madre y vienes á consolar mis últimas horas:

el cielo te pagará en tus hijos tu abnegación filial, y tú los verás felices á tu lado!

Un alivio rápido vino á dar algunas esperanzas al padre y á la hija, y durante algunos días ambos esperaron que madame Tascher volvería á recobrar la salud: y en efecto, una nueva vida empezó á circular por las venas de la enferma; Josefina, temblando de que su partida pudiera volver á arruinar la salud vacilante de su madre, escribió á su marido hablándole de la perplejidad en que se hallaba, pues una parte de su corazón estaba prisionero en la Martinica y otra la llamaba á París.

La respuesta del vizconde fué enviarle á sus hijos por medio de una persona de toda confianza, y el permiso para que permaneciese al lado de su madre todo el tiempo que quisiera.

Acaso el comportamiento del vizconde en aquella ocasión parezca desacorde con el amor que debía profesar á su esposa é hijos: pero el trono de Luis XVI vacilaba ya de un modo harto visible: la revolución asomaba su flameante cabeza en el horizonte político, y todos los hombres que valían ó suponían algo en Francia, se hallaban exclusivamente preocupados con las ideas y las ambiciones que un cambio radical y poderoso arrastra consigo.

El vizconde se llamó dichoso además, pudiendo separar á su esposa é hijos de París, y sustraerlos

á los horrores de que la corte de Francia debía ser testigo.

Josefina ignoraba cuán grande era la tormenta que lentamente se iba formando, pues de haberlo sabido, todo lo hubiera dejado y hubiera volado al lado de su marido.

Sin embargo, la tempestad tardó aún en estallar, y Josefina pasó con sus hijos al lado de sus padres dos años y medio en la más perfecta calma.

Esta se alteró, no obstante, al mismo tiempo con las noticias que recibió de Francia y con las turbulencias de la Martinica: sabido es que en 1790 aquellas colonias fueron teatro de grandes excesos, y que los negros, queriendo emanciparse, hicieron correr ríos de sangre y fuego.

Una noche en que la matanza era más espantosa, Josefina, perseguida al volver de su paseo por algunos furiosos, fué amenazada de muerte: acompañábanla sus hijos y Pascuala, la vieja negra que la había criado á ella misma.

La vizcondesa quiso entrar en casa de su padre, pero le fué imposible, pues se hallaba cercada por gran número de revoltosos: en tal angustia huyó hacia el puerto: un buque iba á partir: el capitán, de pie en el puente, había presenciado el terror y el inminente peligro que corría aquella desgraciada joven.

¡Venid! le gritó: entrad aquí, y yo os sacaré de estos funestos lugares.

Josefina entró en el buque con sus hijos y su negra, y éste se dió á la vela para Francia pocos instantes después.

La vizcondesa no pudo dar el último adiós á su querida madre, que pocos días después pasó á una vida mejor.

VIII.

La vizcondesa de Beauharnais no halló por cierto en París la calma y la tranquilidad que en él había dejado; abrumáronla muy pronto nuevos riesgos y profundos pesares: el vizconde de Beauharnais formó parte de la Asamblea constituyente, y se colocó entre los diputados que hacían la oposición al rey, desplegando entonces tanto talento como valor, siendo uno de los primeros nobles que se reunieron á los diputados de los Comunes, y el que propuso la igualdad de penas para todos los ciudadanos, así como su derecho á ser elegidos para todos los empleos, y aun para todas las dignidades.

Cuando la evasión de la corte de la familia real: cuando aquella fatal evasión, que costó al rey, á la reina y á sus hijos la prisión de Varennes, y que fué precursora del cadalso de Luis XVI y de su infortunada esposa, el vizconde de Beauharnais se condujo con tal dignidad y firmeza, que admiró

hasta á sus mismos enemigos, siendo entonces él quien presidía la Asamblea nacional.

Presos el rey y la reina en Varennes, pero vueltos á las Tullerías, aun vivió por algunos meses la sombra de la monarquía, si bien bajo guardias de vista y oprimida con todos los rigores de una prisión: «el trono,—dice un distinguido escritor—perdió su autoridad, y las turbas de los furiosos rodeaban el palacio é insultaban impunemente á los reyes.»

La monarquía estaba muerta, y sólo su espectro vagaba aún en los salones de la morada real.

El vizconde de Beauharnais fué nombrado en 1792 general del cuerpo de ejército estacionado en Soissóns, y poco después para mandar en jefe el ejército del Rhin.

Se le propuso antes de esto que aceptase el ministerio de la Guerra; pero como el Gobierno había separado del ejército á todos los nobles, no sólo no aceptó el ministerio, sino que hizo dimisión de su empleo de general, y se retiró á Ferte-Imbault con su familia.

De este modo fué como el huracán político arrancó á Josefina de París: aquella buena sociedad de la que ella había sido uno de los más bellos ornatos, no existía ya: la nobleza empezaba á ser perseguida, ultrajada, aborrecida; y el cadalso donde pareció Luis XVI el día 21 de Enero de 1793, fué la señal del exterminio de los nobles.

El vizconde de Beauharnais, indignado con los desordenes á que se entregaba aquella nación tan respetada y tan noble en otro tiempo, y más aun con la persecución que sufrían todas las familias enlazadas con la suya por los vínculos de la sangre y de la amistad, escribió en su retiro y publicó una obra cuyo título era: *Observaciones contra la proscripción de los nobles.*

¿Quién podrá pintar la ternura, la abnegación de Josefina para su esposo durante aquellos aciagos días de voluntario destierro?

Su amor parecía redoblarse, y era tan natural en ella la abnegación, que dedicó sin esfuerzo ninguno su vida entera á acompañar á su marido, y á distraerle de sus penas.

El carácter del vizconde se había amargado de una manera extraordinaria con las penas y las vejaciones: nada hay que tanto hiera como el olvido cuando se cree uno merecedor de la recompensa; y el vizconde sentía cada día en su alma un raudal de hiel, que se comunicaba á todas sus palabras y á todas sus acciones.

Entonces fué cuando el carácter angelical de Josefina desplegó toda su gracia y toda su dulzura: doce años de matrimonio no habían podido ni aun entibiar el puro, tierno y generoso amor que á su esposo tenía, y dedicó su vida entera á su consuelo.

La tempestad se formaba terrible sobre la cabe-

za del vizconde: un día llegó fuerza armada á la casa que habitaba en Ferte-Imbault: fué preso de órden del Gobierno, conducido á París como sospechoso, y encerrado en un calabozo.

Ocho días después Josefina fué presa del mismo modo, y conducida á otro calabozo; y la hermosa española Teresa Cabarrús, entónces madame Tallién, amiga íntima de la vizcondesa, fué la que se hizo cargo de los dos hijos de ésta, Eugenio y Hortensia.

IX.

Instruyóse un proceso contra el vizconde de Beauharnais, tan rápidamente como era entonces costumbre, y se le condenó á muerte como *sospechoso* y como protector de los nobles expatriados, á los que en efecto había socorrido muchas veces, ya con dinero, ya dándoles asilo en su propia casa, cuando eran perseguidos para llevarlos al cadalso.

Condenósele á muerte, y Josefina, que se hallaba en un calabozo al lado del suyo, vió pasar á los que iban á notificarle la sentencia.

La pena, la zozobra de la suerte de sus hijos la tenían enferma; pero al ver la fúnebre luz de las antorchas; al oir el ruido de los fusiles, comprendió lo que pasaba, pues su carcelero la tenía infor-

mada del curso del proceso de su marido, y ella misma había cambiado algunas cartas con su esposo, donde éste le expresaba sus temores por la suerte de entrambos.

La vizcondesa, loca de terror, saltó de su lecho y se lanzó á la puerta golpeándola y dando gritos desgarradores.

Uno de los hombres vestidos de negro se llegó á la cerradura del calabozo, y dijo con voz ronca:

—Sosiégate, ciudadana: ahora te llegará á ti la vez: se os tratará del mismo modo á tu marido y á ti.

—¿Pero adónde vais? exclamó la desgraciada: ¿qué vais hacer á mi marido?

—Lo mismo que á ti: ahora vendremos á entendernos contigo.

—¡Los dos vamos á morir! se dijo Josefina, cayendo de rodillas en medio de la prisión: ¡Oh, hijos míos, mis pobres hijos! ¡Qué será de vosotros!

Un torrente de lágrimas le cortó la palabra.

La desgraciada joven no era ya la misma que hemos conocido: al sacarla de su casa, no la habían permitido llevar consigo prenda ninguna de su uso: su traje estaba sucio y ajado: su lencería en el más deplorable estado: una palidez mortal cubría sus facciones, pues ni cerraba sus ojos al sueño, ni podía tomar ningún alimento: las lágrimas habían enrojecido sus hermosos ojos azules, y sus cabellos caían en desorden sobre su frente.

El hombre que la había hablado no la engañaba: después de salir de notificar la sentencia al vizconde, la fúnebre comitiva entró en su calabozo.

Josefina, que se hallaba arrodillada y presa de una angustia mortal, se levantó.

Un hombre de aspecto lúgubre y feroz y vestido de negro desdcbló un papel y leyó su contenido.

Aquel contenido enteró á la vizcondesa de Beauharnais de que se hallaba condenada á muerte como su marido.

—Está bien—dijo Josefina con voz digna y serena, cuando terminaron la lectura:—no temo á la muerte, y menos si voy á ella acompañada de mi esposo: sólo os suplico que nos hagáis morir el mismo día y á la misma hora.

—Morirás un día después, ciudadana.

—¡Gran Dios! ¿He de ver pasar por aquí á mi esposo para ir al cadalso, sin acompañarle yo?

—No hay más remedio: el tribunal sabe muy bien hasta qué extremo amas á tu esposo, y te da el castigo de sobrevivirle por tus muchas culpas.

—¡Por mis culpas!—repitió Josefina amargamente:—¿y cuáles han sido esas culpas?

—El haber protegido á todos los nobles que huían, é iban á buscar asilo á tu casa.

—¿Y es acaso un crimen el ser humana? ¡Oh! ¡Tened piedad de mí!—exclamó la desgraciada Josefina, arrodillándose á los pies de aquellos hom-

bres de piedra:—no hagáis que sobreviva á mi marido ni un día..., ni una hora.

Aquella desconsolada súplica no obtuvo respuesta alguna: todos salieron del calabozo, y Josefina quedó sola con su dolor.

La noche la pasó en una especie de delirio mudo y sombrío: sus labios no podían entreabirse, ni aun para rezar: por delante de su imaginación pasaban las amadas y venerables sombras de sus padres, la de su tía, madame de Renaudin, la de Pascuala, su nodriza negra, las de todos aquellos, en fin, que ella amaba, y de quienes tan amada había sido.

Amanecía apenas, y un débil rayo de luz pasaba por los hierros del calabozo de la Conserjería, que ocupaba la vizcondesa, cuando le pareció oir sordo rumor de armas y de voces hacia los corredores inferiores.

Era el día 23 de Julio de 1794; día en que la guillotina segó el cuello de muchas víctimas inocentes.

Josefina, vuelta algún tanto en su acuerdo por el terror que sentía, corrió á la ventana, y en efecto, el ruido de pasos y voces era positivo, y cada vez más claro.

La agitación iba creciendo: y á las diez oyó abrir el calabozo de su marido.

Por un resto de conmiseración, ó acaso por un refinamiento de maldad, habían ido al calabozo del

vizconde por el lado opuesto al en que se hallaba su esposa: mas al salir, para subir el reo á la carreta que debía conducirle al cadalso, pasaron por delante de la prisión de la vizcondesa.

—¿No podré dar á mi mujer el último adiós? preguntó el vizconde con voz serena, al pasar por aquella puerta.

—Es muy justo, respondió uno de los de la comitiva: abre, llavero.

Corriéronse los cerrojos y las enormes barras de hierro, y la triste Josefina cayó en los brazos de su marido.

—¡Yo voy contigo!—exclamó entre sollozos:—¡No serán tan bárbaros que me condenen á sobrevivirte... sácame, sácame de aquí!...

—Tienes que vivir hasta mañana—dijo uno de los que acompañaban al vizconde:—así está mandado, y así se hará.

—¡Hasta el cielo, mi adorada Josefina!—dijo el vizconde, desprendiéndose de los brazos de su esposa.

Pero ésta, al faltarle el apoyo de su marido, cayó desplomada en el suelo, sin color, sin voz, y al parecer, sin vida.

A las dos de la tarde de aquel mismo día aun estaba sin conocimiento la vizcondesa de Beauharnais.

Ordenóse que se aplazase la ejecución de la sentencia, pues se creyó, en efecto, que había per-

dido la vida, y se la trasladó á su calabozo sin conocimiento alguno, acostándola al instante la mujer del carcelero y prodigándole lo más caritativos cuidados, pues la vizcondesa era adorada de cuantos la conocían, por su dulzura de carácter.

Pasaron algunos días sin que se pudiese asegurar que Josefina había recobrado del todo el conocimiento, y sin que sus jueces, no obstante ser inexorables, se atreviesen á enviarla á la guillotina: los desmayos se sucedían unos á otros, y la fiebre no la dejaba un instante.

Nuevas preocupaciones y serios temores embargaron al sanguinario Gobierno que diezmó la Francia en aquella época fatal: el reinado del terror acababa: la revolucion iba á dar á los tiranos la suerte de las víctimas. Josefina quedó olvidada, y el dolor, embotado al fin, ó más bien gastado por su misma continuidad, fué aclarando sus sombras y dejando penetrar en su alma la luz radiosa de la fe y el dulce resplandor de la esperanza.

Josefina fué olvidada en su prisión: y madame Tallién, su mejor amiga, se aprovechó de aquella feliz circustancia para llevarle á sus dos hijos.

¿Qué pluma podrá describir la suprema, la inmensa dicha que sintió la vizcondesa á la vista de Eugenio y Hortensia? Ya contaban, trece años el primero y diez la segunda, y ambos se abrazaron á su madre, prodigándole los más dulces nombres y las más tiernas caricias: la madre, pálida aun y

flaca, se sintió revivir abrazando á sus hijos: los hijos, que habían guardado de ella el más dulce recuerdo, que habían llorado por ella durante tantos meses, no se cansaban de acariciarla: jamás afecto más vivo y más profundo ha unido á una madre con sus hijos, y este afecto duró tanto como la vida de Josefina.

Los dos hijos de la vizcondesa se hallaban vestidos de luto, y ella misma pudo ya tener en su prisión todo cuanto necesitaba. Madame Tallién era la que cuidaba de ella con una solicitud completamente fraternal, y la que cada día le llevaba á sus hijos desde que, á favor de la oscuridad y agitación que envolvían entónces los destinos de la Francia, pudo conseguir llevarlos la primera vez.

Por fin llegó á estallar la revolución: la memorable jornada del 9 Thermidor esparció sobre aquel caos de sangre y de ruinas su poderosa luz, y monsieur Tallién, uno de los que tomaron en en ella parte más activa, corrió con su mujer á dar la libertad á la vizcondesa de Beauharnais, que al ver la luz del día y el claro azul del cielo cayó de nuevo sin conocimiento alguno.

X.

El Directorio sucedió á la Convención: Josefina, acogida en casa de madame Tallién con sus hijos, de nada podía disponer, ni tenía con qué vivir: todos los bienes de su marido habían sido confiscados: no tenía en su poder la más pequeña cantidad, y esta precaria situación, de la que no sabía cómo salir, la agobiaba con todo su terrible peso y con todas sus angustias.

Sin embargo, su amiga le daba ánimo sin cesar y la animaba á esperar días mejores: era Teresa Cabarrús una mujer verdaderamente extraordinaria, y cuya historia daremos en esta galería: dotada de pasiones fuertes, la generosidad era en ella también una pasión, y cuando amaba, era con el mismo entusiasmo que cuando aborrecía.

Imposible sería contar las aventuras amorosas que tuvo durante su vida, y más imposible todavía enumerar los inmensos favores que prodigó á toda persona errante, perseguida, necesitada, por cualquiera título, de cualquiera manera que fuese: casada con Mr. Tallién, con el cual había sostenido relaciones amorosas muchos años antes, aquel matrimonio tuvo por principal objeto una generosidad constante é ilimitada.

Entónces Teresa Cabarrús se hallaba en el apogeo de su belleza, pues apenas contaba treinta años: era trigueña, con hermosos ojos y cabellos negros: aunque adorada por su esposo, ella le profesaba sólo una buena y leal amistad, y su corazón estaba vivamente interesado por Napoleón Bonaparte, que entónces empezaba su gloriosa carrera, y que la perseguía con las manifestaciones de una pasión ardiente y exclusiva.

Madame Tallién animaba el valor de Josefina y subvenía á todas sus necesidades: cuando la vizcondesa hubo recobrado algún tanto la tranquilidad de su ánimo, Teresa la presentó una noche en casa de Barrás, que era uno de los cinco Directores.

Al entrar aquellas dos encantadoras mujeres en el salón del Director, brillantemente iluminado, oyóse en todos los ángulos un lisonjero murmullo de admiración.

Ambas eran tan graciosas, tan bellas, tan elegantes, que los ojos erraban de una á otra sin saber en cuál de las dos se habían de fijar.

Madame Tallién era más alta y más delgada que la vizcondesa: la gallardía de su persona estaba animada, no por esa dureza de contornos, que parece inseparable de las figuras académicas, sino por una gracia muelle y blanda, por decirlo así, que se comunicaba á cuanto hacía y decía.

Una viveza alegre formaba el fondo de su carác-

ter, no obstante estar dotada de una sensibilidad profunda.

Vestía con suntuosidad y con una elegancia que no halló rival en nadie, y con la cual sólo tuvo alguna semejanza la de la joven y bella madame Recamier.

Josefina tenía dos años más que Teresa, pero aparentaba seis ú ocho ménos: la graciosa y blanda redondez de sus formas, su aire juvenil, y la armonía de sus facciones, hacían de la vizcondesa un tipo, si no perfecto, á lo menos único en su clase, y dotado de un supremo é irresistible encanto.

Teresa podría tener rivales: no era posible que se le ocurriese á ninguna mujer el competir con la vizcondesa, porque no tenía comparación con ninguna otra.

Josefina se negó durante muchos días á acompañar á su amiga á casa del Director.

—¿A qué he de ir yo de nuevo al mundo? le preguntó dolorosamente.

—A ser de nuevo el más bello adorno de los salones, respondió madame Tallién.

—Yo no lo deseo.

—Por eso lo lograréis.

—¿Y qué puede ya darme el mundo?

—Lo que más necesitáis.

—Sólo necesito el olvido de mis penas.

—Y eso es precisamente lo que el mundo os dará.

—¿Lo creéis así?

—Estoy segura.

—¡Olvidar yo á mi marido! ¡A mi adorado esposo, muerto tan desastrosamente!

—Yo no creo que vos le olvidéis; pero sí que pensaréis en él con menos dolor que hoy.

—Vos no me conocéis, ¡Teresa! observó Josefina moviendo tristemente la cabeza, no olvidaré jamás á Eugenio, porque él fué el primer hombre á quien amé.

—Volveréis á amar.

—¡Jamás!

—Yo os digo que sí.

—Yo os aseguro que no.

—Pues bien, observó madame Tallién riéndose dulcemente; á lo ménos acompañadme para...

—¿Para qué?

—Para conquistar la amistad de Barrás.

—¿Y de qué me serviría?

—¿Olvidáis que es uno de los cinco jefes del Estado?

—¡No! Pero qué tiene que ver...

—Os puede devolver vuestros bienes; ¿no os alegraría esto?

—¡Oh! Más bien me alegraría por mis hijos que por mí.

—Por todos, amiga mía: ya sabéis lo desinteresada que soy yo: y sin embargo, creo que la fortuna es precisa para vivir.

—También lo creo yo: pero ya sabéis que ahora no se devuelve á nadie su fortuna.

—¿Quién sabe si vos lo lograríais y abriréis el camino para otros? Vamos, mi querida Josefina: poneos todo lo bella que podáis, y acompañadme á casa de Barrás: es forzoso que le conquistéis; es indispensable, y os será muy fácil conseguirlo si queréis.

Cuando entraron en el salón, á las nueve de la noche, se hallaba ya lleno de gente: madame Tallién llevaba un traje de seda púrpura, con listas de oro, y en la cabeza una especie de turbante oriental, también púrpura y oro, de cuyo tocado nos ha quedado una muestra en los retratos de madame Staël, la inmortal autora de *Corina ó la Italia.*

Un collar de oro muy grande y muy rico, con esmaltes negros, ceñía el esbelto cuello de Teresa Cabarrús, *la diosa de la caridad*, como se la llamaba entonces: por debajo del traje, corto, ceñido, y muy semejante á los que ahora usamos, se veía todo el pie de Teresa, pie enano, admirable por su pequeñez y su arqueada forma; aquel piececito, fino, delgado, juguetón, estaba calzado con una primorosa media de seda, color de lila claro, con espigas bordadas de oro, y con un zapatito de raso blanco, adornado de un lazo, cuyo corazón lo formaba un grueso brillante.

Cuando andaba Teresa, aquellos diamantes bri-

llaban como esos fuegos que nos atraen en la oscuridad: cuando se sentaba y agitaba sus pies entre los sedosos pliegues de su falda, parecían los brillantes dos sonrisas, que atraían y encantaban todas las miradas.

Sus guantes blancos y largos hasta cerca del codo eran de un corte exquisito, de extremada finura, y dejaban ver un poco de su brazo blanco y torneado, hasta el punto donde llegaba el borde de la manga corta y muy hueca.

Una banda de raso lila, bordada de oro, ceñía el lindo y flexible talle de Teresa.

Aquel tocado casi regio, aquel traje de colores deslumbrantes, aquel collar dïgno de una sultana del Mysori, parecían como los accesorios necesarios de la espléndida belleza de madame Tallién.

Su compañera vestía con mucha más sencillez: un traje de seda blanco con listas azules dibujaba deliciosamente el talle de Josefina: un ceñidor azul, y una sola rosa blanca prendida en sus hermosos cabellos negros completaban su adorno: por collar llevaba dos sartas de perlas finas, pero de diminuto tamaño.

Todas sus joyas de valor habían sido vendidas para los gastos de instalación en una casa modesta, á la cual iba á retirarse en breve con sus hijos.

La vizcondesa, blanca como el nácar, rosada como una niña, con sus grandes ojos azules guarnecidos de largas y negras pestañas, parecía no te-

ner más de veinte años: reinaba en toda su figura esa gracia casta y decente, presente encantador de la juventud, y que con ella se evapora en algunas mujeres, aunque en otras persiste como el sello eterno de una alma delicada y noble.

La melancolía envolvía en su dulce sombra las facciones de la vizcondesa; pero el talento brillaba en todas y en cada una de ellas, como el sol brilla á través de los celajes de la mañana: formaban aquellas dos mujeres el más perfecto contraste; pero el pensamiento iba indeciso de la una á la otra, vacilaba entre las dos, y regularmente acababa por fijarse en Josefina, como en la más dulce de aquellas dos bellas creaciones.

Ya hemos dicho que un lisonjero murmullo de admiración acogió la entrada de madame Tallién y de la vizcondesa de Beauharnais: Barrás salió á recibirlas, y expuso á Josefina en cuánto estimaba la distinción que le hacía honrando su casa con su presencia, pues ya la considerase como la viuda del ilustre vizconde de Beauharnais, ya por su propio mérito, siempre era para él un inmenso favor su amistad.

Josefina correspondió con gracia y dulzura á las palabras del Director: el eco melodioso y suave de su voz llamó la atención de un hombre que se apoyaba en el extremo de una mesa dorada; y que al entrar madame Tallién la había saludado con una singular expresión.

Aquel hombre era de estatura mediana y de poca corpulencia, aunque no podía llamársele delgado: su cuello, un tanto corto, lo parecía más, á causa de la anchura de sus robustos hombros: su pierna nerviosa y fina aparecía de una forma intachable, ceñida por su rica media de seda: sus cabellos castaños y ondulados eran finos, suaves y abundantes, y se hallaban cortados militarmente.

En cuanto á su rostro, es difícil imaginar un conjunto de facciones más perfecto, más académico, pero también más duro y más frío.

Sus grandes ojos, que participaban del gris, del verde y del azul, tenían la deslumbradora mirada del águila real, y parecían ligeramente hundidos á causa de la prominencia de sus cejas: su ancha frente reflejaba bajo la lisura y pulidez del mármol, la calma del genio y el poder de la reflexión: uníase á ella una recta y severa nariz romana, con una línea casi sin inflexión, conservando una forma purísima: y bajo aquella nariz, moraba una boca, de tal belleza de contorno, que no ha tenido igual.

Eran sus labios delgados, finos, suaves y movibles, como las hojas delicadas de una rosa, y sus dientes, más bien que dientes, parecían una sarta de menudas perlas de Oriente; pero aquella boca tan bella, tan dulce, tan delicada y amorosa, tenía á cada lado un pliegue que acusaba un carácter de hierro y una indomable fuerza de voluntad.

Vestía aquel hombre el uniforme de general, y bajo su coraza, se veía su ancho y robusto pecho: el zapato con hebilla descubría su pie delgado y fino como el de una mujer: sus manos eran blancas como el marfil, torneadas, y llenas de hoyos, y todo ésto se adivinaba, á pesar del rico guante blanco que las cubría, y sobre el que caía una nube de encaje.

Sus mejillas delgadas y el corte de su rostro redondo y un tanto ancho acababan de dar á aquel hombre un aspecto que imponía y atraía á la vez con un poder irresistible: era la belleza griega, unida al poder de la más alta civilización.

Desde que entró, madame Tallién le había columbrado, y para él fué su primera mirada al penetrar en el salón; pero aquella mirada estaba llena de timidez y de súplicas, y la que le respondía encerraba un enojo y una cólera, que ella leyó palideciendo intensamente.

Cuando Josefina contestó al lisonjero cumplimiento de Barrás, el eco dulce y armonioso de su voz hizo volver la cabeza al hombre que se apoyaba en la mesa y del cual acabamos de ocuparnos.

Sabida es la influencia que un eco grato de voz ejerce en algunas personas impresionables, y la voz de Josefina tenía un eco encantador.

Como si el hombre apoyado en la mesa fuera la persona más importante de las que había en el salón, Barrás tomó el brazo de la vizcondesa, y antes

de conducirla á un asiento, se detuvo delante de aquél, y se lo presentó diciendo:

—El general Bonaparte.

Josefina se inclinó.

—La vizcondesa de Beauharnais—añadió Barrás señalando á su compañera.

El general se inclinó á su vez, aunque levemente y con frialdad, delante de Josefina.

—Venid á hablarme—dijo madame Tallién á Bonaparte, luégo que hubieron pasado Barrás y Josefina.

—¡No!—dijo aquél:—no iré.

—¡Os lo ruego!

—Os digo que no.

—¡Tengo que daros explicaciones!

—No os las pido.

Teresa se puso pálida, enjugó una lágrima y pasó, reuniéndose al instante á Josefina, que acababa de sentarse.

El general miró á otra parte sin afectación alguna, y sin demostrar en su semblante la menor emoción, al paso que la de Teresa se hacía cada instante más dolorosa y más visible.

XI.

Napoleón Bonaparte, el coloso que ya empezaba á asombrar al mundo con la fama de sus hechos, estaba entonces en relaciones amorosas con Teresa Cabarrús, ó sea madame Tallién, la amiga y protectora de Josefina; pero una nube densa y preñada de relámpagos, envolvía entonces el cielo de aquel amor puro y azul hasta entonces.

Teresa era coqueta y además adorada en la especie de corte que rodeaba al Directorio.

Napoleón era celoso y exclusivo en sus afectos, siendo la soberbia la cualidad que sobresalía en su carácter.

Teresa por su parte amaba apasionadamente á Bonaparte, y aunque su natural inclinación le obligaba á desear la lisonja y la adulación, en el fondo de su alma vivía un afecto exclusivo y profundo por el general.

La vista de Josefina impresionó á Napoleón de una manera extraña y nueva en él, pues si bien era un hombre de pasiones vehementes, era tal el poder que tenía sobre sí mismo, que nadie sabía dominarse mejor que él.

Sin darse cuenta de lo que hacía, se fué aproxi-

mando á la linda viuda, para no perder uno solo de sus movimientos ó de sus palabras.

Todo cuanto Josefina habló aquella noche le parecía encantador y lleno de gracia: sus frases, que expresaban siempre ideas claras y justas acerca de todo: su encanto natural, el eco melodioso de su voz, todo cautivaba á Napoleón, y todo le parecía superior á cuanto hasta entonces había visto.

Acercóse á Josefina y le habló, respondiéndole ella con la dulce cortesía que le era habitual.

No es posible pintar los tormentos que padeció madame Tallién durante aquella velada fatal: afectó atender á las galanterías de los mismos que otras veces escuchaba con placer; pero su pensamiento estaba lejos de allí, y su mirada distraída daba claros indicios de lo que pasaba en el fondo de su alma.

Cuando salieron de casa de Barrás, en vano madame Tallién trató de disimular lo que sufría: al contestar cuando le hablaba Josefina, una involuntaria amargura asomaba á sus labios: comprendía demasiado que su amiga había hecho una fortísima impresión en el hombre á quien ella amaba, y un presentimiento muy triste le avisaba de que su amor había recibido un golpe mortal.

Al día siguiente la vizcondesa de Beauharnais comprendió lo que pasaba en el corazón de su amiga, aunque se reconocía inocente del delito de

ingratitud; ella no había hecho nada para provocar la atención de Bonaparte: había contestado cuando le hablaba, con aquella atención que la cortesía exige. ¿De qué podía, pues acusarla su amiga? A su parecer de nada, y su injusticia la indignó sobremanera, decidiéndose á marcharse al instante á la casa que tenía ya buscada para ella y sus hijos.

Sin embargo, no quiso salir con enojo de la casa donde tan generosa hospitalidad había recibido, y disimuló su malestar, para despedirse afectuosamente de monsieur y madame Tallién.

La vizcondesa, instalada ya en su pobre y modesta casa, y sola con sus hijos, respiró con más libertad.

Nada, absolutamente nada había allí de fausto ó de riquezas, y la humilde medianía era lo que sobresalía en todos los detalles; pero la vizcondesa estaba dotada de un gusto natural y exquisito que todo lo embellecía.

La habitación, situada en un cuarto piso de una de las calles más retiradas de París, era pequeña, pero contenía todos los aposentos necesarios para que la madre y los hijos viviesen con bastante comodidad.

Una sala cuadrada hacia las veces de salón, y se hallaba cubierta con una tela de seda morada con flores azules, de escaso precio, pero de muy buen gusto: sillones á la Voltaire y dos divanes

pequeños le amueblaban, y el testero principal estaba ocupado por un hermoso piano de palo santo, donde Josefina y su hija lucían su talento musical.

Las cortinas de los balcones y la tapicería de los muebles eran igual á la tela que cubría las paredes.

Una puerta cubierta con una cortina de seda conducía á dos salitas ocupadas por la vizcondesa y por su hija, y separadas sólo por un lindo gabinete de tocador que les era común.

Al otro lado de la casa estaba el comedor y el cuarto de Eugenio, adornado muy sencillamente con una cama de hierro, una piel de tigre por alfombra, una librería de palo santo y una panoplia formada por algunas ricas armas que habían pertenecido al difunto vizconde de Beauharnais.

Los aposentos de la vizcondesa y de su hija estaban adornados con alguna más delicadeza y primor.

—Mamá—dijo Hortensia al entrar en la casa—¿por qué hay en mi cuarto esa bonita sillería forrada de merino de color de rosa, y en el tuyo otra cuyos asientos son de seda verde?

—Porque á tu edad, hija mía, la vista y el ánimo necesitan de alegría.

—¿Y por qué mi cama tiene cortinas de muselina bordada, y la tuya sólo de tela persa?

—Porque yo destino para ti todo el primor que

me es dado emplear: lo bello es necesario á la juventud como el rocío á las flores.

—Tú eres aún muy joven, mamá.

—Pero tú eres aún niña.

—¡Qué bonita es esta casa!—exclamó ingenuamente Hortensia, tendiendo sus ojos por el salón y por los dos gabinetes, cuyas puertas se hallaban entreabiertas:—¿por qué dicen que la riqueza es precisa para la felicidad? Á fe que nosotros nos hemos quedado pobres, y sin embargo, aquí vamos á ser muy dichosos!

—¡No obstante, mis pobres hijos, muchas privaciones tendréis que sufrir! murmuró tristemente la vizcondesa, tomando en las suyas las manos de Hortensia y de Eugenio, que de pie, al lado de su madre, parecía sumergido en una cavilación profunda.

—¡Sufrir, mamá! ¿Pues qué nos falta aquí?—exclamó Hortensia:—tenemos flores en el salón, un lindo aposento para cada uno, una criada que nos sirva, salud y esperanza en Dios... ¿qué más podemos desear?

—Vosotros erais ricos, mis pobres hijos, y ahora, si hemos de vivir, habremos de trabajar.

—¿Y qué más gloria, mamá, que la de vivir de nuestro trabajo?

—¡Ah! ¡mi pobre niña!—exclamó la vizcondesa, imprimiendo un triste beso en la pura frente de Hortensia:—¡Tú hallas en todo el inocente entusias-

mo de tu edad! ¡Pero yo, aunque poco, sé más de la vida que tú! El pan del trabajo, hija mía, es muy amargo de ganar; pero, sin embargo, como tú has dicho muy bien, tenemos esperanza en Dios, y él no nos abandonará.

—¿Quién se ha llevado los bienes que eran nuestros?—preguntó Eugenio saliendo de la profunda preocupación que le embargaba.

—¡La revolución, hijo mío, la revolución nos ha arruinado, y sin embargo, más que la pérdida material de nuestros bienes, siento otra pérdida, la de un objeto que hubiera querido conservar siempre!

—¿Y qué objeto es ese, madre mía?

—¡La espada de tu padre! Cuando el desarme general de los ciudadanos se le recogió, y aquella espada gloriosa debía haber sido tuya.

—¡Lo será! repuso Eugenio con resolución.

—¿Qué dices?

—Que en vuestro nombre, madre mía, y en el mío, iré mañana á reclamar esa espada al general Bonaparte.

Un estremecimiento imperceptible agitó las delicadas cejas negras de Josefina al oir este nombre.

Tal vez ella misma no hubiera sabido explicar la sensación que experimentaba si le hubieran interrogado acerca de ella; pero la sensación fué tan rápida como profunda.

Su hijo lo advirtió, y le dijo afectuosamente:

—¿Acaso, mamá, tienes miedo á ese hombre admirable, al que yo considero como á un semidios?

—No participo de tu entusiasmo por él, respondió la vizcondesa, que había logrado dominar su emoción; pero tampoco le temo ni le aborrezco.

—¡Aborrecer á Napoleón Bonaparte!—repitió Eugenio:—¿Cómo puede ser eso? Siendo el más valeroso de los hombres, debe ser también el más generoso y justo, y seguro de esto, iré mañana mismo á pedirle la espada de mi padre.

XII.

Al día siguiente, y cuando el general Bonaparte acababa de vestirse para salir, le anunciaron que un joven, casi un niño, deseaba de él un instante de audiencia.

—No puedo ahora recibir á nadie—respondió Bonaparte, voy á salir.

El criado iba á trasmitir esta contestación, cuando pensando, sin duda, que aun podía disponer de algunos instantes y que quizá al dìa siguiente estaría más ocupado, llamó al criado después de consultar al reloj.

—Esperad—le dijo—ese joven ¿ha dado su nombre?

—Sí, señor, se llama el vizconde de Beauharnais.

—¡Que pase al instante!—exclamó Bonaparte, que, al oir el nombre del hijo, pensó instantáneamente en la madre.

Algunos segundos después, Eugenio se inclinaba modesta y sencillamente delante de él.

—¿Qué deseáis, señor vizconde?—le preguntó el general mostrándole un asiento, y dulcificando todo lo posible la expresión severa de su fisonomía.

—Deseo, general—repuso el hijo de Josefina aceptando el asiento, y levantando al rostro de Bonaparte sus límpidos y hermosos ojos oscuros:—deseo una cosa muy justa.

—Decidla—respondió aquél, dejando asomar á sus labios una sonrisa.

—Lo que vengo á reclamar, general—repuso Eugenio herido por la sonrisa de Bonaparte—es la espada de mi padre, y la reclamo en el nombre de mi madre y en el mío.

—No sé si habréis reflexionado ya en lo grave de esta petición, señor vizconde—dijo el general, que quería ganar tiempo para contemplar detenidamente la bella figura del adolescente.

Este, en efecto, estaba dotado de un encanto irresistible; su estatura, alta ya para su edad, era esbelta y bien proporcionada; su talle flexible y varonil á la vez; resplandecía en su rostro una be-

lleza admirable, y el pensamiento flotaba en su mirada vaga y melancólica; aquella mirada tenía tanta pureza y limpidez, que permitía llegar hasta el fondo del alma sin dificultad alguna.

Un elegante, aunque sencillo traje, realzaba las aristocráticas maneras de Eugenio, que se parecia en la distinción á su padre, y á su madre en la graciosa belleza de sus facciones.

Su tez trigueña estaba vestida de esa ligera palidez tan bella cuando es natural; un bosque de cabellos de un castaño claro y armonioso se rizaba en gruesos bucles al rededor de su frente y sienes; sus grandes ojos garzos se hallaban guarnecidos de largas y sedosas pestañas, lo que daba á su altiva mirada una dulzura infinita.

Su boca, que ostentaba la incomparable frescura de la primera juventud, era algo grande, y de expresión firme y osada; prometía aquel niño una acabada belleza varonil y un carácter á la vez noble y suave, recto y flexible, dulce y orgulloso, para cuando saliera de la adolescencia.

La mirada de águila de Bonaparte leyó bien pronto en el fondo de aquella alma cándida y sencilla; y cuando dijo á Eugenio que no sabía si había reflexionado en la gravedad de la petición que iba á hacerle, había ya previsto su respuesta.

—Lo he reflexionado, general—dijo con seriedad Eugenio—y creo que al hacerlo estoy en mi derecho.

—¿Sabéis que el desarme fué una medida general, caballero?

—Sí, señor.

—¿Y que otras muchas familias están en el caso de la vuestra?

—Si todos reclaman con la justicia que yo, caballero, debéis satisfacerles; la espada de mi padre es para mi madre y para mí joya de inestimable valor, pues esa espada ha pertenecido á uno de los más nobles hijos de Francia, que la ha sacado siempre en defensa del honor de su patria, y para sostener sus libertades.

La llama del entusiasmo ardía en los grandes ojos del joven vizconde al hablar así; el general le contempló algunos instantes, y luégo le preguntó:

—¿Y nada más pedís que la espada de vuestro padre, señor vizconde?

—Nada más, general.

—¿Le han sido devueltos á vuestra madre los bienes de su esposo?

—No, señor, nada poseemos, y pensamos fiar nuestra subsistencia á nuestro trabajo.

—¡Qué decís! ¡La patria os ha despojado de ese modo tan completo! exclamó el general.

—La patria, no, caballero—respondió Eugenio con una indescriptible expresión de nobleza melancólica—la patria no, la revolución ha sido la que ha llevado á mi padre al cadalso y la que nos ha dejado pobres.

—La revolución era precisa, caballero —dijo Bonaparte;—la tempestad deja la atmósfera más pura cuando ya ha pasado.

—No seré yo quien os contradiga: mi padre aceptó la revolución, aunque fué víctima de los excesos que trajo tras sí; la tempestad, general, trae también el rayo que destruye y aniquila, no lo que es malo, sino á veces también lo que es bueno y útil; mas perdonad, general, si me he empeñado en una discusión que no debía, y decidme si me concedéis lo que solicito.

—Mañana, señor vizconde, tendréis en vuestra casa la espada de vuestro padre.

—¿De veras, general? ¿No me engañáis?

—Recibid la seguridad de mi palabra, y dádsela también á vuestra madre, á la que os suplico digáis también, que en esta misma semana espero lograr se firme el decreto para que le sean devueltos los bienes de su esposo.

—¡Ah, general!—exclamó Eugenio, á cuyos ojos acudieron en tropel dos raudales de lágrimas. ¡Cómo podré yo explicaros mi gratitud ni qué os diré!... ¡Oh! ¡No! ¡Yo no sabría! ¡Mi madre tiene más talento que yo, y vendrá conmigo á daros las gracias!

Yo iré á ponerme á sus órdenes esta misma noche, y seré el portador de la espada, repuso Bonaparte; así os adelantaré algunas horas el placer de poseerla.

—¡Ah, general!—exclamó Eugenio:—¡bien digo yo cuando afirmó que sois uno de los más grandes hombres del mundo! ¡Ah! Si hubierais estado vos aquí cuando mataron á mi padre.....

—No le hubieran muerto, exclamó el general.

—¡Dios os bendiga por todo el bien que queréis hacernos! Y ahora, adiós, general, yo sólo soy ahora un niño de catorce años; pero mi corazón es vuestro para mientras viva.

—Algún día puede que os le pida—dijo el general:—no olvidéis entonces lo que ahora me decís, mi joven amigo.

—Jamás lo olvidaré.

Eugenio estrechó con fuerza la mano de Napoleón, y desapareció tras la cortina de seda.

—El hijo me hace desear más aun de lo que lo deseaba el corazón de la madre, murmuró el general; para educar así á un niño de las condiciones de éste, no basta un elevado talento; se necesita también un gran corazón... ¿Cuándo llegará la noche, y por qué no puedo yo apresurar la marcha del día?

Y Bonaparte salió muy pensativo después de haber tomado su sombrero y sus guantes.

En cuanto á Eugenio Beauharnais, se dirigió á su casa con paso rápido.

—¡Ah, mamá!—exclamó al entrar abrazando á Josefina.—¡Qué dicha! ¡Qué dicha tan grande y tan inesperada!

—¿Nos devuelve la espada de tu padre? preguntó la vizcondesa con ansiedad.

—Esta noche misma, el general Bonaparte te traerá la espada; y en esta semana alcanzará del Directorio la orden para que te sean devueltos los bienes de mi padre... ¡Madre mía, Hortensia, continuó Eugenio. ¡Ya no tendréis que trabajar para vivir, gracias á ese hombre, que es un semidiós!

XIII.

Josefina, al oir la noticia de que Bonaparte iba á ir á verla aquella misma noche, quedó pensativa y cavilosa.

La mirada tenaz de aquel hombre le había hecho una profunda impresión cuando le había hablado en casa de Barrás.

Había en la fisonomía de Napoleón algo tan importante, tan grande, tan augusto, por decirlo así, que no se le podía mirar impunemente, ni sostener con tranquilidad su mirada.

Eran cerca de las cinco de una hermosa tarde de primavera. Hortensia, que amaba mucho el campo, propuso á su madre un paseo por el Jardín de Plantas, y la vizcondesa, que anhelaba distraerse, salió con sus dos hijas.

Mucha gente se paseaba en aquel delicioso sitio:

algunos niños corrían á la vista de sus ayas, vestidos con gusto y primor, como otras tantas flores animadas de esa otra primavera de la vida.

Algunas jóvenes parejas sentadas á la sombra de los altos castaños de Indias, hablaban de amor: el aire estaba cargado de perfumes, y el cielo, vestido de un azul radioso y puro, parecía enviar á la tierra raudales de alegría.

Hortensia, que sólo contaba once años, se fué á pasear con algunas otras niñas de su edad: Eugenio sacó un libro de su bolsillo y se puso á leer: Josefina quedó sola y entregada á sus reflexiones.

Parecióle que aun tenía derecho á ser dichosa, y que la juventud enviaba á su corazón un dulce calor: por la primera vez desde su viudez, pensó en su marido sin aquel dolor amargo y penetrante que una desgracia irremediable deja detrás de sí en los primeros tiempos que se experimenta: su recuerdo estaba lleno de una dulce y tranquila melancolía, y le parecía que la sombra misma del vizconde le decía desde el cielo que tuviese esperanza en el porvenir.

Ya sus padres habían muerto, y su tía madame de Renaudín; pero el recuerdo del país donde había abierto sus ojos á la luz, estaba fijo en su memoria y allí volvía los ojos del alma, al pensar en el abandono y pobreza en que vivía.

El más grande dolor de la vizcondesa nacía entonces del enojo, de la dureza que la demostraba

madame Tallién: Josefina amaba á aquella excelente amiga con todo su corazón: Teresa Cabarrús había sido para ella en la desgracia una amiga generosa y sincera, y toda la ternura de Josefina estaba dedicada á su generosa amiga.

Pero ¿qué le había hecho para que así hubiera cambiado para ella? La actitud dolorosa de madame Tallién, cuando Bonaparte miraba á la vizcondesa, no dejaban duda á ésta de que entre su amiga y el general mediaban relaciones de amor, y de que los celos eran los que le enajenaban el corazón de su amiga.

—¡Cómo!—pensaba Josefina—¡una simple sospecha basta para herir ese corazón que yo creía todo mío! ¡Y será posible que Teresa, casada con un hombre que la adora, dé entrada en su alma á una pasión culpable! ¡No, no, eso no puede ser!... Pero si es, si realmente tiene relaciones de amor con el general, ¿por qué no me lo ha confiado? Acaso teme á mi severidad, ¿ó es que no me cree ya digna de su confianza?

El crujido de un traje de seda interrumpió el monólogo de Josefina.

Una mujer había llegado sin hacer ruido por un bosquecillo de rosales que había á su espalda, y se hallaba ya al lado suyo.

A pesar del velo que la cubría el rostro, la vizcondesa vió al través del delicado tejido del encaje dos bellos y rasgados ojos negros que le eran

bien conocidos, una frente de Diana, y una boca de coral y perlas: el rostro, en fin, de Teresa Cabarrús.

Esta venía agitada y con el corazón palpitante: detúvose un instante al lado de la vizcondesa, que la miraba un poco sorprendida; y al fin, alzando el velo, le preguntó con voz trémula:

—Josefina, ¿quieres oirme un instante?

—¿Puedes dudar de que soy toda tuya?—exclamó la vizcondesa tomando las manos de su amiga:—vamos á mi casa.

—No... no, aquí...—repuso madame Tallién—aquí podemos hablar, mi marido me espera.

—Sea donde te parezca mejor—repuso Josefina.

Teresa se sentó á su lado, acabó de alzar el velo que ocultaba su hermoso rostro, y entonces la vizcondesa pudo ver la marmórea palidez que cubría sus mejillas.

—¿Qué te sucede?—exclamó—¿qué tienes?

—Todo lo vas á saber—respondió madame Tallién—y tu decidirás de mi suerte.

—¡Yo!—repitió asombrada la vizcondesa.

—Tú: se halla en tus manos.

—Si así fuera, serías la más feliz de todas las mujeres, mi amada y generosa Teresa.

—Oye—dijo madame Tallién, á quien el amoroso arranque de su amiga había hecho sonreir amargamente:—óyeme con atención, y si el sonrojo viste alguna vez mi frente, no lo extrañes.

Yo me casé con Tallién creyendo amarle, por-

que amor creí la tierna afección que le profesaba, y la alta estimación que hago de sus prendas: feliz con este amor he vivido algunos años, y hubiera vivido siempre, si un hombre no se hubiera atravesado en mi camino.

Josefina tembló.

Ese hombre, prosiguió Teresa, fijó en mí su atención antes de que yo fijase en él la mía; tal vez, á no ser por su empeño, no hubiera yo reparado en él: pero me perseguía á todas horas, le veía en todas partes, y mi propio corazón le ayudó en su empresa; en fin, Josefina, yo llegué á tener relaciones amorosas con el general Bonaparte.

—¡Conque era verdad! exclamó la vizcondesa, mirando á su amiga con una conmiseración profunda.

—Era verdad.

—¿Y así has podido faltar á la fe conyugal?

—¿No has faltado nunca tú?

—¡Jamás!

—Te creo, pero tu virtud es nacida de las circunstancias favorables que te han rodeado: retirada con tu marido del ruido y de la agitación, sin tentación alguna, no es extraño que no hayas caído; si estuvieras en mi lugar...

—¡No caería tampoco! respondió la vizcondesa, cuyas mejillas se tiñeron de carmín.

—¿Quién sabe? repuso Teresa con una burlona sonrisa; veremos.

—Ahora, aunque amase, no sería caer, dijo Josefina levantando la cabeza con orgullo: soy libre y dueña de mi voluntad.

Teresa Cabarrús guardó silencio, como si aquella respuesta la hubiera anonadado: la expresión de su rostro se fué dulcificando poco á poco, y murmuró con un suspiro.

—¡Tienes razón!... tú eres libre, y puedes sin rubor amar y ser amada... pero contéstame...

Y aquí madame Tallién se detuvo como cortada por un penoso rubor.

—¡Habla! dijo afectuosamente Josefina: nada temas, á todo lo que me preguntes te contestaré.

—¿A todo?

—A todo.

—Pues bien... ¿Amas á Bonaparte?

—¡Yo! exclamó la vizcondesa: sólo le he visto una vez; la noche que me llevaste á casa de Barrás.

Y eso, ¿qué importa? ¡A ese hombre se le ama así que se le ve! Así le amaba yo, sin saberlo siquiera.

—Teresa, dijo Josefina, cuando yo ame, sabré por qué y á quién amo: por ahora te puedo decir que no profeso ninguna clase de amor al general, pero que sí le profeso gratitud.

—¿Por qué? exclamó Teresa saltando en el asiento de césped que ocupaba, como si la hubiera mordido una víbora.

—Porque ha ofrecido á Eugenio que nos de-

volverá la espada de su padre, y una parte de nuestros bienes.

—¿A ido á verle Eugenio?

—Esta mañana.

—El no quería creer que tuvieras hijos de esa edad—dijo madame Tallién con una sonrisa.

—Pues ahora se habrá convencido de que los tengo.

Y á los labios de la vizcondesa asomó otra sonrisa más bella que la de su amiga; pues aquélla era la del triunfo de los celos, y ésta la de una sublime confianza.

—Y... ¿recibió bien á Eugenio?—preguntó Teresa, siempre recelosa é inquieta.

—Perfectamente, y le ofreció que esta noche iría él á mi casa á llevarme el decreto para que se me devuelva mi fortuna.

—¡Santo Dios!—exclamó Teresa palideciendo: ¿va esta noche á tu casa?

—Sí: ¿qué hay en ello de extraño?

—¡Que estoy perdida!

—¿Por qué?

—El general está enamorado de ti.

—Dado caso de que lo estuviera, ¿qué importa, si yo no lo estoy de él?

—Lo estarás.

—Te equivocas: ¿crees que soy tan fácil de impresionar? ¿Has visto en mí alguna flaqueza que te haga suponerlo?

—¿Quién resiste á Bonaparte?

—Yo acaso: en fin, querida Teresa, para acallar tus celos, admite la sola seguridad que te puedo dar.

—¿Cuál es?

—Asiste oculta á la entrevista que con él voy á tener esta noche.

—¡Gracias, Josefina!—exclamó la pobre Teresa estrechando las manos de su amiga;—mil gracias, tú eres muy buena y muy generosa, pero yo no debo admitir.

—¿Por qué?

—¡Eso sería humillarme mucho!

—¡Ay mi amada Teresa!—exclamó Josefina,—mucho más te has humillado admitiendo el amor de ese hombre ni el de ningún otro, estando casada con quien tanto te amaba, y que tan digno es de tu cariño.

—Eso ya no tiene remedio, contestó sombríamente Teresa, pero á lo menos, ya no me rebajaré más de lo que estoy: dame solamente tu palabra de que no oirás las palabras de amor de ese hombre.

—¿Quieres acaso que me tape los oídos?

—¡Josefina, eres cruel!—exclamó amargamente madame Tallién:—nunca lo hubiera esperado de ti!

—No soy cruel, sino veraz, amiga mía—observó la vizcondesa;—¿por qué te he de prometer lo que no te podré cumplir? No creo que el general sienta

nada por mí, y si me dice algo, será por pura galantería y nada más; pero yo no puedo impedirle que hable, caso que lo tenga á bien.

Teresa inclinó la cabeza con profundo y amargo desaliento.

—Estoy perdida, repitió, y digo perdida, porque para mí es peor que la muerte el verme privada del amor de Bonaparte.

—¿Tanto le quieres?

—Como le querrás tú.

—¡Yo! repitió la vizcondesa—¿pues acaso piensas tú que yo he de amar á todo el que se me acerque?

—¡No! Pero ese hombre no se parece á ningún otro.

—Dado caso que así sea, ¿quién sabe si él piensa en mí?

—No piensa en otra cosa.

—Mi pobre Teresa, dijo Josefina, tu imaginación acalorada te lo aumenta todo: ese hombre te ama, estoy segura de ello; ¿no eres bella y buena? ¿no estás dotada de un talento superior?

—¡Ojalá fuera así!

—Y así es; pero, amiga mía, cada falta lleva en sí misma su castigo, y el de los amores culpables es una desconfianza incurable; es la zozobra de todos los intantes; es el temor de perder lo mismo que causa nuestra desdicha. Teresa, ¿por qué no has conservado la tranquilidad de la conciencia y

la alegría del alma? ¡Esos solos son los bienes positivos de la tierra!

—¡Mi corazón ansiaba amar!

—¿Por qué no amas á tu marido?

—¿Acaso se manda al amor?

—Con la razón, sí.

—¡Tú serás virtuosa toda tu vida! exclamó con amargura madame Tallién, porque el temple de tu alma sólo necesita de tranquilidad.

—¿Y el de la tuya?

—Necesita las tempestades.

—Te compadezco, pues.

—¡Y tienes razón!

—¿No vendrás esta noche para asistir á mi entrevista con el general, dado caso que venga él?

—¡Oh! No faltará. No lo temas.

—Lo temo, pues, porque se trata de la fortuna de mis hijos; pero ¿tú no vendrás?

—No.

—Lo siento, pues te irías tranquila.

—¡No! No quiero exponerme á esta prueba cruel, ni quiero tampoco descender á tus ojos, dijo madame Tallién levantándose: me basta con que tú sepas que le amo, y que he sido amada por él.

Y dichas estas palabras, Teresa Cabarrús estrechó la mano de su amiga y desapareció.

Josefina quedó pensativa y cavilosa, según quedaba siempre que oía pronunciar el nombre de Napoleón Bonaparte; y poco después llamó á sus

hijos, que se paseaban á corta distancia, y se volvió con ellos á su casa.

Cuando llegó, se halló sobre una de las consolas de la sala la espada que había pertenecido á su marido: le había sido remitida por el general Bonaparte, con un billete que decía así:

«Esta noche á las nueve, el general Napoleón Bonaparte tendrá la honra de pasar á saludar á la vizcondesa de Beauharnais, y en tanto, le remite el objeto que ella y su hijo estiman con tanta razón.»

XIV.

Acaso sin darse cuenta ella misma del porqué, puso Josefina aquel día más esmero en su tocado que los anteriores.

Tenía la constumbre de vestirse para comer, pero en aquella noche buscó entre el reducido número de sus vestidos el que mejor podía estarle de todos, y eligió al fin uno verde con ramos de raso blanco, cuyo gracioso corte hacía resaltar la elegancia de su talle.

Hortensia se puso un traje blanco, y así ataviada, con sus largos cabellos rubios sueltos en rizos y su peregrina y fresca belleza, se asemejaba á la joven Hebe, según nos la pinta la mitología.

Hortensia era muy bella: sus grandes ojos azules oscuros estaban llenos de dulzura y de inteligencia: su pregrina boca tenía una adorable expresión de sensibilidad y de candor: su nariz era fina y estaba llena de gracia, lo mismo que su frente, que ostentaba el más puro dibujo griego: una cabellera dorada coronaba su cabeza, y parecía como que la abrumaba con su peso, pues era habitual en ella una graciosa inclinación hacia el hombro.

La estatura de Hortensia era alta para su edad, pero no de modo que prometiese para más adelante una extraordinaria altura: todas sus formas eran tan lindas, tan suaves, tan torneadas, que la vista no acertaba á separarse de ellas.

La madre misma enlazó el flexible talle de la niña con un ancho cinturón de color de rosa, y ciñó su garganta con un collar de menudas perlas: luégo, contemplándola con adoración, exclamó:

—¡Hija mía! ¡Qué hermosa estás!

—Más lo estás tú, mamá—repuso Hortensia, mirando á su vez á la vizcondesa con cándido orgullo:—ese traje te hace parecer encantadora.

—Eso será á tus ojos, observó Josefina con una sonrisa en la que había algún rubor.

—Y á los de todos. ¡Si es que estás muy bella! ¿Verdad, hermano?

—Nunca la he visto tanto—contestó Eugenio—mamá está esta noche encarnada y la brillan los ojos: las dos estáis encantadoras.

La campanilla de la puerta sonó en aquel instante: Eugenio, advertido por una señal de su madre, salió á recibir al general. Hortensia le esperaba á la puerta.

Poco después apareció Bonaparte, que traía de la mano al joven vizconde, y hablaba con él amigablemente.

Al entrar, la rubia Hortensia le hizo una graciosa cortesía, y el general, sorprendido al principio con su hermosura, le tomó una mano y se la besó con galantería.

—Por cierto, señora—dijo volviéndose á la vizcondesa—que sois muy dichosa teniendo unos hijos tan hermosos.

Josefina se había levantado para saludar al general: cuando éste se hubo sentado, respondió á lo que acababa de decirle.

—Son aún más buenos que hermosos, general, y me quieren con pasión.

—Creo que debéis ser una excelente madre.

—Procuro hacer cuanto está de mi parte: es verdad que mis hijos no pueden ser mejores para mí de lo que son.

—¿A qué carrera destináis al vizconde, señora?

—El se inclina á la de las armas: mas yo prefiero la de la diplomacia.

—Ya discutiremos eso los dos, dijo el general sonriendo: quiero que Eugenio vea desde hoy en mí, no sólo á su mejor amigo, sino á su segundo padre.

— ¡Oh, general!— exclamó el niño—¡sólo el oiros decir eso... á vos, es ya para mí una dicha inapreciable!

—¿De veras? ¿En tan alta estima me tenéis?

—En la más alta que me es posible, y estoy seguro de que es sólo en la que merecéis.

—Por más que no lo creáis, querido Eugenio, vuestra opinión es para mí de gran valor, dijo Bonaparte afectuosamente al hijo de Josefina.

Después, volviéndose á su madre y sacando del bolsillo un papel doblado, añadió:

—Aquí tenéis, señora, la orden para que se os devuelvan los bienes de vuestro esposo. ¿No teniais vos también algunos en Francia?

—No, señor—respondió Josefina—yo nací en las Colonias, y lo poco que poseo radica allí.

—¿Queréis reducir á dinero aquellos intereses? Yo enviaré á un agente fiel.

—No, general—respondió la vizcondesa:—¿quién sabe si aun tendré que buscar allí el sosiego de que tanto necesito? ¿Quién sabe si aquel será un puerto de paz en la borrasca? Si no vislumbro pronto un porvenir para mi hijo, allí me retiraré con él y con su hermana.

—Yo he tenido el honor de decir á Eugenio, señora, que quiero ser para él un segundo padre: ahora añado que quiero ser para vos vuestro mejor amigo: ¿me rehusáis como tal?

—¡Oh! ¡No, por cierto! respondió Josefina ru-

borizándose ante la mirada que fijaba en sus ojos Bonaparte.

—Entónces no penséis en dejar la Francia,—dijo el general—porque ella será una madre para vos.

—Extraño me parece que así améis á la Francia—dijo Josefina—porque no es vuestra patria.

—Así es: yo nací en Córcega, y sin embargo, amo tanto á esta patria adoptiva, á esta patria de mi inteligencia, que he sacado mi espada contra la tierra que meció mi cuna y en favor de la Francia.

—Perdonad que no aplauda semejante acción, dijo Josefina.

—Cuando se camina á un fin noble y elevado, no deben mirarse los medios que se emplean, respondió Napoleón, por cuyos ojos pasó como un relámpago, y cuyas mejillas habitualmente cubiertas de una palidez marmórea, se animaron con un fugitivo carmín.

—¡Oh!—exclamó Josefina con voz trémula y sin atreverse á mirar á aquel hombre extraordinario:—vos, caballero, debéis tener una voluntad de hierro.

—La tengo, señora; para mí no hay obstáculos cuando quiero una cosa.

Reinó el silencio durante algunos instantes: Hortensia y Eugenio se habían retirado á un ángulo de la sala, y miraban juntos un álbum que contenía vistas de la Martinica; su madre, aprovechan-

do su distracción, dijo á Bonaparte á media voz:

—Hoy he visto á una amiga vuestra, que lo es mía también, ó mejor dicho, que es la mejor que tengo.

—¿Quién es?

—Madame Tallién.

—Supongo que os habrá hablado mal de mí,—observó Napoleón sonriendo:—conozco su carácter.

—Estáis, sin embargo, en un error.

—Debe estar quejosa de mí.

—¿Por qué?

—Por lo que lo está siempre una mujer: la amé y he dejado de amarla.

—¿Por qué? ¿Cómo explicáis esa inconstancia, esa sinrazón del amor?

—En los demás, por la instabilidad de la condición humana: en mí, que soy firme como una roca en mis convicciones y hasta en mis pasiones, por otra razón.

Al decir estas palabras, fijó el general en la vizcondesa una mirada tal, que ésta bajó la cabeza sin atreverse á decir una sola palabra.

—¿No me preguntáis esa razón?—dijo Bonaparte.—¿No os interesa saberla? ¿O es que acaso la sabéis?

—No, por cierto—balbuceó Josefina;—¿cómo he de saberla yo?

—Pues voy á decírosla: la razón de no amar ya á Teresa, es que os amo á vos.

—Paréceme, general, que os estáis burlando de mí—dijo Josefina alzando con altivez su linda cabeza.—Si es así, lo sentiré por vos.

—¿Por qué, señora? yo os digo que os amo, porque es así; ¿os ofende acaso este amor?

—Me ofende la ficción del sentimiento.

—Yo no finjo: ¿ni quién me obliga á ello? siento que os amo, y os lo digo: siento que seria dichoso llamándoos mía, y os propongo si queréis serlo: esto es muy sencillo.

—¡Cómo!—exclamó la vizcondesa, cuyas blancas mejillas se tiñeron de un subido color de rosa:—os atrevéis á proponerme....

—Qué os caséis conmigo: no sabría yo profanar el amor que os tengo, acaso el único, verdadero, grande y puro de mi vida, con otra pretensión, y ahora—añadió levantándose—ya sabéis cómo pienso, y cuál es mi objeto viniendo á vuestra casa: hacerme amar de vos: y pensad en que si sois mía, sabré haceros dichosos, no sólo á vos, sino tambien á vuestros hijos.

El generál fué hácia donde estaban los dos jóvenes. Hortensia le presentó la frente con un movimiento lleno de candor. Eugenio le echó ambos brazos al cuello.

El general abrazó á su vez á los dos amables niños, y salió con un semblante muy distinto del que llevaba al entrar.

La muda rigidez de su frente se había suavizado

por una hermosa expresión de ternura: sus grandes ojos grises sonreían y brillaban como humedecidos: su boca se había dulcificado: parecía alumbrado interiormente por la luz vivificadora del sentimiento.

XV.

Los amores de Napoleón Bonaparte y de Josefina siguieron un curso rápido y dulce, como lo es siempre la pendiente del amor verdadero.

Cada noche, el general iba á pasar tres horas al lado de la vizcondesa, y aquellas eran sus horas de descanso.

Agobiado de fatigas, acosado de ambición, soñando en la conquista del mundo, que llevó á término, guiado por su génio colosal, sólo hallaba dulce la vida al lado de aquella mujer, que, desde la vez primera que apareció ante sus ojos, se había hecho dueña absoluta de su corazón.

El talento de Josefina le encantaba: la dulzura de su carácter suavizaba todas las asperezas que el destino se complace en levantar en el camino del genio: la vizcondesa era no sólo la mujer á quien amaba, sino tambien su amiga íntima, y la sola persona que en el mundo le inspiraba completa y absoluta confianza.

Rodeado de asechanzas y de enemigos, Bonaparte no contaba jamás con el instante siguiente; pero cuando entraba en casa de la vizcondesa ¡qué calma tan deliciosa envolvía todo su sér!

Fuera el ruido de los negocios, el rugido de la ambición, la batalla de la vida: allá dentro, el ruido del amor, la paz, los perfumes, el sentimiento, la gracia extrema del amor grande, confiado y puro: doquiera el alma del grande artista, que hizo un arte de la conquista del mundo, hallaba un encanto nuevo: el paisaje que pintaba Hortensia, los versos que leía Eugenio: la melodía que elevaba acompañandose en el piano, la pura y armoniosa voz de su madre, aquella profusión de flores, aquella atmósfera cálida, y saturada de un dulce y penetrante perfume; aquel eterno encanto de la juventud de la madre y de la adolescencia de los hijos; todo aquello tenía sujeto á Napoleón con cadenas á la vez invisibles é inquebrantables.

Un día le invitaron á que se quedara á comer: la vizcondesa se lo insinuó tímidamente; pero Hortensia y Eugenio se apoderaron cada uno de un brazo del general, y le obligaron á sentarse de nuevo, sin permitirle que saliera de allí.

Aquel día el general comió como un estudiante, y desde aquél, casi todos se quedaba, no queriendo comer solo cuando podía hacerlo en tan amable compañía.

¿Qué pasaba en el corazón de Josefina?

Si alguna de mis lectoras ha tenido la dicha de ser amada por un hombre superior, puede fácilmente suponerlo.

Incapaz de defenderse del encanto de aquel sér, uno de los más grandes que el mundo ha conocido, comprendió desde el primer instante su probable derrota dejóse llevar de la rápida corriente del amor, y acaso la vanidad de verse amada por aquel hombre superior, no entró por poco en lo que sentía.

Algunas veces, al pensar en su amiga Teresa, postrada con una enfermedad terrible, desde que tuvo la evidencia de los amores de Josefina con el general, una lágrima humedecía sus ojos y decía suspirando:

—¡Pobre Teresa!

—¿Pero quién ignora que el amor es egoísta? la doliente imagen de la amante desdeñada pasaba como una sombra ante los ojos de Josefina, que en breve los volvía hacia los rosados y espléndidos horizontes de sus sueños de amor.

En cuanto á madame Tallién, su felicidad se había hundido para siempre, como esos países que extienden sus florestas al lado de un torrente, y que cuando el torrente rompe sus diques, quedan sepultados bajo la furiosa corriente de sus aguas.

Una noche que Josefina volvía con un criado de ver á una señora amiga suya que se hallaba enferma, quedó absorta al atravesar una calle oscu-

ra, viendo una figura vestida de negro que se la puso delante.

Era una mujer.

Su alta estatura, lo parecía más á causa de lo ceñido de su traje: llevaba una capa con una capucha que le cubría los cabellos, pero que dejaba descubierta su blanca frente y un semblante en que brillaba la sombría belleza del ángel desterrado del cielo.

Josefina la vió á la luz vacilante de un reverbero, y su corazón, más que sus ojos, le dijo:

—¡Esa es Teresa!

—Yo soy, Josefina, dijo la fatídica figura como respondiendo al pensamiento de su amiga: sí, yo soy: he querido verte y hablarte aún una vez, para decirte que me has arrebatado toda la dicha que tenía en la tierra; pero que tú tampoco serás feliz por largo tiempo.

La vizcondesa tembló.

—Te casas—prosiguió Teresa—más que por amor, para asegurar tu porvenir y el de tus hijos: acaso el de éstos sea feliz; pero el tuyo, créelo, estará lleno de lágrimas.

—¿Que no me caso yo por amor?—exclamó indignada Josefina;—¿quién te ha dicho tal cosa? ¿Ni cómo podría yo dejar de amar, al que tiene en su mano el imperio de todos los corazones?

—Entonces, tanto más amarga será tu suerte, dijo madame Tallién;—si impera también en el

tuyo, lo destrozará, como hizo con el mío: adiós, prosiguió, echándose sobre el rostro los pliegues de su velo; adiós, Josefina, acuérdate de mi profecía: ¡la desgracia te herirá, y acaso te herirá de muerte! Entonces te acordarás de que has sido ingrata y perjura con la amistad.

Y Teresa se alejó á lo largo de la sombría calle, dejando á Josefina llena de angustiosos presentimientos.

La sola vista de Bonaparte consiguió empero calmarlos: aquel hombre disponía por completo de su voluntad.

Uniéronse, por fin al pie de los altares, el general Napoleón Bonaparte y la linda vizcondesa de Beauharnais, cuando se cumplían los dos años de viudez de ésta; y si Josefina se halló feliz al dar el *sí* nupcial, aun más dichosos se creyeron sus hijos al poder dar el dulce nombre de *padre* al que mandaba desde hacía largo tiempo en sus corazones.

Acaso si hubiera visto la vizcondesa que sus hijos no profesaban cariño al general, hubiera rehusado aquel enlace; pero era tal la ternura que le manifestaban, y tanta la que el general sentía por los dos jóvenes, que este fué el principal motivo de dicidirla á aquella unión.

Todo París aplaudió aquel casamiente: Josefina era ya muy conocida por su beneficencia y por sus virtudes, y el nombre de Bonaparte empezaba á estar circundado de gloria.

La vizcondesa, aunque había ganado mucho en bienes de fortuna, no quiso dejar la linda casita que habitaba: su marido quería tomar uno de los palacios de la avenida Maillot; pero Josefina se opuso dulcemente.

—No, le dijo, aquí te he conocido y aquí quisiera vivir hasta que el destino mismo nos ordene dejar esta morada, tan llena de recuerdos para mí.

El destino fué, en efecto, quien los arrancó de allí. Bonaparte fué nombrado general en jefe del ejército de Italia: aquel debía ser el teatro de los primeros triunfos verdaderamente grandes de Napoleón, los que, según dice un excelente escritor de nuestros días, *igualan, si no exceden, á los de los más grandes capitanes de los tiempos antiguos.*

Josefina no quiso separarse de su marido: su hija fué depositada en una de las mejores casas de educación de París. Eugenio fué al colegio politécnico; y ambos esposos salieron para Italia.

Josefina siguió á su esposo en toda la campaña: y éste empezó por establecer la disciplina entre sus soldados, y por inspirarles el amor á la gloria, que después debía conducirles á tan altas empresas militares.

En tres días ganó las batallas de Montenotte, Millésimo y Mondovi, después de las cuales pasó el Po, conquistó á Plasencia y á Parma, tomó el puente de Lodi, entró en Milán, ocupó la Toscana, tomó á Ancona, Roveredo, Bosano, Arcola y

Rívoli y se hizo dueño de Mantua, castigando á Venecia por haber dado auxilios á los austriacos, celebrando por fin el famoso tratado de Campo-Formio.

En la larga serie de sus admirables conquistas, no se mostró sólo capitán aguerrido, sino que dió pruebas de profundo político, organizando y administrando los pueblos con la misma celeridad con que los iba conquistando, y dándoles todo el alivio que estaba en su mano, después de los inevitables desastres de la guerra.

Josefina conquistó durante aquella campaña la admiración hasta de los mismos enemigos de la Francia.

—Yo gano las batallas y ella los corazones, decia Bonaparte con mucha razón.

Determinado á saciar su ambición, que era tan grande como su fama, *el coloso del siglo*, como se le llamaba con tanta verdad, dió la vuelta á París, y pensó en el golpe de Estado que debía acabar de levantar su nombre á tan gigantesca altura.

Sin embargo, su gran penetración le dijo que aun no era tiempo de llegar al poder supremo, que era el objeto de todos sus deseos; y para facilitar el camino, propuso al Gobierno la campaña de Egipto.

Su entrada en París fué un triunfo de los más grandes que ha presenciado la Francia: el Directorio salió á recibirle. Josefina, sentada á su lado en

un magnífico carruaje, participaba de los honores que se le tributaban y llevaba impresa en su rostro la alegría.

Barrás llevó en su compañía á Hortensia y á Eugenio, que iban á recibir á sus padres. Josefina los estrechó contra su pecho, y Napoleón los abrazó también con íntimo afecto, haciéndoles subir en su mismo carruaje.

Josefina se retiró al palacio de la Malmaisón, situado en las cercanías de París, y se llevó consigo á sus hijos, de los que ya no quería volver á separarse, y Bonaparte, ocupado activamente de sus proyectos de expedición, iba también á hallar su descanso en aquel lindo palacio de recreo.

Partió al fin para la gigantesca campaña de Egipto, que debía ser el escabel de su inmensa elevación: su despedida de Josefina y de sus hijos fué en extremo tierna: la pobre esposa sintió que su corazón se oprimía dolorosamente, como si fuese présago de las torturas con que tendría que pagar la elevación de su marido.

XVI.

Calmado ya el primero y más agudo dolor de la ausencia, empezó de nuevo para Josefina aquella apacible vida que antes había llevado con sus hijos.

Eugenio ingresó en el colegio de artillería, y Hortensia tuvo una aya que se encargó de enseñarle todas las habilidades de su sexo y de cultivar su natural talento.

La Malmaisón era una residencia deliciosa cerca de París, y en la que se disfrutaba el agradable silencio del campo, la libertad que en el mismo se disfruta, y la animación que trae la proximidad de una gran capital.

Josefina pasaba su vida cuidando flores, bordando, conversando con sus hijos, y escribiendo largas cartas á su marido.

Este había marchado al frente de un numeroso ejército, y bien sabida es la serie de triunfos que alcanzó en aquella gloriosa campaña.

Cuando se lee la relación que de aquel tiempo hicieron testigos oculares, no se sabe qué admirar más, si la audacia de Napoleón al acometer tan ardua empresa, ó el valor, la actividad y el talento que desplegó para llevarla á cabo.

Entre las memorables batallas que dió Bonaparte, puede citarse la de las Pirámides, al frente de las cuales dijo á sus soldados con aquella elocuencia guerrera, en la cual, según dice un ilustre escritor, no tuvo otros rivales que Aníbal y Julio César:

«*¡Mirad, ¡Desde la cima de esos monumentos, cuarenta siglos os contemplan!*»

Terminada la campaña, desembarcó en Frejus

el 9 de Octubre de 1799, y entró en París el 16 del mismo.

Encontró la Francia del mismo modo que él presumía hallarla: tras las iras populares, había llegado la inercia del sumo dolor que engendra siempre el desorden: aquella nación se hallaba exhausta; humillada por sus enemigos, desgarrada por intestinas discordias: Bonaparte al salvarla, se elevó hasta una altura que poco antes hubiera parecido fabulosa.

El día 10 de Noviembre disolvió por la fuerza el Consejo de los Quinientos, y creó el 1.º de Enero siguiente una nueva forma de gobierno. Ducos y Sieyes le ayudaron en esta empresa colosal, y el mismo Bonaparte fué nombrado primer cónsul *durante su vida.*

Francia respiró. Francia sacudió el letargo mortal que la oprimía, y abrió los ojos á la luz y á la vida.

Restablecióse el orden, se reformó la administración, y se vieron libres de enemigos las fronteras de la República.

Muy pronto se cansó Napoleón del reposo y de las dulzuras ociosas de la vida doméstica, y pensó en ir á echar á los autriacos de Italia, lo que en efecto ejecutó, pasando los Alpes por el monte de San Bernardo, y cayendo desde allí sobre la retaguardia del ejercito enemigo, á quien destruyó con fuerzas muy inferiores en la famosa batalla de Marengo.

Cuando de vuelta de aquella colosal expedición entró en París, el pueblo tendía á su paso tapices y le arrojaba palmas, laureles y coronas de perfumadas flores.

Aquel delirio y aquellas coronas hicieron pensar al coloso de ambición en la corona imperial, y su sagaz política empezó á destruir las conspiraciones y los lazos que se le tendían, y á preparar el camino del trono, donde quería llegar en breve.

La historia recordará siempre con indignación y dolor al desgraciado duque de Enghien, que fué una de las ilustres víctimas sacrificadas á la ambición de Napoleón Bonaparte.

En fin, el 18 de Mayo de 1804 se ciñó aquél la corona imperial, y fué reconocido inmediatamente como soberano por varias cortes de Europa.

Josefina dejó su bello y pacífico retiro de la Malmaisón por el palacio Imperial, y por el trono que Napoleón quiso dividir con ella desde el primer instante, pues la hizo coronar juntamente con él, dándole así la más pública y elocuente prueba del amor que siempre la había profesado.

Inmensas olas se agitaban en la suntuosa catedral de Nuestra Señora el día 2 de Diciembre de 1804: el Papa había enviado á Napoleón la corona imperial, y él mismo iba á colocarla en la frente de Josefina.

Esta se hallaba bella, radiosa, y el exceso mismo de su felicidad daba á sus facciones como una

expresión de angustia: su extrema palidez contrastaba con el brillo de sus ojos: detrás de su sillón, y antes que las damas de honor, se hallaban en pie sus dos hijos, en cuyos juveniles y bellos semblantes se leía el exceso de una alegría expresada sin rebozo.

Josefina llevaba un traje de terciopelo blanco, y un manto de terciopelo carmesí bordado de oro y sujeto en el hombro izquierdo con un broche de deslumbradora pedrería.

Brillantes y perlas de un valor incalculable se veían también en su garganta y brazos: entre la cascada de sus negros cabellos reían sus pendientes de rubíes y brillantes, dando mayor belleza á su gracioso y dulce rostro.

Hortensia llevaba traje blanco, también de raso y hecho con suma sencillez: un collar de ricas perlas ceñía su virginal garganta, y de perlas eran también las sartas que se entrelazaban á sus cabellos rubios y que adornaban sus brazos.

No se podía imaginar nada más hermoso que aquella madre: nada más bello y seductor que aquella hija: y el pueblo, que tanto se paga del exterior, aplaudía frenético á toda la familia imperial.

Cuando el Emperador coronado ya, tomó de los celebrantes la corona imperial, para ceñirla á la frente de Josefina, un clamor universal se levantó en las naves del templo.

Hortensia exhaló un grito de alegría, y Eugenio enjugó una lágrima.

Al salir del templo para tomar los carruajes, Josefina paseó una mirada en torno suyo para saludar al público, que la vitoreaba calurosamente: aquella mirada cayó sobre una mujer vestida de negro, que la miraba á su vez fijamente.

La nueva Emperatriz se estremeció: era Teresa. Estaba mucho más pálida, mucho más flaca que algunos años antes: la fiebre había hundido sus ojos y descompuesto para siempre su hermosura, que ya no existía.

Nada dijo á Josefina; pero ésta sintió que se oprimía su corazón, y una palidez mortal cubrió su semblante.

XVII.

Inmediatamente después de su elevacióu al trono, Napoleón adoptó por hijo suyo á Eugenio Beauharnais, y le dió el virreinato de Italia, contratando su boda con la princesa Amelia de Baviera.

Pero no bien celebrado aquel enlace, Josefina tuvo que añadir nuevo dolor al que le causaba la ausencia de su hijo: el Emperador apareció de repente á sus ojos violentamente enamorado de su

hija Hortensia, que era un modelo de gracia y de encantos juveniles.

Aquella afición desordenada permaneció oculta para todos, pues se miraba el afecto de Napoleón á la joven como puramente paternal, y se le elogiaba por su misma ternura; pero á los ojos de la esposa y de la madre, no podía ocultarse la verdad, y tanto más, cuanto que su misma turbación vendía á Hortensia.

Mas ¿cómo interrogarla? ¿Cómo despertar su dormida inocencia? Acaso era sólo un presentimiento lo que así la agitaba: acaso el Emperador no había aún profanado los oídos de Hortensia con ninguna declaración osada. Josefina, sin saber qué dartido tomar, callaba, y los días se pasaban para ella en una amargura indescriptible.

Batallaban en su alma su amor materno y sus celos, en incansable lucha: á veces le parecía que odiaba á Hortensia, y otras la abrazaba llorando compadecida de su desdicha.

Una noche que se hallaba reunida en su cámara una numerosa tertulia, vió al Emperador acercarse á Hortensia, que hablaba con dos jóvenes damas de honor.

Ante una seña que hizo el Emperador, Hortensia se levantó con la palidez en el rostro.

Napoleón tomó á la joven la mano, y la llevó lejos del círculo donde se hallaban los concurrentes.

Josefina se levantó también sin afectación, y se puso cerca de ellas, fingiendo buscar su pañuelo en una mesa inmediata.

—¡A las diez, está en tu cuarto!—dijo Napoleón,—y espérame allí.

—¿Qué me queréis? preguntó la joven dejando ver en sus ojos la expresión del espanto.

—Hablarte un instante.

—Habladme aquí.

—¡Imposible!—contestó el Emperador;—espérame en tu cuarto: lo quiero, lo mando.

Cuando Napoleón decía—*lo mando*—ningún sér humano podía resistir el imperio de su mirada de águila.

Hortensia inclinó la cabeza; pero él, no contento con esta muestra de muda sumisión, añadió mirándola fijamente:

—¿Irás?

—¡Iré! respondió la joven con voz débil.

Todo este diálogo le había oído Josefina.

A las diez menos minutos, Hortensia, cuya palidez era extremada, se levantó y salió de la cámara.

Un instante después salió también el Emperador, sin despedirse de nadie, y dando á entender por este hecho que iba á volver á entrar en breve.

La Emperatriz se levantó y salió tras él.

Algunas lámparas alumbraban las largas galerías: Josefina se deslizó como una sombra detrás de su marido, sin que éste la oyera.

Napoleón llegó á la puerta de la cámara de Hortensia, que estaba entreabierta, empujó y fué á sentarse al lado de la trémula joven, que se hallaba recostada en un canapé.

—¿Qué me queréis, señor? preguntó con voz apagada y pugnando por retirar su mano, que el Emperador había tomado.

—¡Quiero decirte que te amo! respondió Napoleón.

—Ved que esas palabras son una ofensa á mi madre, á la que sabéis de qué manera amo yo.

—Tu madre no las oye.

—Basta con que las oiga yo, para hacerle, sólo con escucharlas, una mortal injuria.

—¿No sabes desde hace ya mucho tiempo que te amo? prosiguió Napoleón con esa voz precipitada y fatigosa que indica una larga lucha á la vez que una decisión extrema.

—Sí,—respondió Hortensia:—ya sabía que me amabais, y me enorgullecía de vuestro amor.

—¡Será posible! exclamó el Emperador.

—Era feliz con vuestro amor, porque le creía el de un padre á su hija.

—Yo no te amo así,—exclamó el Emperador, estrechando la temblorosa mano de Hortensia, que tenía entre las suyas,—yo te amo de otro modo tan grande, tan inmenso, que no te puedo explicar.

—¿Por qué no dominái ese fatal amor, si es verdad que por mi desgracia os lo inspire?—excla-

mó la pobre joven:—¿es digno de vos el dejaros vencer por él?

—Jamás he querido ni he sabido luchar con mis pasiones,—dijo Napoleón,—necesito enemigos visibles y valerosos que exciten mi esfuerzo con la vista de la suya; pero esos enemigos invisibles son para mí los más formidables.

—Esos enemigos os vencerán, pues,—observó Hortensia;—pero ya que queréis ser vos la víctima de vuestras pasiones, no hagáis que lo sea yo también, y no paguéis así el cariño filial que os tengo.

—¿No me amas de otro modo que como á un padre, Hortensia?

—Nada más, porque pienso en que sois el esposo de mi adorada madre.

—¿Y si no lo fuera?

Tembló el corazón de Hortensia al oir esta pregunta, y tembló aún más el de su madre que, testigo invisible, asistía á aquella escena, apurando hasta las heces el amargo cáliz que el destino le ofrecía: había llegado el momento supremo: ¿qué iba á responder Hortensia á aquella pregunta? Sus palabras iban á ser tal vez la sentencia de muerte de su madre.

Pero el corazón de la hija era el de un ángel, y en aquel instante estaba decretado por el cielo que Josefina recogiese el fruto de su amor maternal y de su inagotable ternura.

—Señor—dijo la joven—si no fuerais el esposo de mi madre, os admiraría solamente.

—¿Y no me amarías?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque mi amor á vos es puramente filial.

—Entonces, ¿por qué tiemblas y palideces cuando yo te miro?—exclamó Napoleón clavando fieramente sus ojos en los ojos bajos de Hortensia:—y ahora mismo ¿por qué tiembla tu mano en la mía? ¿Por qué apartas tus ojos de los míos? ¡Habla!

Hortensia se ahogaba: demasiado imperio tenía sobre su corazón el coloso que dominó al mundo; pero comprendiendo que antes debía morir que confesar su amor, contestó.

—¡Porque os temo!

—¿Y no me amas?

—¡Como una hija!

—¡Mientes, gritó el Emperador soltando con ímpetu violento la mano de la joven, y dejándose llevar de la vulgar indignación de la vanidad herida: ¡mientes, niña ignorante, y por lo tanto atrevida! ¡Tú me amas!

—Como á un padre.

—Hortensia, retírate, dijo en aquel punto la pura y clara voz de Josefina, que apareció ante su marido y su hija.

La joven abrió la boca para gritar; pero era tal su espanto, que la voz no salió de sus labios.

—Déjame sola con *tu padre*, hija mía,—prosiguió la Emperatriz, acentuando mucho sus palabras:—dentro de un instante iré á buscarte.

Besó á la joven en la frente, y ésta se dirigió á la puerta con paso tembloroso.

Napoleón se había levantado pálido, rígido, y permanecía inmóvil y con los brazos cruzados sobre el pecho, apoyado en el canapé donde había estado sentado al lado de Hortensia.

Su gesto, su actitud y la expresión fiera de su fisonomía parecían desafiar las reconvenciones de su esposa.

Pero en la dulce fisonomía de la Emperatriz, no se veía ni la sombra de la cólera: sus labios temblaban como la flor agitada por el viento á impulsos de la convulsión del dolor que interiormente sentía; sus ojos, lejos de estar secos y enrojecidos por el enojo, se hallaban llenos de lágrimas: con mano trémula hubo de apoyarse en un sillón para no caer, y era tal su estado de abatimiento, que su marido le dijo con voz serena y efectuosa.

—Sentaos.

La Emperatriz se dejó caer en el asiento que Napoleón la ofreció, y consiguió serenar algún tanto su agitado espíritu, hallando, al fin, voz y aliento para hablar.

XVIII.

—No voy, señor, á reconveniros, puesto que es como súbdita á su soberano como voy á hablaros, y no como hablaría la esposa y la madre, igualmente heridas y ultrajadas—dijo Josefina manteniéndose en pie y tomando una actitud respetuosa, pero profundamente triste;—así, no ostentéis ese respeto que parece condenar de antemano una queja, que en manera alguna pienso dirigiros, y lejos de aceptar vuestro benévolo mandato para que tome asiento, permitidme que en pie, como vuestra vasalla, os exponga humildemente mi deseo.

Bonaparte miró asombrado á su mujer. No esperaba que le atacase en aquel terreno, y su sorpresa fué tan grande que ni una palabra pudo contestarle.

—Vengo,—prosiguió la Emperatriz, á implorar vuestra clemencia y vuestra justicia: vengo á pediros que salvéis vos mismo á mi inocente hija, y que la separéis del precipicio en el cual caería irremediablemente, si vuestra poderosa mano no saliese en su socorro. Hortensia ama á Napoleón Bonaparte: yo, su madre, vengo á pedir al Emperador que la ampare y la separe de su seductor.

—¡Josefina! ¡Sois una extraña criatura! murmu-

ró Napoleón con las mejillas cubiertas de un generoso rubor.

—Soy una madre que implora por su hija sin padre, al solo que puede hacer las veces de tal.

—¿Y qué queréis? ¡Hablad!

—Quiero, y os suplico que me lo concedáis, que el Emperador aleje de mi hija á Bonaparte: ó que el Emperador me permita alejarme con ella, y fijar la residencia de ambas al lado de mi hijo en Alemania.

—¡Cómo! ¡Queréis dejarme!

—Quiero salvar á mi hija de la deshonra.

—¿Tendríais el valor de renunciar á mí, á la pompa imperial, al trono que con vos divido?

—Tendré siempre el valor de cumplir con mi deber.

Reinó el silencio durante algunos instantes.

Josefina, inmóvil, pálida y muda, esperaba su sentencia con el pecho anhelante.

Napoleón la contemplaba con una mezcla de admiración y de piedad.

—Volved á vuestra cámara,—le dijo al fin tomándola afectuosamente la mano, nuestra ausencia puede ser notada; ó si lo preferís, id un instante con vuestra hija, y yo iré á llenar vuestra falta.

—¿Y qué responde V. M. á mi suplica, señor?

—Os respondo, que mañana Napoleón Bonaparte saldrá de París, de orden del Emperador.

—¿Y adónde irá? preguntó temblando Josefina.

—¡Irá... á Holanda, y conquistará ese reino para su hermano, el que será esposo de Hortensia Beauharnais!

La Emperatriz dejó escapar un grito de alegría, y se dejó caer de rodillas á los pies de su marido.

—Y ahora sé de nuevo mi esposa, mi adorada esposa, Josefina mía!—exclamó el Emperador, levantádola y estrechándola sobre su corazón; y ahora está tranquila; no volveré en ver á Hortensia sino en presencia tuya: vuelve pronto á tu cámara, que allí te espero.

Napoleón salió, y Josefina corrió á la habitación inmediata, donde se hallaba Hortensia.

Esta se arrojó llorando en los brazos de su madre.

—Cálmate,—le dijo Josefina,—y déjame que te bendiga con toda la efusión de mi alma, hija mía! Dios recompensará tu valor, tu virtud y tu amor filial; ahora ve á tu cuarto y acuéstate, para reposar de tan violentas emociones.

Al día siguiente, Napoleón salió de París desde muy temprano, y esperó en un pueblo de las cercanías que se le reuniesen las tropas que debían acompañarle á la conquista de la Holanda.

Algunos meses después, Hortensia casó con Jerónimo Bonaparte, hermano de Napoleón, y fué coronada como reina de Holanda, saliendo con su marido para ir á ocupar el trono que Napoleón les había destinado.

Aquella unión no pudo ser más desgraciada: los dos príncipes tenía cualidades brillantísimas, pero la desigualdad de sus caracteres les hacía antipáticos, y bien pronto desapareció hasta la esperanza de una reconciliación.

Del pensamiento de la joven reina no podía borrarse la imagen de Napoleón, á pesar de contar mucha más edad que su esposo, y muchas menos gracias en su persona.

La maternidad pudo consolar algún tanto á Hortensia: su hijo vino á alegrar su tristeza, y en él concentró toda la ternura de su corazón. Napoleón la escribió asegurándola que pensaba nombrar á su primogénito heredero del trono, y exhortándola á dominar la antipatía que profesaba al rey su esposo, y que siendo ya harto visible, era también causa de general murmuración, echándole á ella toda la culpa de la desunión.

Hortensia contestó friamente á esta carta: estaba violentamente indignada contra el Emperador por haberla dado á su hermano, y desde que conoció á éste hubiera perdonado más bien á Napoleón el que la hubiera casado con el último de los caballeros de su corte.

Josefina empezó á sentir de nuevo todas las amarguras del dolor, al pensar en la desgraciada suerte de su hija: sabía que estaba rodeada de aduladores y de personas que aspiraban no sólo á su amor, sino á sus más leves preferencias, y sufría

cruelmente al pensar que la pobre joven, con el corazón vacío, no podría menos de llenarle con otro amor.

Pero la muerte, al arrebatar al hijo de Hortensia, vino á arrebatarle su único consuelo, y á hacer aún más amargos sus pesares.

Toda idea, como todo deseo de galantería, se borró del alma de la joven reina de Holanda, que no viendo en la tierra después de su inmensa desgracia más que á su madre, corrió á buscar en sus brazos el consuelo de que tanto necesitaba, y salió de la Haya, dejando á su marido más irritado que nunca contra ella, y más deseoso de llevar á cabo una formal separación.

XIX.

La tempestad estalló al fin sobre la cabeza de Josefina.

Un día resonó en todos los ángulos de París un rumor sordo, pero formidable: este rumor decía:

—El Emperador se divorcia de su esposa.

Aquel rumor llegó á oídos de la Emperatriz, y aunque le pareció absurdo, palideció, llevó las manos al corazón, y pensó en Teresa.

Fué á la habitación de su marido, segura de que se reiría con ella de lo que se decía; pero Napo-

león inclinó los ojos á tierra y respondió á su mujer:

—¡Es verdad!

Josefina se levantó pálida, rígida, helada, herida de muerte en el corazón: quiso hablar, pero una palidez cadavérica invadió su rostro, y cayó desplomada al suelo.

Napoleón la levantó, la colocó en un sillón, y luégo llamó á sus damas, huyendo él de la cámara como un reo de la vista de su juez.

En efecto, Napoleón, después de la memorable batalla de Austerlitz, que puso en sus manos la suerte de toda la Europa; después de trastornar los imperios dando y quitando tronos, y colocando en ellos á su familia y á sus generales, coronándose él mismo rey de toda Italia, no se contentó con esto, é invadiendo la Prusia, la conquistó en la memorable batalla de Jena, y publicó en Berlín su famoso *sistema continental*, con el que se proponía rendir á Inglaterra, cerrándole todos los puertos de Europa.

Faltábale sólo conquistar la España, y creyó lograrlo cometiendo la odiosa traición que le abrió las puertas de la Península; pero aquí es donde debía formarse la negra nube que oscureció para siempre el sol de su fortuna.

Josefina se opuso á la guerra de España diciendo que era *injusta é impolítica*, y Napoleón oyó disgustado este dictamen, que era tan contrario á sus opiniones y deseos.

Cinco años empleó el Emperador en procurarse la conquista de nuestra hermosa y heroica patria, y en usurpar los Estados Pontificios, arrebatando al Papa de Roma, y conduciéndole prisionero á Francia; pero las derrotas sufridas en España, y la necesidad de imponer la paz á los austriacos, á los que había derrotado en Wagran, le hizo pensar seriamente en la alianza de una casa soberana, y decidió pedir la mano de archiduquesa María Luisa, hija del Emperador, repudiando antes á Josefina.

Después del día fatal en que Napoleón reveló á su esposa su nuevo y desgraciado destino, Josefina no volvió á salir de sus habitacíones, esperando allí el cumplimiento de su desgracia.

Hortensia se hallaba ya á su lado: y Eugenio, no bien recibió una carta de su hermana noticiándole la desgracia reservada á su madre, voló á París, para consolarla y acompañarla en los días de aflicción.

Una mañana Josefina recibió un billete de su marido, que decía así:

«Deseo, mi amada Josefina, que asistáis al *Te-Deum* que se canta mañana, aniversario de mi coronación, de la batalla de Austerlitz, y en celebridad del tratado de Viena: olvidad que, á consecuencia de este tratado, tengo que separarme de vos, y estad á mi lado durante la ceremonia.

Soy avaro del bien que voy á perder, y quiero

que también asistáis al baile que nos da el Ayuntamiento de París.—*Napoleón.*»

Aquella fría crueldad exasperó á Eugenio y á Hortensia: el príncipe sobre todo, dejó ver su semblante iluminado por las llamas de la cólera y exclamó:

—¡Esto es infame!

—¡Paciencia!—murmuró dulcemente Josefina:—paciencia, hijo mío, y apuremos el cáliz que el cielo nos envía: no olvidemos que á Napoleón debemos nuestro engrandecimiento.

El baile fué magnífico, y la sala donde se hallaba el trono estaba adornada con la mayor suntuosidad: Josefina llegó antes que su marido, é iba vestida con más esplendor que nunca: su fisonomía, siempre tan dulce y tan risueña, tenía aquella noche una sublime expresión de resignación: pasó por el salón principal seguida de sus dos hijos, saludó á todas las personas que se agrupaban á su paso, y fué lentamente á sentarse en aquel trono que ocupaba por la última vez: al subir las gradas sintió que iba á desmayarse y se apoyó en el brazo de madame de La Rochefoucauld, su dama de honor.

—¡No tengo fuerzas para llegar hasta allí! murmuró con voz apagada.

—¡Animo, madre mía!—dijo á su oído la voz de Eugenio:—¡valor! ¡Todas las miradas se hallan fijas en ti!

—¡Ah, cuánto pesa una corona! exclamó de nuevo la Emperatriz.

Y haciendo un heroico esfuerzo, se sentó, y tuvo ánimo bastante para dirigir una sonrisa en derredor suyo.

Oyóse entonces el ruido de las músicas y de los tambores, que anunciaba la llegada de Napoleón, y este entró seguido de una brillante comitiva, y rodeado de seis reyes: eran estos los soberanos de España, de Holanda, de Vestfalia, de Nápoles, de Baviera y de Wurtemberg, todos hechuras suyas.

Inmediatamente se sentó al lado de Josefina, en el otro sillón del trono, y la corte de reyes se situó á sus pies, dando principio el baile.

Napoleón, que quería parecer amable y agradecido á la fiesta que la ciudad de París le daba, se levantó muy pronto para dar *su vuelta* como él decía, pero antes de bajar del trono se inclinó hacia Josefina, y le dijo en voz baja:

—Mi querida Josefina, acompañadme.

La Emperatriz obedeció, y Napoleón le dió la mano para descender. Monsieur de Tallién, que como camarero mayor se hallaba detrás del Emperador, se apresuró á seguirle; pero tropezó en la cola del manto de la Emperatriz, y faltó poco para que la hiciese caer: Josefina se volvió; pero aquel venal cortesano fué á reunirse con su amo, sin dar, á la que aun era su soberana, la más leve excusa: Josefina se detuvo y se sonrió con una digni-

dad notable, mirando al príncipe de Benevanto, título que llevaba el que insultaba su desgracia: y al mismo tiempo, un raudal de lágrimas asomó á sus ojos.

Al llegar al extremo de la galería principal, los regios esposos se separaron. Napoleón se dirigió por la izquierda y la Emperatriz por la derecha: á este lado se inclinaban para verla todos los concurrentes, porque todos la adoraban, y hasta las damas de la corte, donde reina siempre la emulación y la malevolencia, la aclamaban como buena é indulgente.

Aquel paseo oficial produjo una honda impresión en la multitud: sabían todos que era la última vez que Josefina se presentaba en público, y de muchos ojos corrían lágrimas de verdadero y profundo sentimiento.

La Emperatriz volvió á sus habitaciones encerrándose en ellas con sus dos hijos, y sin ir á ninguna parte: el proceso prescrito por los cánones de la Iglesia para el divorcio se había entablado, y seguìa rápida y seguramente su curso: Napoleón desataba, con toda la precipitación posible, el lazo que le unía á su noble y tierna esposa: ésta se resignaba: sus hijos doblaban como ella la cabeza ante aquella férrea voluntad; pero la desesperación de los tres era tal, que no tenían fuerzas, ni valor, ni sentimientos, más que para llorar su desgracia.

Eugenio veía perdidas todas sus esperanzas de

futura grandeza. Napoleón había asegurado muchas veces, que aquel hijo adoptivo á quien tanto amaba, era á quien pensaba legar su corona y su poder; pero menos sentía el príncipe la ruina de su glorioso porvenir que la desgracia de su madre, y la *razón política* que se había colocado entre él y Napoleón, le hería mucho menos por él mismo que por Josefina.

La demanda de divorcio fué entablada por la esterilidad de Josefina, en su unión con el Emperador, y la necesidad de un nuevo enlace para dar un heredero al trono: y cumplidas las formalidades religiosas cuya estricta observancia exigía el Papa, se comunicó la sentencia á palacio por conducto del oficial mayor del arzobispado de París.

El casamiento quedó disuelto, y Napoleón condenado á pagar para los pobres una contribución *de seis francos:* la Iglesia alzó esta condena, porque el Emperador, sometiéndose á aquel juicio de pura fórmula, envió aquel mismo día á las autoridades civiles de París ciento veinte mil francos para que los distribuyesen entre los más necesitados.

—Como emperador—dijo—debo pagar más caro que los otros.

Este hecho prueba la sumisión de Napoleón á las leyes del Imperio en todos los actos de su vida privada.

El príncipe Eugenio, que tanto amaba á su madre, tuvo el doloroso deber de llenar las funciones de canciller del Senado, y él fué el que llevó el mensaje en el cual Napoleón explicaba *el solo motivo* que le obligaba á separarse de su esposa.

—Las lágrimas del Emperador, añadió el noble joven, bastarían por sí solas á la gloria de mi madre.

XX.

Llegó el 16 de Diciembre de 1809, día fatal y aun más temido de Napoleón que de Josefina.

Toda la familia imperial, así como todos los altos funcionarios públicos, se hallaban reunidos en el palacio de las Tullerías, y en la galería de Diana, que se hallaba dispuesta al efecto.

Napoleón se sentó en el sillón que le habían puesto al lado del canciller mayor: nunca había estado tan pálido: quedóse inmovil, cruzó los brazos sobre el pecho, y clavó la vista en la puerta que comunicaba con las habitaciones interiores.

De súbito se abrieron las dos hojas, aparecieron dos pajes que se colocaron á uno y á otro lado de la puerta, y un hujier anunció:

—¡S. M. la emperatriz!

Era la última vez que se anunciaba así á Josefina.

Reinó un profundo silencio, y todas las miradas se dirigieron á un mismo punto.

El Emperador se levantó al ver aparecer á la que tanto había amado, á la que iba á dejar de ser su esposa.

Vestía un traje de muselina blanca: sus cabellos, sin adorno alguno y sencillamente trenzados, se hallaban sujetos con un peine de concha, que había reemplazado para siempre á la corona imperial: ninguna joya había en su atavío, y solamente llevaba unos zarcillos pequeños, en los que se veían engarzadas dos perlas.

Rodeaba su cuello una cadena de oro muy delgada, y de ella pendía un medallón de forma cuadrada que encerraba el retrato de Napoleón cuando era solamente general en jefe del ejército de Italia.

La Emperatriz se adelantó lentamente, apoyada en el brazo de su hija, la reina de Holanda: ésta se hallaba más pálida que su madre. Eugenio, de pie al lado del Emperador, fué acometido de un temblor tan violento, que Napoleón le tomó una mano, se la estrechó, y le dijo con voz alterada por una emoción profunda:

—¡Ánimo, Eugenio, ánimo.

—Lo tendré, señor—respondió el príncipe con amargura.

Entretanto Josefina había ido á sentarse delante de una mesa cubierta con un tapete de terciope-

lo encarnado colocado á la izquierda de Cambaceres, que era el canciller mayor: Napoleón hizo con la mano una señal para que se sentaran los concurrentes: y seguidamente el procurador imperial leyó en alta voz el acta de separación, que fué escuchada con un religioso silencio.

Una expresión de pena y ansiedad se hallaba escrita en los semblantes de todos los concurrentes. Josefina sola permanecía tranquila al parecer; pero de cuando en cuando algunas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas, hacían traición á su dolor.

Hortensia, apoyada en el respaldo del sillón de su madre, lloraba con el rostro entre las manos.

Concluída la lectura del acta, Josefina se puso de pie, y pronunció con voz firme las palabras de adhesión que de antemano se habían formulado: en seguida tomó la pluma que en actitud de profundo respeto le presentaba Cambaceres, y firmó el acta, que el procurador imperial extendió delante de ella.

En seguida cubrió sus ojos con el pañuelo, y volviendo á apoyarse en el brazo de su hija, salió sin decir una sola palabra ni mirar á nadie.

A una señal del Emperador, Eugenio había corrido hacia su madre; pero menos valeroso que ésta, le faltaron las fuerzas, y cayó desmayado entre las dos puertas de la galería.

Después de aquella escena de familia, tan triste

y tan llena de majestad, la corte acompañó con gran ceremonia al Emperador á una de sus habitaciones, en la que permaneció todo el día pensativo y silencioso.

Oprimido por las emociones de aquel día cruel, Napoleón se acostó temprano: los ayudas de cámara se ocupaban en arreglar aquella habitación, y el ayudante de campo había entrado á recibir la orden.

De repente se abrió la puerta, y una figura blanca apareció.

Era Josefina: traía el cabello suelto: sus facciones estaban contraídas, y se leía en ellas una especie de delirio.

Napoleón, aterrado, se incorporó en el lecho y los concurrentes se retiraron al fondo de la estancia.

Josefina se adelantó con paso vacilante: se arrodilló delante del lecho, y sin proferir una palabra estrechó á Napoleón en sus brazos, llorando de un modo desgarrador.

El Emperador la habló con ternura, la prodigó mil caricias y lloró con ella.

—Josefina, mi amada Josefina—le dijo—no culpes á mi corazón de lo que ha sucedido, pues es todo tuyo: culpa sólo á la inflexible razón de Estado: yo te amo, y tu recuerdo no se apartará jamás de mí: tranquilízate y deja que obre la razón: sabes bien que jamás me olvidaré de ti; que siempre seré tu amigo.

Josefina no podía responder más que con lágrimas, y la emoción de los dos fué tal, que ambos enmudecieron: de repente el Emperador se apercibió de que había gente en la estancia: incorporóse fieramente, y exclamó:

—¿Qué hacéis aquí, señores? ¿No puedo estar con libertad en mi cuarto? ¡Salid al momento!

Todos se retiraron sin atreverse á murmurar una sola palabra: un cuarto de hora después salió la Emperatriz de la habitación de Napoleón con el aire más abatido y desesperado que al entrar.

Al día siguiente por la mañana, Josefina dejó las Tullerías para volverse á su bello retiro de la Malmaisón: diez años había ocupado el trono de Francia.

A las once salió apoyada en el brazo de madame Deuberg, una de sus damas de honor, pero un espeso velo cubría su semblante, é iba envuelta en un gran chal, que la disfrazaba completamente.

Atravesó rápidamente el espacio que la separaba de su coche y subió á él: se echaron las cortinas, y el carruaje partió con la rapidez del relámpago; más al subir, al lado del estribo vió una fatídica figura de mujer.

Josefina lanzó un grito de angustia.

Era Teresa.

—¡Ya estoy vengada!—le dijo ésta al oído con voz oscura y fatigosa:—¡ya te llegó la hora del dolor, y yo ahora puedo morir en paz!

Otro coche siguió de cerca al de Josefina: en él iban Hortensia y Eugenio, que no querían abandonar un instante en su dolor á aquella madre que había sido para ellos un modelo de ternura, de amor y de abnegación.

Josefina, reclinada en el fondo de su coche, permaneció inmóvil hasta llegar á la dorada y elegante verja que cerraba la Malmaisón.

XXI.

Durante la primera semana, el camino de París á aquel primoroso asilo, se vió constantemente cubierto de gentes que miraban como un deber sagrado el presentarse al menos una vez á aquella que, aunque privada de la corona, conservaba á lo menos el título de emperatriz. Josefina, pasado el primer ímpetu de su dolor, recibía afectuosamente aquellos testimonios de simpatía, y animaba su pequeña corte con el encanto indecible de su trato.

Josefina, á pesar de residir en su palacio de la Malmaisón, pasaba algunas temporadas en el palacio de Navarra, en Normandía.

Napoleón le conservó el título de emperatriz, y le aseguró dos millones de francos de pensión, dándole además la propiedad de algunas posesiones.

Hízole ofrecer el gobierno de Roma ó el de Bruselas: mas los rehusó con dignidad diciendo: *que la que había sido emperatriz de los franceses no podía, ni descender, ni elevarse.*

El Emperador le hizo algunas visitas que cesaron bien pronto, porque á principios de 1810 casó con María Luisa, archiduquesa de Austria é hija del emperador Francisco II.

Aquella princesa, hermosa, joven, pero absolutamente desposeída de talento, y que no amaba á Napoleón, al que profesaba un terror invencible, era muy inferior á la buena, á la noble, á la afectuosa Josefina.

La nueva emperatriz dió á luz un hijo el 20 de Marzo del siguiente año de 1811: al saberlo la esposa repudiada, dió una nueva muestra de la grandeza de su alma, pues exclamó:

—¡Gracias, Dios mío! ¡no ha sido infructuoso mi sacrificio!

El príncipe imperial fué proclamado inmediatamente *rey de Roma:* Josefina le manifestó una ternura verdaderamente maternal, y algunas veces le iba á ver en secreto: rasgo de bondad y de afecto que la misma emperatriz María Luisa, á pesar de su sequedad de corazón, le agradeció profundamente cuando llegó á su noticia.

En 1812 hizo Josefina un viaje á Italia, y fué tan bien acogida en aquellos pueblos como si aun hubiera estado en todo el apogeo de su grandeza:

bien es verdad, que si se exceptúan algunos cortesanos ambiciosos y corrompidos, Josefina fué siempre adorada de cuantos se habían contado en el número de sus súbditos.

Cuando la fortuna volvió por completo la espalda á Napoleón, Josefina lloró amargamente.

—¿Por qué he consentido en el divorcio? se preguntaba sin cesar: ¡Napoleón es desgraciado, y yo no puedo participar de su desdicha!

Al mismo tiempo que así pensaba Josefina, María Luisa regresaba á Viena con su hijo, abandonando á su desgraciado esposo al furor de sus enemigos.

Cuando los príncipes aliados entraron en París después de arrojar del trono imperial al común enemigo, trataron á Josefina con la misma distinción que si hubiera ocupado el trono: el rey de Prusia y el emperador de Rusia le demostraron un afecto tan tierno como respetuoso, que dulcificó sus penas, aunque no pudo cicatrizar la incurable llaga que había abierto en su corazón la suerte del que había sido su esposo.

El emperador Alejandro fué á visitarla á la Malmaisón, y Josefina, aunque se hallaba algo indispuesta, quiso acompañarle por los jardines: de resultas de aquella imprudencia, contrajo una inflamación de garganta que la postró en cama.

El violento dolor que le causó el ver la cobardía con que se calumniaba á Napoleón después de

caído, empeoró el mal, y en breves días tomó proporciones tan alarmantes, que se creyó mortal.

El emperador Alejandor envió á su médico para que asistiese á Josefina: al mismo objeto acudieron los facultativos más famosos de París: más todo fué en vano: á los seis días de enfermedad, Josefina espiró en los brazos de sus hijos, murmurando estas palabras:

—¡La isla de Elba!... ¡Napoleón!

Estas fueron sus últimas palabras, y ellas demuestran que consagró su postrer recuerdo al hombre que tanto había amado.

No podía Napoleón, confinado ya en la isla de Elba, sujetarse al mezquino papel que se le había señalado: en Marzo de 1815 se escapó á favor de la oscuridad de la noche, entró en Francia al frente de algunos aventureros, y excitando de nuevo el entusiasmo de aquellos soldados que tantas veces había conducido á la victoria, recobró al cabo de breves días su imperio.

Su estrella se había ya eclipsado para siempre; y la batalla de Waterloó, en la que fué derrotado, volvió á arrojarle de aquel trono que sólo ocupó cien días.

Entonces, cuando todo hubo acabado para Napoleón, fué á la iglesia de Rueil, donde descansaban los restos de la esposa fiel, que tanto y tan profundamente le había amado.

¡Cuán grande debió ser entonces su arrepen-

timiento al pensar en lo inútil del abandono é ingratitud de que había sido víctima su esposa!

«Meditando sobre la tumba de Josefina—dice la ilustre escritora madame Mongellaz—fué como adquirió aquella resignación, que hizo de él un héroe en la isla de Santa Elena.»

Napoleón, prisionero por los ingleses, gracias á la más negra y cobarde traición, fué conducido á aquélla: allí, amargada su alma por los desengaños y los dolores, humillado cruelmente por el indigno trato que le hacían sufrir sus guardadores, sucumbió al dolor y á la desesperación el 5 de Mayo de 1821.

Desde el instante en que decidió separarse de Josefina, puede decirse que la fortuna volvió la espalda á Napoleón Bonaparte, y nada es tan cierto como el que se enajenó el afecto de la mayor parte de sus súbditos, que adoraban á su esposa: era siempre aquella Josefina que al principio de esta historia conocimos tan cariñosa, tan amable, tan bella, tan caritaviva, tan llena de talentos y de encantos.

Más de una vez, durante las amarguras que pasó desde que supo que estaba decidido su divorcio hasta su muerte, pensó en el amor de su primer esposo: en aquel amor tan grande, tan puro, tan exento de ambición y de cálculo; y más de una vez reconoció llorando con desconsuelo, que acaso las penas que sufría eran una justa venganza que

el cielo concedía á la memoria del vizconde de Beauharnais, ultrajada por un nuevo amor.

Josefina, en la ocasión de su divorcio fué mucho más grande, mucho más justa, mucho más generosa que el hombre que avasallaba imperios y destronaba monarcas: aquella mujer adoraba á Napoleón, y además veía asegurada en su unión con él la suerte de su familia, porque ya queda dicho que el hijo mayor de Hortensia era el elegido por el Emperador para sucederle, y el príncipe Eugenio lo estaba para el reino de Italia: su amor, su dicha, la futura grandeza de sus hijos, todo quedaba destruído de un solo golpe; y, sin embargo, se trataba de la voluntad de Napoleón; se trataba de asegurar el poder del hombre á quien tanto amaba, y tuvo bastante abnegación y valor para consumar aquel sacrificio doloroso, ora se la considere como soberana, ora solamente como madre, ora como esposa, ó como mujer, en fin.

Napoleón sabía hasta qué extremo era amado por Josefina, confesaba que ésta hacía la felicidad de su vida, y sin embargo, no tuvo inconveniente en destrozar aquel corazón que no latía más que por él, ni en destruir el porvenir de aquellos hijos adoptivos que tanto le amaban, que tanto contribuyeron á su gloria.

Nosotros no sabemos qué admirar más; si la abnegación y generosidad de Josefina en renunciar á todo lo que podía halagar su grandeza y su cora-

zón, ó la sumisión y amor de sus hijos, que ni por un instante se rebelaron contra una decisión que tanto daño les causaba. Ni Eugenio ni Hortensia dirigieron á su madre una queja por haberse doblegado á la despótica voluntad de Napoleón, y aceptaron su suerte sin murmurar. El nombre de Josefina será para siempre célebre, y su memoria está inseparablemente unida á la del Emperadorsu esposo.

JUANA D'ARC

LA DONCELLA DE ORLEANS.

.....

¡Cuán grande y hermoso es el poder de la oración! ¡Cuánta santidad se siente con sólo pensar en Dios! ¡Cuando por todos nos vemos abandonados; cuando los hombres cierran su pecho á nuestros sufrimientos; cuando destruye la tormenta de la vida todas nuestras esperanzas; cuando nos encontramos solos con nuestras penas en medio de la vasta creación, entonces sentimos alivio con sólo mirar á aquel que comprende nuestro dolor! ¡El fué quien nos trajo á este mundo y en él solo puede encontrar refugio nuestra alma dolorida! ....

.....

(ENRIQUE ZSCHOKKE).

I.

El palacio de San Pablo, residencia de los reyes de Francia durante el azaroso reinado de Carlos VI, era uno de los más sombríos edificios de París; no del París de ahora, hermoso, brillante y lleno de magníficas é iluminadas tiendas, de elegantes talleres y cruzado por anchurosas calles, sino del París del año de 1420, que era muy diferente del que conocemos.

Francia, dividida entonces en bandos políticos, estaba asolada por intestinas guerras: loco el rey hacía muchos años, cada uno de los príncipes de la sangre había arrancado un jirón del manto real de Carlos VI, llamado el *Insensato*, y un florón de la corona que tan brillante y hermosa le dejara su padre el gran Carlos V.

En cuanto á la reina Isabel de Baviera, su esposa, pasada ya la eterna juventud que, gracias á su fatal hermosura, conservó para mal de la Francia, pensaba sólo en perder y entregar á la ambiciosa Inglaterra aquella nación hermosa que alfombró de laurales su camino, cuando, casi niña, vino al tálamo real de Carlos VI desde el pobre ducado que gobernaba su padre Esteban II.

Pero la cruel, la soberbia, la funestamente hermosa Isabel de Baviera tiene su lugar en esta galería, y no será aquí donde veamos su sombría figura.

Las cuatro de una tarde apacible de Mayo daban en el re oj del palacio real de San Pablo, cuando el rey Cárlos VI salió de su cámara para pasar al gran salón de audiencias.

Era el monarca un hombre de cincuenta y dos años, pero que había llegado al último período de la decrepitud; de esa decrepitud idiota, llena de estupidez, y que extingue en el hombre la voluntad, y hasta el conocimiento mismo de su sér.

¡Cosa extraña y terrible, sin embargo!

Aquella frente, helada y surcada de arrugas, era ancha y elevada, y en días mejores había lanzado rayos de inteligencia.

Sus ojos inmóviles eran aún rasgados y estaban llenos de dulzura; y en su boca hundida vagaba todavía una triste y melancólica sonrisa.

Vestía el rey una ropilla de terciopelo negro y liso, pues por uno de los efectos de su enajenación mental, la vista de las flores de lis le producía tal furor que ponía en peligro su vida.

En una ocasión, y hallándose en su castillo de Creil, entró la reina en su cámara: según la moda de aquel tiempo, el vestido de Isabel estaba bordado de aquellas flores, signo de la majestad real: el rey, al fijar la vista en el dibujo del vestido, desenvainó la espada y, desconociendo á la reina, cerró contra ella y la hirió gravemente á pesar de amarla con la mayor pasión.

Para evitar, pues, la repetición de tan terribles accesos, las flores de lis se habían desterrado del traje del rey y hasta del solio y de las cortinas de su lecho.

Por encima de la ropilla y rodeándole el cuello, llevaba Carlos VI un grueso collar de oro, y sobre su traje un balandrán de terciopelo rojo, forrado de pieles, pues á pesar de lo avanzado de la estación temblaba de frío.

Su estatura, que había sido alta y gallarda, estaba completamente encorvada, y su cabellera, céle-

bre por su abundancia y por su hermoso matiz castaño, era escasa y estaba blanca y lacia.

Apoyábase el rey en el brazo de sire (1) de Guiac, que tendría su edad, poco más ó menos, pero que, por un doloroso contraste de la naturaleza, ó por una amarga burla de la suerte, se hallaba en toda la fuerza y robustez de la edad viril.

Pedro de Guiac había sido uno de los pocos hombres verdaderamente adictos á aquel rey infeliz. Él le había consolado en la muerte de sus dos amados hijos Luis y Juan; pérdidas que ni la hermosura de la princesa Catalina, su hija, ni el carácter valeroso y arrojado de su hijo el príncipe Carlos, ni aun sus amores con la bella y angelical Odetta de Champdivers, pudieron hacerle olvidar.

Pedro de Guiac había contenido también con mano fuerte los extravíos de Isabel de Baviera, y á no haber aquella reina ambiciosa apelado á la astucia, indudablemente hubiera sido arrojada del trono por el enérgico y severo sire de Guiac.

Había, no obtante, momentos en que Carlos VI llamaba á los dos hijos que había perdido, sobre todo á Juan, envenenado en Compiegne y muerto en el breve espacio de algunas horas.

Los escasos cabellos del rey iban sujetos con una caperuza de grana, en la cual estaba prendida una pluma de garza real.

(1) *Sire ó messire:* señor, ó monseñor en aquella época y equivalente á los más elevados tratamientos.

Seguíale una numerosa comitiva, formada de dos en dos personas, á manera de procesión.

Iban en ella los duques de Borgoña y de Berry, tíos del rey, sire de la Rivière, de Ile Adam, de Clissón, y otros muchos señores, incluso el terrible condestable de Armañac.

Finalmente, cerraban la comitiva algunos pajes con lanzas y escudos, y una crecida escolta de los guardias del rey.

El paso de éste era lento y desigual: casi se arrastraba al impulso del brazo fuerte de sire de Guiac, pero de cuando en cuando se detenía, revolvía sus ojos extraviados, y preguntaba con voz trémula:

—¿No se oye... la voz de Juan?

—Sin duda V. A. (1) padece una equivocación, respondía con dulzura Pedro de Guiac.

Muchas veces, durante el tránsito de su cámara al salón de audiencias, repitió el rey la misma pregunta y obtuvo la misma contestación; pero hubo una en que se detuvo ya casi al término de su viaje, y exclamó, escuchando con ansia:

—¡Oh, sí!... ¡Sí!... Me llama... Me llama el príncipe Juan!...

—Es una ilusión de V. A., repuso con la misma blandura sire de Guiac, acostumbrado á la demencia del rey.

(1) Ningún soberano tenía entonces otro tratamiento que el de *alteza*.

Este echó á andar de nuevo y entró con su comitiva en la sala de audiencias.

II.

Cárlos VI subió con gran trabajo los escalones del solio y luégo se dejó caer en el sillón colocado debajo del dosel, como abrumado de fatiga.

Pedro de Guiac se colocó á su lado con la espada desenvainada.

Al otro lado se situó Enguerrand de Thierry, gran senescal, también con la espada en la mano, y los demás nobles y grandes tomaron sitio según su categoría.

A la izquierda del solio y en dos sillones se sentaron los duques de Borgoña y de Berry.

El gran canciller se dirigió á una mesa que se veía en el centro del salón, colocó sobre ella una caja de oro que contenía el sello real, y luégo, cruzándose de brazos esperó, sin apartar sus ojos de la preciosa caja.

No bien había ocupado cada uno el sitio que le correspondía, se oyeron clarines y entraron seis heraldos ingleses, precediendo á cuatro nobles de la misma nación.

El de más edad se adelantó; puso una rodilla en tierra y presentó al rey un pergamino enrollado y sellado con las armas de Inglaterra.

—Señor,—dijo con un tono que revelaba una profunda y humillante ironía—soy enviado por mi rey y señor Enrique V de Inglaterra, para poner en las manos de V. A. el tratado de Troyes.

El rey nada respondió; y el enviado se puso en pie y prosiguió hablando de esta suerte, con el acento monótono de la fórmula:

—En el presente tratado concede V. A. la mano de su hija la princesa Catalina al rey mi señor, y estipula además que, después de su muerte, pasará la corona de Francia á los reyes de Inglaterra.

El enviado, habiendo acabado de exponer su misión, se dirigió á la mesa en que se apoyaba el gran caciller, y volviéndose de espaldas sin el más leve respeto hacia la pálida fantasma que ocupaba el solio, extendió el pergamino que contenía el tratado sobre el tapete de terciopelo carmesí bordado de oro.

—¡Oh, mengua!—exclamó el severo de Guiac con voz sofocada por la cólera y en tanto que los duques de Borgoña y de Berry sonreían con aire de triunfo.

—¡Infame tratado!—dijeron por lo bajo algunos otros señores.

—La reina ha cumplido su palabra—dijo Juana de Borgoña al duque de Berry:—no podemos quejarnos de ella.

—¡Y el Delfín que no llega!—exclamó Clissón.

Entretanto, el gran canciller, vendido á los in-

gleses y comprado por la reina Isabel, se acercó al rey con la caja del sello abierta.

Carlos tomó su sello y lo acercó al sitio que le señalaba el dedo del canciller; pero no bien lo había fijado sobre el papel, se oyó un gran rumor de armas y voces, y un joven de encantadora figura se precipitó en el salón.

Era el Delfín.

Tenía apenas diez y ocho años, y Dios había reunido en él la voluptuosa hermosura de su madre Isabel y la noble belleza que había atesorado el infortunado Carlos VI.

Vestía un traje completo de seda azul bordado de estrellas de plata, pero cubierto de polvo y ajado como si viniese de hacer un largo viaje.

Así era en efecto. El delfín Carlos había logrado, á viva fuerza y ayudado de algunos parciales, evadirse del castillo en que, por órden de su ambiciosa y desnaturalizada madre, vivía encerrado cuatro años hacía.

En su prisa por subir á ver á su padre, había dejado en manos de sus escuderos su caperuza y su capotillo y llevaba sólo la túnica celeste ceñida con un cinturón de oro tachonado de diamantes.

Sin reparar en los embajadores ingleses, corrió hacia el trono y se dejó caer de rodillas á sus pies.

—¡Señor y padre mío!...—exclamó con voz jadeante.—Vedme aquí... soy Carlos, el Delfín... vuestro hijo...

—¡No me... llama Juan!...—preguntó el rey, apartando el sello del tratado.

La firma estaba muy poco indicada; mas el embajador inglés tomó el pergamino, le enrolló y le conservó en la mano.

—¡Padre! ¡padre!—exclamó el Delfín, á cuyos grandes ojos negros asomaron lágrimas de inmenso dolor. ¡Padre! ¡No me desheredes!... ¡No des tu corona y la mía á esa nación maldita y enemiga!... ¡No concedas la mano de mi hermana á ese rey traidor!...

—¡La corona!...—repitió el rey con idiota sonrisa. ¡La corona!... ¿Olvidas que la lleva ya tu hermano Juan?

—¡Mi hermano ha muerto!... ¡Y mi madre, que le quitó la vida, me quita hoy la corona!...—exclamó el Delfín, retorciendo sus manos con dolor convulsivo.

—Entonces... aun me queda tu hermano Luis... y tus hermanas Micaela y Catalina... y la corona será para cualquiera de los tres...

—¡La corona es mía!—gritó Carlos desesperado.

—¡Tuya!—repitió el rey.—¡Tuya! ¿Acaso eres tú mi hijo?... ¡No!... ¡Tú naciste en una época en que Isabel no me amaba ya!... ¡No!... ¡Tú no eres mi hijo!... ¡Oh, oh! ¡Mi hijo! ¡No! ¡Tú te pareces al caballero de Bouillón, que murió... de hambre!... De hambre... ¿lo oyes? ¡Murió de hambre en los calabozos del Chatelet!...

—¡Ah! ¡Me quitáis la corona porque no soy vuestro hijo!—exclamó el Delfín.—¡Y la mujer que dicen me ha llevado en su seno, me la quita también para darla á la Inglaterra!... ¿De quién soy hijo, pues?

—¡De Dios!—respondió con voz solemne Pedro de Guiac.—Dios es el padre de todos, monseñor! ¡Dejad ir á esos traidores con el infame tratado de Troyes: ya se le arrancarán nuestras espadas en la guerra; y el sello ininteligible del rey Carlos VI será reemplazado por el sello de su sangre!

Los ingleses no dieron muestras de oir estas palabras; y el Delfín, después de echar sobre su padre una mirada de dolorosa lástima, desenvainó la espada y gritó:

—¡Guerra á los ingleses!

—¡Guerra!—repitieron todos los nobles.

El Delfín salió seguido de todos los señores que rodeaban á su padre, á cuyo lado sólo quedaron el gran senescal y Pedro de Guiac.

III.

Nueve años después y al anochecer de un hermoso día de primavera, una joven campesina, que guiaba algunas cabras, se encaminaba al pueblecito de Domremy, situado entre Neufchateau y Vau-

couleurs, en la ribera del Mosa, que separa la Champaña de la Lorena.

Durante los nueve años transcurridos desde que empezó esta historia, había muerto el rey Carlos VI, sin volver á recobrar su razón lúcida ni por un solo instante.

La reina, encerrada por orden de su esposo en el castillo de Tours á causa de sus desórdenes, logró recobrar su libertad con la ayuda del duque de Borgoña, ciegamente apasionado de ella desde muchos años antes; pero el asesinato del duque privó á Isabel, no sólo de su último apoyo, sino también de su último amante, pues contaba ya cincuenta y ocho años y la Francia entera la miraba con horror.

Por lo que toca al Delfín, durante aquellos nueve años había sostenido una guerra encarnizada con los ingleses, que, en vez de ir desocupando el reino, cada día le invadían con más osadía y vejaciones.

Tres meses antes de espirar Carlos VI, había muerto también su yerno Enrique V: éste ordenó que su hermano el duque de Bedfort gobernase el reino durante la menor edad de Enrique VI; y cuando falleció Carlos, el duque, tío y tutor del joven monarca inglés, hizo proclamarle, por medio de heraldos, *Enrique de Lancáster, rey de Francia y de Inglaterra.*

Pero ya es necesario que volvamos á ocuparnos de la pastora que conducía sus cabras por el camino de la pequeña aldea de Domremy.

Caminaba despacio y su aspecto era triste y preocupado.

Parecía contar diez y ocho años, y su estatura era alta y vigorosa; pero esbelta y llena de armonía en sus proporciones.

Tenía la tez morena y negros los cabellos, los ojos, las ricas cejas y las largas pestañas.

Su traje era el de las campesinas de la Champaña: una basquiña de lana corta, un corpiño de lo mismo, y una toca de lino que cubría á medias su abundante y lustrosa cabellera.

Afortunadamente las cabras sabían bien el camino del establo, y se dirigieron á él sin que la joven saliese de su distracción.

A pesar de todo, ésta llegó también á la puerta de la morada paterna, que era una cabaña de míseras proporciones, pero en la cual brillaba el aseo más escrupuloso: penetró en el patio é iba á encerrar las cabras en el establo, cuando salió un gallardo mozo de la cocina.

—¡Ah, Juana!—exclamó, tomando una mano de la joven.

—¿Qué sucede?—preguntó Juana como saliendo de un sueño profundo.

—Padre está furioso.

—¿Por qué?

—Ya sabes que te tiene encargado que, antes de que salga la luna, estés, sin excusa ni pretexto alguno, en casa.

—¿Y ha salido ya?—preguntó cándidamente Juana, alzando los ojos al cielo.

—Hace dos horas, hermana mía; pero vamos, vamos, que están cenando ya.

Juana encerró sus cabras y entró en la cocina.

Hallábanse en ella su padre Santiago d'Arc, su madre Isabel Romée y su abuela, sentados en derrededor de una mesa de encina.

Además de estas tres personas, estaba allí también su hermano segundo, bueno y excelente muchacho, y que contaba dos años menos que el que había salido á prevenirla del enojo de su padre.

—Dios os guarde, padres míos—dijo Juana al entrar en la cocina, con voz apacible y que no revelaba el más leve temor.—Buenas noches, mi querida abuela; buenas noches, hermanos.

Santiago fijó en su hija una mirada iracunda: era tan grande su cólera, que no sabía cómo darle salida.

La cariñosa madre y la anciana abuela bajaron la cabeza con temor.

En cuanto á Juana, sostuvo la mirada de su padre sin osadía, pero con serenidad.

—Si otro día vienes tan tarde, te castigaré severamente, ¡vagabunda! —gritó Santiago lleno de enojo.

Juana no respondió; pero en vez de acercarse á la mesa y ocupar su sitio para cenar, se sentó humildemente en un banquillo de madera.

—¿Por qué no vienes, hija mía?—preguntó Isabel volviéndose hacia Juana.

—¡Dejadme, madre, que lamente el haber ofendido á mi padre!—respondió la joven con una sencillez llena de candor, en tanto que dos gruesas lágrimas rodaban por sus hermosas mejillas.

Isabel miró suplicante á su marido, y le mostró el llanto de su hija con un ademán mudo y elocuente.

—¡No soy yo de bronce!—murmuró el buen padre enternecido.—Al verla llorar, el corazón se me parte en mil pedazos; mas ¿por qué no es tan obediente como humilde y tierna? ¡Oh! ¡Entonces yo la amaría lo mismo que á sus hermanos, es decir, con todo mi corazón!

—Hija mía, padre te manda que vengas á cenar—dijo la abuela con acento cariñoso.

Juana se levantó, se acercó á su padre, tomó su mano y la besó con infinito amor.

—¡Vaya! Siéntate aquí á mi lado—dijo Santiago;—y si quieres que cene, dame palabra de no desobedecerme más.

—Padre—dijo Juana con nobleza—voy á deciros la verdad, y veréis cómo, si os desobedezco alguna vez, no es por un efecto de mi voluntad, sino porque otra voluntad divina lo quiere así.

Santiago, Isabel, la abuela y hasta los hermanos, abrieron los ojos con asombro.

—¡Sí!—prosiguió Juana;—padre mío, amo apa-

sionadamente la oración, y la amo tanto más, por que durante la hora de mis rezos se me aparecen celestes visiones.

—¿Se habrá vuelto loca?—exclamó Santiago, mirando con terror á su esposa.

—No, padre mío—contestó Juana con la apacible calma que no la abandonaba jamás;—no, gozo de toda mi razón; pero cuando me voy á orar al bosquecillo más cercano; cuando me prosterno entre los árboles, se me aparece el Señor de cielo y tierra, me enseña un estandarte blanco que ondea en los aires, y me dice:

—«¡Tú libertarás á la Francia!»

—¡Eh!—gritó Santiago iracundo.—Esas son vanidades culpables y sueños locos. Yo llamaré al hijo del vecino Mateo para que lleve á pacer nuestras cabras, y tú te quedarás en casa haciendo queso é hilando con tu madre y tu abuela.

—Sea como queráis, padre mío—repuso Juana con humildad:—haré aquello que sea de vuestro agrado; mas, sin embargo, debo advertiros una cosa.

—¿Cuál?—preguntó Santiago.

—¡Que si me obligáis á no ir al bosque!...

—¿Qué?—interrumpió el aldeano, al ver que su hija se detenía.

—Que me moriré.

Juana dijo estas palabras sin afectación y con la mayor sencillez.

Sus padres, su abuela y sus hermanos se estremecieron al oirla, y no supieron qué responder.

—Sí—prosigió la doncella, en cuyo acento se notó entonces un profundo abatimiento:—sí, padre, me moriré. ¡Y como no he cumplido con la misión que Dios me tiene encomendada, no entraré en su reino de gloria!

Al pronunciar estas palabras, levantó la joven sus hermosos ojos al cielo, y en su mirada brillaron tal inspiración y una luz tan celestial, que su familia se quedó muda y estática contemplándola arrobada de admiración.

Su madre y su abuela sintieron en el fondo del alma como una luz extraña que las iluminaba, y su instinto les avisó que tenían delante un sér sobrenatural.

No así los hermanos; la percepción del hombre no es tan exquisita como la de la mujer, y Nicolás, el mayor, pasado el primer momento de sorpresa dijo:

—Hermana mía, ¿no valía más que te casaras con Antonio el pastor, que tanto te ama, y que vivieras en paz como nuestra buena madre?

—Yo no amo á Antonio—contestó Juana.—Yo no amo más que á Dios y...

Juana se detuvo.

—Y ¿á quién?—interrogó Nicolás.

—¡Y á la Francia!—respondió Juana, bajando la cabeza con tanto rubor y confusión, que fácil-

mente se conocía que callaba algún deseo oculto con cuidado en el fondo de su inocente pecho.

Su familia no comprendió, sin embargo, lo que pasaba en el alma de la doncella: no obstante, avisada su madre por el delicado instinto de su amor, se inclinó hacia el oído de su esposo y le dijo á media voz:

—Santiago, el corazón me dice que Dios destina á nuestra hija para alguna cosa extraordinaria.

Santiago no contestó, y Juana continuó como hablando consigo misma:

—¡Hoy, hoy he tenido una visión más bella, más luminosa que ninguna de las anteriores!

—¿Qué has visto, hija mía?—preguntó con curiosidad la abuela.

—¡He visto á Dios!... Sí, á Dios mismo cercado de luz, orlado de majestad y escoltado por ángeles, que ha aparecido en medio de una nube y entre los árboles del bosque: ¡yo oraba en voz alta y los pastores del valle se detenían, se reían al verme y me llamaban *visionaria!* Pero habló el Señor y huyeron todos despavoridos, y yo quedé sola con Jehová.

—Y ¿qué te dijo?—interrogó Santiago, interesado á su pesar.

—Me dijo estas palabras: «Juana, hija mía muy amada: ve mañana al rayar el alba á Vaucouleurs y busca á Beaudricourt, el gobernador de la plaza:

una vez en su presencia, dile así con toda dulzura y humildad: « Si queréis darme una buena escolta, yo libertaré á la Francia; iré á buscar á Cárlos VII y le conduciré á Reims, doode será ungido.» Esto dijo el Señor, y luégo desapareció.

—¿Y quieres ir á Vaucouleurs?—tornó á preguntar Santiago.

—Yo no quiero, señor y padre mío, más que lo que vos ordenéis—respondió Juana con aquella dulzura angelical que parecía haber recibido del cielo.

—¿Y si me opongo á que vayas?—preguntó de nuevo su padre.

—¡Entonces, padre mío, me moriré!

—¡Parte al alba!—dijo Santiago bajando la cabeza con abatimiento.

—¡Padre, valor!—dijeron sus hijos;—nosotros acompañaremos á Juana.

—Si he de ir, ha de ser sola—respondió ésta con firmeza:—¡quedaos vosotros con padres y abuela y rogad todos por mí!

—¿Qué temes?—le preguntó su madre, tomándole una mano y al ver correr dos lágrimas por las mejillas de Juana.

—¡Madre—contestó ésta:—á ti sola lo digo, porque eres una santa: las dos veces que me ha hablado el Señor me ha mostrado, al despedirse, una corona de espinas! ¡Pero no reveles esto á padre ni á mis hermanas!... ¡No me dejarían ir, porque los

hombres tienen valor, más sólo las mujeres tenemos una fe ciega y grande!

IV.

Apenas la aurora doraba con su luz primera el brillante y puro cielo de la Champaña, cuando Juana despertó de un sueño pacífico y tranquilo como el de un niño.

Levantóse quedito, abrió su arcón de encina y sacó un vestido nuevo de lana y una cofia, blanca como la nieve y adornada de una cinta negra.

Vistióse sin causar el más leve ruido, pues su alcoba estaba inmediata á la habitación de su abuela, y no quería despertarla; pero cuando salió de su estrecho aposento, su maravilla fué grande al hallarla vestida y rezando su rosario de rodillas.

La joven abrazó á la buena anciana y salió con ella en busca de sus padres.

Tampoco se habían acostado.

Santiago, sentado junto á la mesa en que había cenado, tenía la cabeza apoyada en la mano, y su madre lloraba ahogando con trabajo los sollozos.

—Si os afligís así, no partiré, padre mío—dijo Juana;—Dios ha dicho que el hijo que haga derramar á sus padres una lágrima, será maldito; y mi deber es conservar vuestra alegría.

—Juana— dijo Santiago estrechando sus manos:

vete y... ¡bendita seas! Toma, hija mía, toma tu báculo de pastora, y el Señor vaya contigo. Tú, el modelo de las hijas, la doncella más pura, modesta y cariñosa de nuestra aldea; tú, la bienhechora de los pobres, el consuelo de los afligidos, no puedes engañarnos! Lloramos porque... eres nuestra hija, y quizá esa senda, á que Dios te llama, es muy peligrosa. ¡Pero no es delito llorar, hija mía, y el Señor nos ha dejado abiertos los manantiales del llanto para que podamos soportar las penas más amargas... ¡Parte, hija mía, y bendita seas!

Juana tomó el báculo que su padre le ofrecía: abrazó á éste tiernamente lo mismo que á su abuela, madre y hermanos, y salió sin apresuración y sin congoja, tan serena y grave como si llevase delante sus mansas y juguetonas cabras.

Llevaba, sin embargo, un compañero.

Era Ralf, un mastín de raza de lobo y que, no obstante, defendía valerosa é ingratamente el ganade de los ataques frecuentes de sus crueles progenitores.

Ralf no había querido dejar de ser aquel día el compañero de Juana y la siguió con su paso lento, silencioso y mesurado.

No bien la joven y su perro hubieron desaparecido en un recodo del camino, se acercó Isabel á su marido:

—Si quisieras creerme—le dijo – seguiríamos á nuestra hija.

—¿Para qué? — preguntó Santiago con abatimiento;—¿no has oído que quiere ir sola?

—Sola irá; pero nosotros podemos caminar á alguna distancia por si le ocurre alguna cosa.

—Va con ella Ralf.

—¡Y qué, Santiago! ¡Teniendo padres, dejaremos encomendada su custodia á un perro!—exclamó con amargura aquella madre ejemplar:—yo no quiero incomodarla—añadió;—demasiado sé que su destino en la tierra es tan grande, que no podemos nosotros comprenderlo!... ¡No, no quiero que nos vea! Mas quiero seguirla, aunque sea de lejos... ¡y si tú no te decides á acompañarme, me iré yo con uno de nuestros hijos!

—Iré contigo—dijo Santiago levantándose en el momento.

—Pues pongamos en tu zurrón algunas provisiones: en medio de nuestra pena, nada dimos á Juana para el camino, que es largo, y ella no se acordó tampoco... pero á la vuelta nos encontrará y comerá con apetito.

Y esto diciendo, colocó Isabel en el zurrón de su marido un pedazo de venado, otro de queso y un pan grande y moreno.

Después salió con Santiago.

Poco tardaron ambos en ver á Juana, aunque á alguna distancia.

Caminaba apoyada en su báculo y seguida de su perro, con aquella calma y tranquilidad propias

sólo de quien va á cumplir un deber sagrado y halagüeño al mismo tiempo.

Alguna vez pasaba un pastor ó un campesino por su lado y la saludaba afectuosamente con un *Dios os guarde, doncella.*

A lo que Juana respondía con su voz grave y dulce á la par:

—Él os acompañe.

Una vez se halló con algunos soldados del gobernador, que bajaban de Vaucouleurs: maravillados de la belleza de aquella joven que caminaba sin más compañía que su perro, la empezaron á requebrar; pero ella, como si no hubiera escuchado ninguna de sus palabras, les preguntó con serenidad:

—Señores soldados, decidme por favor: ¿hallaré en su palacio al señor capitán Beaudricourt?

—¿Al gobernador?—repuso uno con maliciosa sonrisa.

—Sí, al gobernador.

—Allí está, hermosa niña; pero te advierto que no le gustan las hembras, y que tiene mal genio.

—Os agradezco la merced que me habéis hecho en responderme—dijo Juana con tranquilidad:—quedad con Dios.

—¡Qué extraña criatura!—exclamó el soldado, que había sostenido con Juana el diálogo anterior, al pasar junto á Santiago é Isabel.

—¡Ah! Esa debe ser la visionaria—dijo otro.

—Visionaria ó no, la aclamo por la más encantadora criatura que he visto en mi vida—contestó su compañero.

Los soldados prosiguieron su camino, no atreviéndose, á pesar de su cinismo, á molestar más á Juana, que marchaba adelante, seguida á lo lejos por sus padres.

Ya era cerca de medio día cuando llegaron á la ciudad.

Juana no había estado nunca en ella: criada en los campos como una flor silvestre y nutrida sólo con las brisas y el rocío del cielo, no había conocido más que su cabaña, su valle y el bosque de pinos, teatro sagrado y querido para ella de sus éxtasis y visiones.

Por esta razón, sus padres creyeron que tendría que preguntar á mucha gente, y temblaron pensando en los riesgos que iba á correr su belleza é inocencia en una ciudad ocupada por fuerza militar, y en las frases groseras que habían de lastimar sus oídos tan castos y tan puros; pero, con gran admiración de su parte, la vieron entrar en la ciudad, cruzar sus tortuosas calles y entrar en el palacio del capitán Beaudricourt.

Había en el gran patio algunos mesnaderos y hombres de armas, además de diferentes arqueros que hacían centinela.

Juana se dirigió á uno de los soldados y le dijo con su habitual dulzura:

—¿Me haríais la merced de preguntar al gobernador si quiere recibirme?

—¿Quién sois, hermosa niña?—interrogó el soldado, interrumpiendo su paseo.

—Una pastora de la Champaña.

—¿Y queréis?...

—Hablar al gobernador.

—¿Vuestro nombre?

—La doncella Juana d'Arc.

—¡Ah! !Ah! ¡Es la visionaria!—dijeron en coro algunos soldados.

—¡Eh! ¡Callad!—gritó airado el arquero.—Nosotros nada tenemos que ver con eso, puesto que ella viene á entenderse con el gobernador.

Subió, dicho esto, la ancha y sombría escalera, y poco después bajó y dijo á Juana:

—Hermosa niña, el gobernador consiente en recibiros y os espera.

Juana le dió gracias y empezó á subir; mas como Ralf la siguiera, reparó en él el benévolo soldado, que era un hombre de cabello y barba gris.

—Hija mía—le dijo—dejad ahí á vuestro perro.

—Señor soldado—repuso Juana—este pobre y noble animal es mi solo defensor y mi única compañía desde que he salido de la casa de mis padres: os ruego, pues, que no me separéis de él.

—Por mí, puede acompañaros—contestó el soldado,—pero no sé lo que dirá el gobernador.

Sin otras razones, subieron el resto de la escale-

ra, y después de atravesar un vestíbulo sombrío y algunas estancias llenas de los viejos soldados que habían permanecido fieles al hijo del rey demente, entraron en un vasto salón.

Era este muy oscuro, y estaba sostenido por macizos pilares de piedra.

En un ancho sillón de encina, cubierto de molduras, se hallaba sentado, ó más bien, tendido, un hombre de talla colosal y de semblante fiero y atezado.

—Dios os guarde, señor—dijo Juana saludando, en tanto que su caritativo introductor se retiraba.

—¿Qué queréis?—preguntó con voz áspera el capitán.

—Ante todo saber si sois el capitán Beaudricourt, gobernador de esta ciudad por el delfín Carlos, hijo de Carlos VI.

—El mismo soy—respondió el gobernador, mirando con asombro á aquella bella joven, detrás de la cual se sentaba gravemente un enorme perro.

—Pues bien, señor—dijo la joven—yo soy la doncella Juana d'Arc, y vengo á daros un mensaje de parte del rey del cielo.

El gobernador se encogió de hombros.

Juana, sin desconcertarse, continuó:

—El delfín Carlos ha sido proclamado en Poitiers con el nombre de Carlos VII; pero, sin embargo, el ambicioso duque de Bedfort manda en

toda la Francia; su ejército victorioso ocupa toda la Aquitania, el Poitou y todas las ciudades del norte del Loira, y las escasas tropas del Delfín apenas alcanzan, á pesar de sus inauditos esfuerzos, á contener el paso de ese torrente devastador.

Ahora bien, señor gobernador, continuó Juana: haced decir á Carlos VII que suspenda todo ataque hasta la mitad de la próxima cuaresma, época en que Dios le enviará un socorro que le hará pacífico poseedor de su reino.

—¿Quién le llevará ese socorro?—preguntó el gobernador, interesado á su pesar por los razonamientos de Juana, y creyéndola enviada del duque de Lorena, adicto al rey.

—¡Yo!—contestó la pastora: y añadió con unción, repitiendo las palabras de su éxtasis:

Si queréis enviarme con una buena escolta, yo libertaré á la Francia: iré á buscar á Carlos VII y le conduciré á Reims, donde será ungido.

—¡Cómo!—exclamó el feroz gobernador, levantándose iracundo.—¿Así abusas de mi credulidad? ¡Tú debes ser esa loca visionaria de quien hablan los pastores que venden provisiones á mis soldados! ¡Loca! ¡Fuera de aquí! Y ten en cuenta que, si vuelves, haré que te echen á golpes dos de mis hombres de armas.

—Señor—observó Juana, sin impaciencia, sin alterarse y con una voz perfectamente tranquila—yo no estoy loca: soy la enviada de Dios.

—¡Ea! ¡idos tu perro y tú!—gritó de nuevo el gobernador.

—Dios abrirá vuestros ojos á la verdad, señor—dijo Juana:—entonces me buscaréis y yo estaré siempre pronta para servir á mi patria y morir por ella. Entretanto, quedad en paz y perdonadme que os haya incomodado.

El gobernador, á pesar de su dureza, quedó admirado de tanta dulzura y mansedumbre.

—Espera—le dijo.—¿Tienes padres?

—Sí, señor—contestó Juana con suavidad.

—¿Y hermanos?

—Tengo dos.

—¿De más edad que tú?

—Sí, señor.

—¿Querrían ser soldados de Carlos VII?

—El día que yo empuñe el blanco entandarte de la libertad, que Dios me ha mostrado, creo, señor, que me seguirán á la guerra.

El gobernador se encogió de hombros, como compadecido de aquella nueva prueba de demencia, y luégo, como para desviar aquel pensamiento enfermo de su círculo habitual, torno á preguntarle:

—¿Quieres casarte?

—No, señor—respondió Juana.

—Es que si amas á algún joven, yo te dotaré.

—¡Sólo amo á mis padres y... á la Francia!

—¿Sois pobres?

—¡Mucho!

—Toma—dijo el gobernador, alargando su bolsa á la pastora.

Pero ésta retrocedió un paso.

—Señor—dijo noblemente:—ni Santiago d'Arc, ni su esposa, ni su madre, ni sus hijos, han comido jamás el pan de la limosna.

—¡Vete en paz!—repuso el gobernador, volviendo á guardar su bolsa, no poco sonrojado.

Juana se inclinó en silencio y salió seguida de Ralf.

V.

Juana volvió á su casa con sus padres, y una vez en ella, á sus ordinarias ocupaciones.

A pesar de su calma aparente, la palidez iba reemplazando al fresco color de sus mejillas: se enflaquecía, y aunque siempre había sido más bien grave que risueña, poco á poco aparecieron en sus facciones las señales de una profunda melancolía.

Un mes transcurrió así, durante el cual ni una sola queja se escapó de los labios de Juana: pasaba ésta el día con sus cabras, y cada vez eran más largos los ratos de éxtasis y oración que tenía en el bosque.

La fama de sus visiones se extendió por todo el país; porque muchas veces, al pasar los pastores, la

oían rezar en alta voz y conversar con algún sér invisible ó sobrenatural.

Un día volvió á casa Santiago llevando una noticia muy importante: había oído decir que el duque de Lorena debía pasar por Domremy, pues iba en peregrinación á San Nicolás, cerca de Nancy.

Juana oyó esta nueva con indiferencia y salió, según custumbre, con sus cabras y su perro Ralf; pero cuando á la caída del sol volvía á su aldea, oyó tocar las campanas á vuelo.

—¿Qué pasa? preguntó al primer labrador que halló.

—Que el duque de Lorena, que iba en peregrinación á San Nicolás para recobrar su salud, se ha sentido tan agravado que ha tenido que detenerse en la aldea.

Juana, así que oyó esta respuesta, se encaminó á su casa, encerró el rebaño y se sentó á la mesa para cenar con su familia; mas no bien había cada uno ocupado su sitio, se abrió la puerta y apareció un gallardo oficial.

—¿La señorita Juana d'Arc? preguntó cortesmente.

—Aquí no hay ninguna señorita, caballero—contestó ásperamente Santiago;—si preguntáis por mi hija la pastora Juana, aquella es.

—Su señoría, el duque de Lorena, me ha mandado rogarle que venga conmigo á su alojamiento.

—¡A su alojamiento!—exclamó atónito Santiago—¿y para qué?

—Lo ignoro—respondió el oficial—pero traigo orden de conducirla á su presencia.

Al decir estas palabras, mostró el oficial un pergamino escrito y sellado con las armas de la casa de Lorena.

—Yo acompañaré á mi hija—dijo Santiago:—retiraos, señor oficial, y haced saber al señor duque que os seguimos, y que dentro de breves instantes estaremos en su presencia.

Retiróse, en efecto, el oficial, pasmado de la dignidad y nobleza del buen aldeano, quien, según había ofrecido, salió al instante con su hija encaminándose al alojamiento del duque.

Cuando llegaron, estaba aquél recostado en un gran sillón que casi le servía de lecho, quejábase dolorosamente, y las contracciones de su rostro anunciaban un sufrimiento muy agudo.

El aspecto del duque era duro y altanero; bien que en aquella época estas eran las cualidades predominantes en toda persona de alcurnia elevada; la cortesanía y la civilización no habían aún suavizado el orgullo innato en el hombre, y su afán desmedido de dominar; todo se esperaba de la fuerza, y la persuasión, ó era del todo incomprensible, ó sólo hallaba pechos duros como las armaduras de acero que los cubrían.

Por eso la castidad, la pureza, la suave y senci-

lla dulzura de Juana admiraban á todos, y se la consideraba como á un sér de una región más elevada que la que habitamos los míseros mortales.

No bien el duque había entrado en la aldea, sintió que se agravaban de tal modo sus habituales dolencias, que se vió obligado á detenerse.

Acordóse entónces de que en el camino había oído hablar á sus soldados de la loca ó la visionaria: y ya con el deseo de distraerse viendo si era aquella joven tan extraordinaria como decían, y quizá también por una esperanza remota y supersticiosa de que adivinase sus padecimientos, que desde mucho tiempo antes eran en extremo acerbos, la madó llamar, como hemos visto.

Cuando llegaron Santiago y su hija, la mirada penetrante del duque se fijó en la doncella con tanta insistencia y tan ardiente expresión, que la hizo bajar los ojos ruborizada.

Aquella confusión aumentó tanto su natural belleza, que el duque hizo un gesto de admiración.

Nada más bello, en efecto, que aquel rostro plácido, teñido por las rosas del pudor: prestábanle sus anchos párpados, inclinados al suelo y guarnecidos de negra seda, tan sublime expresión; eran las facciones de Juana tan correctas y hermosas, y había un no sé qué tan plácido en toda su figura, que el asombro del duque tenía disculpa, aunque estuviese expresado de una una manera muy vehemente.

—Niña,—dijo á la doncella—hanme contado que predices el porvenir.

—Os han engañado, pues, monseñor—respondió Juana que, por una intuición admirable, dió al duque el tratamiento que le correspondía como á príncipe de la sangre.

Mordióse el de Lorena los labios, pues conoció que no podría encontrar en la rudeza de aquella villana el solaz que se había prometido.

—¿Cuál es, pues—dijo con frialdad—el dón estupendo que hace te apelliden la loca y la visionaria?

—No poseo dón alguno que justifique esos apodos, monseñor—repuso Juana calmando con una dulce mirada la ira de su padre, próxima á estallar por el lenguaje insultante del duque;—sólo, prosiguió Juana, sólo digo algunas verdades que el Dios santo, padre de todos los hombres, me trasmite desde el cielo.

—¿No podrías decirme algunas? preguntó el duque, cuya ironía aumentaba.

—Sí, monseñor; contestó la doncella.

—Veamos pues, y las tomaré como una muestra de tu habilidad.

—Tomadlas, monseñor, por un aviso del cielo.

—Bien está; habla.

—Pues bien, monseñor—dijo Juana mirando al duque frente á frente; vos estáis muy enfermo, y para alcanzar la salud vais en peregrinación á San Nicolás; pero tened entendido que esta peregrina-

ción de nada os servirá mientras no cambiéis de vida.

—¡Cambiar de vida!... ¿Yo?

—Vos, monseñor; no tenéis salud y estáis casi pobre, porque vuestras orgías consumen la primera, y vuestra inmensa fortuna ha pasado casi toda á poder de los judíos, que os ayudan á sostener á vuestras mancebas.

—¡Insolente! gritó con ímpetu el duque de Lorena levantándose y dirigiéndose á la doncella con los puños apretados.

Luégo, haciendo un violento esfuerzo para calmarse, añadió:

—Da gracias á haber nacido mujer, pues de lo contrario te haría morir en un calabozo.

—Monseñor—respondió Juana sin cambiar siquiera de color;—monseñor, podéis hacer de mí lo que queráis; pero os lo repito: Dios no os enviará la salud en tanto que vuestra vida no sea más arreglada; mientras corráis de desorden en desorden, no esperéis tener dinero en vuestras arcas, ni paz en vuestro corazón; vuestra mano no tendrá fuerza para sostener la espada, y siendo uno de los príncipes de la sangre real de Francia, viviréis siempre miserable y enfermo. Dios castiga los desórdenes así en el noble como en el plebeyo, y vos estáis experimentando los efectos de su justicia.

—¡Vete!—dijo el duque con furor—vete y jamás vuelvas á ponerte delante de mí.

La doncella se inclinó en silencio y salió seguida de su padre, que apénas podía contener su enojo.

No habían llegado aún á la antesala, cuando salió en busca el oficial que había ido á llamar á la pastora á casa de su padre.

—Monseñor manda que volváis á su presencia, joven, dijo á Juana así que llegó á su lado.

—Obedezco—repuso la doncella—os sigo, caballero.

Santiago quiso volverse con su hija, pero le contuvo el oficial diciéndole:

—El príncipe quiere ver á vuestra hija sola.

—Es igual, padre mío, esperadme aquí—dijo Juana mirando á Santiago de un modo harto elocuente para no ser comprendida.

Comprendióla Santiago, en efecto, y se sentó á esperarla en un recodo del camino.

Juana volvió á la presencia del duque, sin embarazo ni temor, pero también sin insolencia.

—Aquí estoy, monseñor—le dijo—habéis mandado que volviera y os he obedecido.

—Óyeme, hermosa niña, y pon cuidado en entender lo que voy á decirte: esa vida errante que llevas no te conviene, ni te pone el abrigo de la miseria; tú eres bella y yo podría amarte y hacer dichosa á toda tu familia: ¿quieres venir conmigo á París?

—No, monseñor—respondió Juana.—Dios me

ha colocado muy lejos de vos y no tengo, por cierto, ningún deseo de salvar la distancia que nos separa; así, quedad con Dios, porque mi padre me espera y sufrirá con mi tardanza.

—¡Es muy extraño!—pensó el duque sin cuidarse de que detuvieran á Juana.—¡Resistirme una pastora! ¿Luego lo que pensaba yo que era un pretexto para buscar aventuras, es realmente un dón del cielo?... ¡Sí! ¡Porque sólo el cielo puede dar tanta entereza, unida á tanto candor y á tanta dulzura!—¡Es extraño! esta pastora me ha hecho saltar el corazón en el pecho! ¡Hay en ella un no se qué que me enterce... á mí!

Y se quedó muy pensativo.

Juana entretanto, salió del palacio, después de saludar con la cabeza á las gentes del duque.

A las puertas de la ciudad halló á sus padres.

Juana les abrazó, dándoles gracias por su cariño y cuidado.

Estaba triste, pero grave y tranquila como siempre.

—¿Qué hay, hija mía?—le preguntó su madre.

—No han querido creerme; me han llamado loca y me han ofrecido oro, dijo la doncella con melancolía.

—¿Y tú?...—preguntó anhelante Santiago.

—Yo, padre mío, he dicho que ni Santiago d'Arc ni su familia había comido jamás el pan de la limosna.

—¿Y has rehusado?

—Sí.

—¡Bien, hija mía, bien! Pero olvida tu desengaño y comamos.

Santiago extendió un paño blanco, y puso encima las provisiones.

—¡Ay, hija mía!—murmuró Isabel abrazando á Juana:—¡la primera espina de tu corona de mártir se ha clavado hoy en tus sienes y ha dejado una herida en mi corazón!

La pastora volvió á abrazar á su madre, y luégo comió con ella y con Santiago con la mayor tranquilidad.

VI.

Dos veces más volvió Juana á ver al gobernador en el término de dos meses, y éste, incomodado por sus importunidades, mandó que el cura párroco de Vaucouleurs la exorcisase como á una endemoniada.

Juana sufrió las rudas pruebas por que la hicieron pasar, con una paciencia heroica, y, al acabar la cruel ceremonia, dijo con voz clara y firme:

—Oid, y convenceos de la verdad de mi misión celeste. Las tropas del delfin Carlos acaban de sufrir delante de Orleans una terrible derrota. Ya veis que yo no me he movido de la aldea, ni he

hablado con nadie que haya podido enterarme. Pues bien: ¡corred, informaos, y veréis si digo verdad.

Inmediatamente fué avisado de las revelaciones de Juana el gobernador, quien envió alguna tropa, mandada por uno de sus más leales capitanes, para que se informase de si era cierto lo que Juana había afirmado.

—En tanto que vuelven mis enviados—dijo el gobernador—poned en una prisión á esa mujer: vivirá bajo mi poder y en mi palacio hasta saber si son ciertas sus noticias: si me ha engañado, será conducida á París, acusada por mí de supersticiosa y hechicera, y juzgada y ejecutada sin piedad ni misericordia.

Algunos soldados rodearon á Juana y la condujeron á los calabozos del castillo.

Poco tardó en volver el capitán que mandaba la tropa enviada por el gobernador.

—Señor—dijo, cuando se vió en presencia de Beaudricourt;—esa joven es una santa; cuanto ha dicho es verdad: siete meses de sitio y una batalla ganada por los ingleses nos han hecho perder á Orleans.

—¡Ira del cielo—gritó el gobernador.—¡Y qué! ¿Veremos los franceses tremolar en los muros de Orleans, de la ciudad más hermosa de la Francia, de la más leal y esforzada, la bandera inglesa?

—Todavía no luce allí esa enseña aborrecida,

señor—contestó el capitán:—reducidos los orleaneses al último extremo, han pedido una capitulación honrosa; y ¿sabéis cuál ha sido la respuesta de ese orgulloso duque de Bedfort?

—¡Por la roja cruz de Borgoña que no lo adivino!—contestó el gobernador, que había sido uno de los partidarios más acérrimos del sin ventura *Juan sin miedo* (1).

—Pues ha contestado á la comisión encargada de parlamentar, *que no admitía más proposiciones que la de rendirse la ciudad á discreción.*

—¡Ah, infame!

—Y esta respuesta ha indignado tanto á los orleaneses, que han decidido combatir hasta rendir el último aliento.

—¡Bien!—gritó Beaudricourt con entusiasmo.

—Pero ¡ay!—continuó el mensajero dejándose caer en una banqueta de encina y oprimiéndose la cabeza con ambas manos:—¡ay, señor! ¡los sitiados carecen completamente de recursos! La Francia entera aguarda aterrada el momento de caer en poder de los ingleses! Y nuestro Delfín, el hijo de Carlos VI, no halla una aldea que le pueda servir de asilo! ¿Qué hacer?—repitió el valiente soldado:—¿qué hacer, señor?

(1) Se hablará de este personaje en la biografía de la reina de Francia Isabel de Baviera, pues mi intención al escribir esta obra, es, no solamente la de dar á conocer á todas las mujeres mas célebres, sino también á todos los personajes que las han rodeado.—*(Nota de la autora.)*

—¿Qué hacer?—exclamó el gobernador;—id á los calabozos del castillo, y traedme á Juana la pastora.

—¡Cómo, señor!—dijo el capitán asombrado;—¿pensáis que esa niña pueda servirnos de algo?

—¡Nó lo sé!... Sólo sé que la Francia va á ser perdida para nosotros y que vamos á ser esclavos de la Inglaterra, nuestra antigua vasalla! En esta situación, únicamente tenemos en nuestro poder un medio y es preciso aprovecharlo, por débil que parezca; que venga esa mujer á mi presencia.

Sire de Chateaux, que así se llamaba el capitán, y que era primo hermano del mariscal del mismo nombre, bajó en busca de Juana, á quien halló sentada, tranquila y rezando.

—Vengo á buscaros de parte del gobernador, Juana—le dijo el capitán.

—Lo esperaba—respondió la doncella—y estoy pronta á seguiros: vamos.

Cuando llegaron á la presencia de Beaudricourt, éste no aguardó á que la joven se le acercase: dejó su sitial y se lanzó hacia ella con afán.

—Juana—le dijo tomándole la mano;—Juana, os voy á enviar á socorrer al delfín Carlos VII.

—Si me hubierais enviado antes, señor, no se hubiera perdido á Orleans—repuso con calma la doncella.

—¡Lo hecho, hecho está! ¡Paciencia! Ahora, Juana, pedid lo que queráis y partiréis al punto.

—Os pediré, señor, únicamente lo que necesito. En primer lugar, una hora de tiempo para despedirme de mis padres.

—Concedida.

—Después, una armadura completa.

—La tendréis.

—Necesito además, dos caballeros para que me acompañen con mis dos hermanos.

—Es muy justo.

—Por último, una carta de vuestro puño para el Delfín, que me acredite como vuestra enviada, y un estandarte blanco.

—Voy á escribir la carta; el estandarte será de seda y se grabarán en él estas palabras: *Por Dios, por la Francia y por el Rey Carlos VII.* ¿Os parece bien?

—Sí, señor.

—En vuestro yelmo haré colocar tres plumas blancas, que realzarán maravillosamente vuestra hermosura.

—Como gustéis, señor; no me pesará que me encuentren bella —dijo Juana con una triste sonrisa, á través de la cual se traslucía un pensamiento oculto.

—Id, pues, á despediros de vuestra familia, Juana, y decid á vuestros hermanos que se preparen para acompañaros—dijo el gobernador.

Juana se inclinó en silencio y salió para dirigirse á su casa.

En su continente no se advertía la loca alegría del triunfo; su paso era grave y mesurado, y la tranquilidad de su semblante decía claramente que cumplía una misión que le había sido encomendada por el cielo.

El corazón de su madre la adivinó antes de que llegase: la buena Isabel dejó el pan que amasaba y corrió á la puerta cuando Juana ponía el pie en su umbral.

—¡Hija mía!—exclamó estrechándola contra su seno.

—Madre—dijo Juana devolviéndole el abrazo—ha llegado el momento de que os deje.

—¡Cómo! ¿te vas, hija mia?—gritó Santiago palideciendo.

—El gobernador Beaudricourt me envía á salvar á la Francia. Dios me lo había dicho asi, y Dios no puede engañarse ni engañarnos.

—¿Y cuándo partes?—preguntó Isabel con voz trémula.

—Dentro de una hora.

—¡Ah! ¿Es para eso para lo que te dí la vida con tantos dolores?...—exclamó la desdichada madre.

—Me cedéis á Dios, madre mía; yo volveré muy pronto y volveré triunfante, os lo aseguro.

Luégo añadió, vacilando ante la idea de causar á sus padres un nuevo dolor:

—¿Dónde están mis hermanos?

—Aquí— respondió el mayor adelantándose, pues ambos se hallaban sentados á pocos pasos de ella.

—Preparaos para acompañarme—les dijo;—el rey Carlos VII necesita de los tres.

Brilló la alegría en los ojos de los jóvenes, quienes, por su suerte habían nacido con instintos guerreros.

Pero Isabel se volvió á su marido anegada en llanto y exclamó entre sollozos:

—¡Solos, Santiago!... ¡solos!...

—¡Hágase la voluntad de Dios!—dijo el anciano, inclinando tristemente la cabeza.

—¡Nosotros volveremos; volveremos, padres míos!—repuso Juana, cuyo corazón se deshacía á pesar de su fortaleza.—Sí—añadió, levantando los ojos al cielo con una expresión radiante é inspirada.—¡Sí, volveremos, y yo os traeré para la puerta de vuestra humilde casa un escudo de nobleza! ¡Y mis hermanos tendrán el dictado honorífico de messires y calzarán espuelas de oro, porque serán armados caballeros!

—¿Y tú? ¿Y tú qué conseguirás para ti, hermana?—preguntaron los dos mancebos que adoraban á la joven.

—¿Para mí?—respondió Juana, acercándose á ellos y hablando muy bajo.—¡Para mí... la corona del martirio! ¡Dios me la ha enseñado y no puede faltarme!

Después, alzando la voz, añadió de modo que la oyesen sus padres.

—Para mí no faltará un noble caballero que me quiera por esposa; pero, si he de hacer mi gusto, no me casaré jamás, y volveré rica y honrada al lado de mis ancianos padres.

Los ojos de Santiago brillaron iluminados por la ambición; pero el corazón de Isabel no se dejó engañar, y la pobre mujer redobló su llanto.

—Vuestra bendición, padres míos, para mis hermanos y para mí—dijo Juana, arrodillándose á los pies de los ancianos.

Los dos jóvenes la imitaron.

La anciana abuela, Santiago é Isabel extendieron sus manos sobre aquellas tres hermosas cabezas inclinadas, y pronunciaron esa bendición que atrae todas las bendiciones de Dios sobre la cabeza de los que la han merecido.

Juana abrazó á sus padres por última vez y se lanzó á la puerta.

Pero, al ir á traspasarla, se acordó de que nada había dicho á su abuela, y la bondadosa ternura de su corazón la hizo volver atrás.

Acercóse á ella y le dijo al oído, pasando un brazo al rededor de su cuello:

—Abuela mía, dentro de un mes te enviaré un Santo Cristo de oro.

La anciana contestó sólo sellando con sus labios la frente de Juana.

Ésta dió á sus padres el último beso; pero tanto temblaba y de tal modo la ahogaban los sollozos, que sus hermanos, más fuertes que ella, hubieron de sacarla casi á la fuerza de la cabaña paterna.

Juana y sus hermanos se vistieron en el palacio del gobernador sus armaduras, y luégo entraron en el salón donde los esperaban Beaudricourt con los dos capitanes que debían acompañarlos.

Todos tres lanzaron un grito de admiración al ver á Juana.

No se puede imaginar más hermosa á la diosa de la guerra.

Su derecho y flexible talle parecía de una delgadez admirable, á través de su rica armadura de acero con escamas de oro.

Los guanteletes aumentaban la pequeñez de sus manos, y sobre su yelmo ondeaban tres largas plumas blancas.

—Ahí tenéis vuestro estandarte—le dijo el gobernador, presentándole uno de seda blanca con letras de oro que formaba el lema adoptado por la doncella:—yo os lo entrego en nombre del delfín Carlos VII.

Juana dobló la rodilla y descubrió su cabeza para recibirle.

—Joven—continuó el gobernador—poned un rey en el derruido trono de la Francia, vacío desde la muerte del infortunado esposo de la feroz Isabel.

Y luégo añadió, acercándose á ella y bajando la voz:

—Y si el Delfín ha muerto cuando lleguéis, ocupad vos ese trono viejo y carcomido, y alzadle alto y resplandeciente con vuestra virtud y vuestra belleza.

La indignación encendió la morena frente de la pastora, pero se contentó con responder:

—Señor, ungiré al rey á despecho de la Inglaterra, ó moriré en mi empresa.

Cubrióse, dichas estas palabras, con gracioso y grave continente, y saludando al gobernador, salió del salón acompañada de dos capitanes y de sus dos hermanos.

Ya en la puerta, se volvió hacia el gentío, que la veía marchar, y agitando el estandarte, gritó:

—¡Francia y Carlos VII!

Los escuderos acercaron sus caballos: montaron todos y salieron al galope.

Juana iba á la cabeza de la reducida tropa.

Al doblar un recodo del camino, se volvió y descubrió en una eminencia á sus padres y á su abuela.

Descubrióse; inclinó con respeto su blanco estandarte para saludarles y desapareció entre una nube de polvo, á través de la cual brillaban, como estrellas, los arabescos de oro de su coraza y de su yelmo.

VII.

Carlos VII, á pesar de la muerte de su padre, no era aun más que delfín de Francia.

Antes, mucho antes de morir el anciano Carlos VI, la guerra civil había destrozado la Francia é imposibilitado su coronación, porque no había ni una sola ciudad que le fuese del todo adicta para celebrar esta ceremonia.

Por otra parte, tampoco tenía reino: la desdichada Francia sentía entonces los crueles efectos del reinado de la ambiciosa Isabel de Baviera, y estaba ocupada casi toda por los ingleses.

Carlos VII se había casado á los diez y seis años con María de Anjou, hija de Luis II, rey de Nápoles, y de Yolanda de Aragón, la cual sólo contaba catorce en la época de su casamiento.

Durante el primer año de su matrimonio, los disturbios de la guerra apenas les habían permitido vivir juntos: no bien se celebraron las bodas, partió el Delfín á Tours y la delfina María, débil y tierna corderilla, quedó en poder de la hiena que llevaba por nombre Isabel de Baviera y del tigre á quien nombraban Juan de Borgoña.

La Delfina, constantemente vigilada, hallaba medio, sin embargo, para escaparse alguna vez y

correr á la cámara donde Carlos VI de Francia moría de hambre y tiritaba de frío, en tanto que su esposa y el primer vasallo de su corona se dividían los despojos de su rico y floreciente reino.

María consolaba y acariciaba al padre de su esposo, á aquel anciano que estaba loco porque era rey y que, por lo mismo, no tenía familia ni amigos.

Pero ya volveremos á hallar á María de Anjou en esta *Galería*, y por lo tanto, os hablaré de ella en la ocasión presente con la mayor brevedad posible.

Cuando la reina Isabel y el duque de Borgoña, verdugos de la Francia y del rey, dieron á las naciones el irrisorio espectáculo de una paz mentida con los ingleses, eligieron al duque de Bretaña para que fuese á presentar el tratado al delfín Carlos, que, como ya he dicho, se hallaba en la ciudad de Tours; y como viesen que el duque, soldado viejo y rudo, cumplía de mala gana aquella comisión, le propusieron que se llevase á María para inclinar el ánimo del Delfín á firmar aquel simulacro de paz.

El viejo duque cedió, no porque no le repugnase en gran manera llevar el tratado, sino porque se dijo á sí mismo que, al menos, libertaría á la pobre niña de la opresión en que vivía.

Cuando la Delfina llegó á Tours, su esposo la recibió con alegría; pero se negó absolutamente á firmar el tratado y hasta á volver á París, añadien-

do que se quedaba con su esposa, de quien no volvería á separarse.

Eran dos niños que se pasaban los días jugando entre el estruendo de la guerra.

María era una criatura maravillosa: «unía—dicen los biógrafos—á la más rara hermosura, el más claro talento y el juicio más sólido y perfecto.» Era espléndida en todo, benéfica, risueña y amable.

Su esposo era su verdadera antítesis; falso y desconfiado, era tan inconstante como cruel: y aquel príncipe, que no poseía virtud alguna, no era capaz tampoco de apreciar las de su esposa.

Dos meses después de tenerla á su lado, le rogó que se volviese á París; pero María, con una prudencia muy superior á su tierna edad, le hizo ver los inconvenientes de tal medida y le suplicó con entereza que, ya que no por amor, al menos por decoro la dejase á su lado.

El Delfín, á pesar de su carácter poco noble, se sonrojó ante el digno razonamiento de su esposa y consintió en que permaneciese con él; pero pronto le dió á probar los más amargos sinsabores, galanteando, no sólo á todas las damas de la nobleza, sino también á todas las villanas de alguna hermosura.

María no se quejó: antes bien aparentó ignorarlo todo: pasaba el tiempo socorriendo á los menesterosos ú ocupándose en las labores de su sexo, á que era en extremo aficionada.

Cuatro años después de su casamiento, dió á luz

á su primer hijo, que fué el avaro, cruel y sanguinario Luis XI, y sólo Dios puede explicar cómo en el seno de tan santa y dulce madre halló vida semejante monstruo de hipocresía.

Durante diez años, siguió María la vida aventurera de su esposo; en Bourges, y á principios del año de 1422, dió á luz á su primogénito y luégo tuvo once hijos más, de los cuales algunos fueron presa de la saña de su hermano mayor, y otros ocuparon los tronos de diversas naciones.

Cuando Juana d'Arc salió para ir á auxiliar al Delfín, hallábase éste con la Delfina, sus hijos y su corte en Chinón.

Tenía entonces Carlos VII unos veinte y seis años, veinte y cuatro su esposa y seis el príncipe Luis, su hijo mayor.

Juana atravesó con su pequeña comitiva un espacio de ciento cincuenta leguas: *durante tan largo viaje*--dice un historiador—*asistía siempre que le era posible á oir misa, distribuyendo además muchas limosnas.*

Juana entró en Chinón por la tarde y al tiempo mismo que el Delfín sostenía con su esposa una acalorada disputa.

Carlos VII, cansado ya de luchar contra el destino, había decidido retirarse al Delfinado, única parte de la Francia que se le conservaba adicta, y así lo participó á su esposa, añadiendo que se ocupase de los preparativos del viaje.

El carmín de la vergüenza vistió el hermoso rostro de María al oir aquella orden vergonzosa.

—¡Y qué, señor!—exclamó—¿abandonaréis así á los ingleses el trono de vuestro padre, que es la herencia de vuestros hijos? ¿Y pensáis acaso que estaréis por mucho tiempo seguro en el Delfinado?

—Pero ¿qué queréis que haga, señora?—repuso el rey con acritud.

—¿Qué? ¡Combatir mientras tengáis un solo soldado! ¡No comprendo, señor, un rey sin trono y sin corona! A los demás mortales les queda, sean cualesquiera sus desgracias, el título de hombres; el rey destronado es un sér que no pertenece á ninguna raza humana, y que es mirado con razón como un miserable paria.

Carlos iba á contestar con mucha amargura sin duda, cuando un heraldo pidió su venia para introducir á un mensajero del gobernador del Vaucouleurs; y más bien para librarse de las justas objeciones de la Delfina que, por otra causa, mandó que compareciese ante él.

El mensajero, que era uno de los caballeros que acompañaban á Juana, presentó al Delfín la carta de Beaudricourt, en la cual le decía que le enviaba á aquella mujer extraordinaria, por si, como ella aseguraba, podía socorrerle.

Carlos despidió al mensajero diciéndole que ya daría su respuesta, y quedó pensativo.

—¿Por qué dudáis, señor?—le dijo la Delfina;—recibid á esa joven.

—¡Bah, señora! ¡Estáis loca! —repuso con desdén el Delfín;—¿pensáis acaso?...

—Pienso, señor, que estamos perdidos—respondió María, moviendo su hermosa cabeza—y que no debéis desechar ningún recurso, por débil que os parezca; y pienso, además, que, al menos para recompensar el celo del leal Beaudricourt, debéis recibir á esa mujer.

Carlos no hizo caso, según su costumbre, del dictamen de su esposa; convocó su consejo, y fué tal su irresolución, á pesar de ser la opinión general que debía ser recibida la joven guerrera, que le tuvo reunido dos días con sus noches, sin dar respuesta alguna.

Decidióse, por fin, á admitirla á su presencia y al momento se pasó aviso á Juana, quien respondió que seguía los pasos del enviado del Delfín.

VIII.

La curiosidad fué lo que movió principalmente, tanto á Carlos como á los consejeros, á que Juana fuese recibida.

—Monseñor—dijo uno de ellos al Delfín:—si me atreviese daría un consejo á V. A.

—Habla—contestó el Delfín.

—¿No parece á V. A. un excelente medio de probar el dón de adivinar de esa joven el quitarse V. A. su traje y sus insignias y ponerse otro más modesto?

—Sí, por cierto—contestó Carlos;—y lo voy á hacer.

Y esto diciendo entró en su cámara, en la cual trocó su traje de terciopelo celeste, guarnecido de martas, por una túnica de terciopelo rojo y una cadena de oro, que era el traje de sus consejeros.

Apenas acababa de salir y de confundirse entre los cortesanos, apareció Juana.

Las fatigas del viaje habían vestido el semblante de la pastora de una suave palidez y hacían parecer de un negro más hermoso sus grandes ojos y los espesos rizos de su soberbia cabellera.

Quedóse á la puerta del salón su pequeña comitiva, y Juana se adelantó sola con marcial y gracioso continente, yendo á arrodillarse sin titubear á los pies de Carlos VII.

—Mirad, niña, que os equivocáis—le dijo un anciano consejero, para hacer aún más eficaz la prueba á que querían sujetarla—ese no es el Delfín.

Juana nada contestó, é hizo como si no hubiera oído esta observación; elevó sus rasgados ojos hasta el semblante de Carlos VII y le dijo con voz clara y dulce estas palabras, que nos ha trasmitido la historia.

—Monseñor, yo soy Juana d'Arc, y el Rey del cielo me envía en vuestro socorro.

—¿Dónde me has visto?—preguntó Carlos, que devoraba con los ojos las perfecciones de la bella guerrera, y conociendo que era ya inútil el disimulo.

—En ninguna parte, monseñor—contestó la doncella;—es decir, añadió como ratificando sus palabras, no os he visto en ninguna parte de la tierra.

—¿En dónde, pues?

—Sólo en mis sueños.

—¿Tal como soy?

—No, monseñor—respondió Juana con una nobleza y sinceridad que llenaron de pasmo á los circunstantes. No, prosiguió; vi en sueños la bella figura de V. A. con sus ojos azules y su cabellera rubia; pero la vi mejor de lo que es.

—¿Qué dices?

—Digo que el Delfín, que yo vi en mis sueños, tenía más noble la frente y más valerosa la mirada, y que temo que el Delfín que ahora veo se desanime con los obtáculos, ó mejor dicho, que esté desanimado ya; pero, no obstante, si os dignáis darme gente de guerra, por la gracia divina y á fuerza de armas, yo haré levantar el sitio de Orleans, y os conduciré á Reims para ungiros á pesar de todos vuestros enemigos.

La alegría centelleó en los ojos de Carlos VII:

para aquel príncipe débil, supersticioso é indolente, cualquier socorro era un acontecimiento feliz: no obstante, disimuló su regocijo bajo un aspecto glacial, y dijo á Juana con acritud:

—Joven, ante todo, habrás de someterte á ser examinada por cuatro prelados, pues los príncipes y valerosos capitanes, que me son adictos, no querrán seguir ni obedecer á una villana como tú, sí, como pretendes, no te asiste algún dón sobrenatural.

—Haré cuanto sea del agrado de V. A., monseñor—respodió la doncella con humildad.—En cuanto á lo que he dicho á V. A., lo he hecho por orden del Rey del cielo, cuya voluntad es que los ingleses se retiren á su país y os dejen pacíficamente en vuestro reino, como su verdadero, único y legítimo heredero que sois.

—¿Y nada más tienes que decirme?

—Una sola cosa, monseñor.

—Habla.

—Aun os tengo que decir que, si ofrecéis á Dios el reino que vais á recobrar, lo conservaréis mucho más grande y floreciente que todos vuestros predecesores.

—¡Basta!—dijo ásperamente el Delfín, que había consentido en que la doncella estuviese hablándole de rodillas.—¡Basta! ¡Levántate y vete!

Y, volviéndose al concurso, añadió:

—¡Para dentro de dos horas, un concilio de cua-

tro prelados y cuatro doctores que examinen si esa villana es efectivamente una enviada del cielo!

Dicho esto, se volvió á su cámara.

Juana iba á salir también del salón, pero se la mandó detener con guardias de vista.

Dos horas después se reunió el concilio en el mismo salón donde se hallaba Juana. La delfina María obtuvo permiso para asistir á él, y después de siete horas de un interrogatorio tan vergonzoso para la pobre Juana como doloroso para la Delfina, aquélla fué declarada dotada de una instrucción muy superior á su estado y nacimiento, y sobre todo, iluminada por la inspiración divina.

IX.

No acabaron aún con el Concilio las dudas de los cortesanos del Delfín ni los padecimientos de Juana.

El Parlamento de Poitiers persuadió al débil Carlos VII de que debía enviarse á la doncella para examinarla á su vez, y el Delfín la mandó partir sin detención alguna para aquella ciudad.

Obedeció Juana y salió de Chinón acompañada de sus dos hermanos que, menos fuertes que ella, montaban en cólera á cada una de esas humillaciones.

Pero la joven los consolaba y, cuando los veía calmados, les rogaba que tuviesen paciencia por su amor.

Reunióse el Parlamento para recibirla, y el Presidente le ordenó con voz grave que se acercase al estrado que ocupaba.

—Joven—le dijo—te hemos llamado conociendo que has conseguido alucinar al Delfín con tu astucia, y te mandamos que des algún valor á tus revelaciones haciendo algún milagro.

—Señor—respondió Juana—yo no soy una santa; soy, por lo contrario, una criatura pecadora, y por lo tanto, no tengo el poder de hacer milagros; disponed que me conduzcan á Orleans y allí daré señales indudables de mi misión.

—Pero niña, ¿ignoráis que Dios puede salvar á la Francia sin emplear el ejército?—dijo el Presidente.

—No, señor—contestó la doncella, alzando al cielo sus aterciopelados ojos;—no, señor. Sé que Dios es todopoderoso y que para nada necesita de los débiles mortales; mas, sin embargo, *las gentes de armas combatirán en mi Dios, y el Señor dará la victoria.*

Al pronunciar Juana estas palabras de la Escritura, un rayo de luz divina brotó de sus ojos y una sonrisa celestial entreabrió sus labios.

El Parlamento se levantó en masa, y, sin dudas ya, el Presidente escribió al Delfín que viniese sin

tardanza á Poitiers para despachar á la pastora, pues era cierto que estaba encargada de una misión divina.

Tal creencia no era extraña en aquellos tiempos supersticiosos y casi bárbaros. Juana misma, y como ella cuantos la rodeaban, tomaban la luz de su fe por revelaciones del cielo, y fué inmenso el entusiasmo que despertó cuando se convencieron de que efectivamente estaba iluminada por Dios.

Llegó el Delfín á toda prisa, acompañado de los caballeros que aun le eran adictos, é inmediatamente mandó que se preparase la comitiva que debía acompañar á Juana.

Cuando todo estuvo dispuesto, el Delfín mismo presentó á la doncella una rica espada:

—Tomad, Juana—le dijo;—¡ojalá que Dios la bendiga para que podáis contribuir con ella á la salvación de la Francia!

—Monseñor—respondió la doncella—acepto la espada que me ofrece el rey de Francia, pero no puedo combatir con ella; para este uso mandadme traer otra que está en un sepulcro situado detrás del altar mayor de Santa Catalina de Fierbois.

Carlos dejó escapar un grito de asombro. Santa Catalina es un pueblecito inmediato á Tours, y nadie mas que él sabía que detrás del altar mayor de la iglesia estaba enterrado un caballero, leal servidor de su padre, y mandado asesinar por el duro y feroz Juan de Borgoña.

El señor de Lore marchó en seguida á traer la espada del difunto messire Enguerrand de Troilles: acompañábale un capellán, y pronto volvieron ambos con el sagrado depósito.

La espada tenía grabadas en la hoja una cruz y tres flores de lis: el puño estaba cuajado de pedrería.

Carlos VII ciño la espada por su mano á la doncella, que partió al instante para Blois, acompañada de los señores de Retz y de Lore, de muchos escuderos y pajes para su servicio, y de algunas tropas disponibles que guarnecían á Poitiers.

Sus hermanos no se separaban de ella.

El castillo real de Blois se abrió para acoger bajo sus muros á la hermosa pastora y á toda su comitiva, y se pregonó á són de trompetas que era la enviada de Carlos VII, y que todos los habitantes de la ciudad debían rendirle auxilio y vasallaje para llevar á cabo su heroica empresa.

No bien se hubo instalado Juana en el castillo, envió un heraldo al rey de Inglaterra con una carta dictada por ella misma y en la cual le intimaba, *en nombre del Rey del cielo*, que levantase el sitio de Orleans y que devolviese al Delfín Carlos las ciudades que había tomado, ofreciéndole la paz bajo estas condiciones.

Pero en vano se esperó al heraldo con la respuesta: el rey de Inglaterra y su tío, el duque de Bedfort, se rieron del mensaje, mandaron prender

al mensajero y, cargándole de cadenas, le hicieron sepultar en una prisión.

X.

Era una fría y nebulosa mañana de otoño.

Juana, vestida con una bata de terciopelo liso, se hallaba en su cámara hablando con su hermano Nicolás, que llevaba su traje de soldado y miraba á la doncella con tristeza.

—Puesto que te empeñas en saber mi secreto, Nicolás—dijo Juana con acento conmovido y melancólico—te lo revelaré; mi corazón se aliviará quizá del peso que le oprime cuando le haya depositado en el tuyo.

—Habla—contestó Nicolás—y cree que para que tu secreto salga de mi corazón, tendrían que abrírmelo primero.

—¡Pues bien, hermano mío—repuso Juana, bajando la voz y los ojos;—¡yo amaba al Delfín!

—¡Qué dices!—exclamó con terror el soldado;—¡amar tú al Delfín!... ¿No sabes que es tu soberano, y además que es el esposo de otra?

—Lo sé—contestó Juana;—pero repara en que he dicho que le amaba, y ahora debo añadir que ya no le amo.

—Pero...

—¡Yo vi un retrato de Carlos VII!—prosiguió Juana como hablando consigo misma;—una viajera que cruzó por el bosque un día que estaba yo guardando mis cabras, le dejó caer: ¡mira!

Y Juana, al decir estas palabras, sacó de su pecho un medallón guarnecido de perlas y diamantes.

Representaba al Delfín; pero no al Delfín que había visto Juana, con sus ojos apagados por las orgías, con su ya arrugada frente y con su sonrisa helada y cruel, no: el rico medallón encerraba una figura encantadora: un semblante varonil y expresivo, iluminado por dos grandes y abrillantados ojos azules, y por una sonrisa franca y expresiva á la par.

En suma, había retratado al príncipe un pintor que le había visto cuando era hermoso, y le había retratado además para una de sus mancebas.

En nada se parecía aquel delicioso busto, vestido de terciopelo negro, que hacía un delicioso contraste con los gruesos bucles de su hermosa cabellera, al enfermizo, débil y prosaico esposo de la bella, de la dulce y virtuosa María de Anjou.

—¡La viajera era hermosa, muy hermosa!—prosiguió Juana;—montaba un blanco palafrén, quizá para gozar de aquel risueño día, y detrás la seguían algunos criados conduciendo una litera; cuando, después de haber pasado la comitiva, vi brillar sobre la hierba este medallón, corrí en vano para al-

canzar á la bella dama y poder devolvérselo; ya no los distinguía más que como unos puntos lejanos que se perdían en el horizonte, y me resolví á guardarle.

—¿Y cómo no nos dijiste nada en casa?—preguntó el soldado severamente;—tú tan ingenua, tan sincera, tan inocente, ¿por qué callaste á nuestros padres ese extraño hallazgo?

—¿Lo sé yo acaso, hermano?—repuso Juana con tristeza.—Dios, que dispone del destino de todas sus criaturas, dispuso que el mío me impeliese á amar á mi soberano; pero su diestra ha sostenido mi razón y me ha hecho conocer quién es el hombre á quien, sin conocerle, había consagrado todos los latidos de mi corazón.

—Durante siete meses—prosiguió Juana—he estado mirando este retrato á todas horas; y cuando oía contar las desgracias de este príncipe, cuando me decían que iba perdiendo palmo á palmo el reino de su padre, que todos le abandonaban, que las ciudades se cerraban á su paso, mi corazón se destrozada y ardía en sed de conquistarle otra vez ese reino que Dios le ha dado, y esa corona que aun no han ceñido sus sienes.

—¡Oh!—exclamó Nicolás, cuyos grandes ojos pardos despidieron una lágrima que hacía algunos minutos temblaba en sus pestañas y que fué á perderse en la rizada espesura de su negra barba.—¡Oh, hermana! Tus éxtasis, tus visiones, que hasta

nuestros viejos padres creían avisos del cielo, no eran más que las culpables exaltaciones de tu amor.

—Quizá tengas razón, Nicolás—repuso la doncella, dejando caer los brazos con un abatimiento tan doloroso, que su hermano olvidó la severidad para dar lugar á la compasión.—Sí—continuó Juana:—en un principio fué sólo el amor lo que exaltó mi fantasía; luégo empecé á odiar á los ingleses, como á usurpadores y enemigos de mi patria; y ahora, que mi amor ha muerto, queda vivo é inextinguible mi deseo de salvar á la Francia.

—¿Me dices la verdad, Juana?—exclamó el soldado, tomando las manos de la joven, que estrechó con fuerza entre las suyas.—¿Ha muerto ya ese funesto amor en tu corazón? ¡Ah! ¡Dime que sí! Porque amar á los reyes es una ofensa mortal que se les hace, á no ser que el hombre á quien llaman rey tenga el corazón más noble y más grande que su corona misma.

—Te digo la verdad, hermano; mi amor no existe ya, ó si existe, es solamente como el recuerdo hermoso de un sueño lejano: guarda ese medallón—continuó la joven;—ya no le necesito: el delfín Carlos ha muerto para mí, y yo no puedo amar al rey Carlos VII.

—Gracias, hermana—dijo el soldado, sin ver dos gruesas lágrimas que se deslizaban por las mejillas de Juana y que ella se apresuró á enjugar.

Hablemos de la guerra—repuso la doncella des-

pués de seguir con ávida mirada los movimientos de su hermano, que guardó el medallón bajo su cota de malla;—hablemos de la guerra, Nicolás, que es lo que más debe interesarnos: ¿cuándo estará pronto ese gran convoy que sale para Orleans y que debe llevar víveres á los pobres sitiados?

—Dentro de dos días—respondió Nicolás.

—Bien está, nosotros le escoltaremos.

—¿Nosotros?

—Sí: ¿no tenemos ya un ejército de diez mil hombres que nos es adicto?

—Es verdad: esas son las fuerzas que se nos han reunido en el corto término de algunos días.

—¡Dios proteja á la Francia! ¿No ves además cómo todos los sacerdotes de la ciudad se han agrupado en torno nuestro? Corre—prosiguió Juana, levantándose y tomando las manos del soldado;—corre, Nicolás; di que para dentro de dos días estén preparados todos esos ministros del Señor; formarán un batallón sagrado; llevarán al frente una bandera que ostente el signo de nuestra redención, y partiremos á Orleans.

XI.

Eran las diez de la mañana, y un hermoso y radiante sol iluminaba las calles de Orleans, y á sus

habitantes, todos vestidos de fiesta á pesar del hambre y los padecimientos que revelaban sus semblantes.

La gente discurría agitándose por todos los ángulos de la ciudad.

—¡Ah, pícaros ingleses!—decía en una de las más populosas calles un anciano de cabellos blancos, rodeado de un grupo de mercaderes.—¡Ah, malditos! ¡Ahora veréis si no admitís más condiciones que la de rendirnos á discreción!

—¡Cuando pienso—añadió otro—que hemos pasado por la vergüenza de pedirles una capitulación honrosa y que no han querido aceptarla!...

—¡Oh! ¡Pero ahora viene Juana, ese ángel del cielo á quien bien podemos decir que se debe únicamente la salvación de la Francia!

—¿Queréis creer una cosa?—añadió un tercero, cuya espantosa palidez casi asustaba.

—¿Qué?

—Que tengo mucha hambre; que mi mujer y mis hijos la tienen también; pero que más deseo ver á la doncella que al convoy que conduce.

—Y yo.

—Y yo.

—Y yo también.

—¡Callad!—exclamó el anciano.—¿No oís ruído hacia la plaza mayor?

—¡Sí, sí! ¡Y gritos! El pueblo se agita.

—¡Se oyen trompas!

—¡Y relinchos de caballos!

—¡Corramos! ¡La doncella debe estar entrando en la ciudad!

El grupo de mercaderes echó á correr hacia la plaza mayor, adonde le seguiremos nosotros para presenciar la triunfal entrada de Juana.

Cuando los mercaderes llegaron, aun no se veía en la plaza más que el pueblo que corría alborozado, tirando al aire sus sombreros y vitoreando á la *doncella de Orleans*—así llamaban á Juana para darle esta tierna y expresiva muestra de su cariño.

Poco tardaron en distinguirse las banderas del ejército real y al instante empezó á verse la comitiva.

Marchaba delante el batallón sagrado, revestido con sus hábitos negros: uno de las sacerdotes, colocado á la cabeza, llevaba una bandera, en la cual campeaba la imágen de Jesús crucificado.

Los ministros del Señor entonaban un cántico de alabanzas, que el pueblo repetía entre lágrimas y gritos de entusiasmo.

Seguía luégo Juana: vestía una rica armadura y agitaba en el aire su blanco oriflama con el glorioso lema: *¡Por Dios! ¡Por la Francia! ¡Por Carlos VII!*

Juana montaba un hermoso caballo blanco; su semblante retrataba el mayor entusiasmo, y sus ojos estaban bañados de lágrimas.

A su lado marchaban sus dos hermanos, escolta

sagrada y natural que nadie había intentado quitarle.

Los dos jóvenes vestían las armaduras de hierro de simples soldados y montaban fuertes caballos de batalla.

Detrás de Juana y de sus hermanos Nicolás y Gaspar, iban el magnánimo conde Dunois y muchos nobles señores y prelados de Francia, que componían la ya numerosa y brillante corte de la doncella: todos montaban soberbios caballos é iban rodeados de una nube de pajes y escuderos.

Seguían luégo los carros del convoy, que eran diez, cargados de pan y víveres para la desgraciada y heroica ciudad, y de armas para su defensa, pues la extraordinaria prudencia de Juana hacía de ella el más aventajado y humano general.

El convoy iba custodiado por gran número de soldados, que llevaban al frente la bandera de Francia con las tres lises de oro, como significando que aquel socorro sólo al Delfín se debía.

Sin embargo, el indolente y cruel hijo de Carlos VI nada sabía de aquello, ni pensaba siquiera en su buena y fiel ciudad de Orleans.

Un ejército de diez mil hombres cerraba la marcha.

—¡Viva Juana! ¡Viva la doncella!—gritó el pueblo con frenesí.

—¡Viva Carlos VII!—gritó la heroína, desenvainando la espada y haciéndola centellear en el aire.

—¡Viva!—contestó el pueblo, que tenía necesidad de aclamar á alguno.

—¿Consentís, señora, en alojaros en mi casa?—preguntó á Juana el tesorero del duque de Orleans, que formaba parte de su comitiva.

—Sí, señor—respondió la doncella, á condición de que vuestra señoría ha de concederme dos cosas.

—Mandad.

—Es la una, que me tratéis con toda llaneza, porque no soy más que una pobre pastora: y la otra, que mis hermanos ocupen una habitación próxima á la mía.

El tesorero se inclinó y dió órden de guiar hacia su casa.

Juana no quiso apearse sin ir antes á la iglesia para hacer oración.

Cuando volvió á su alojamiento, seguida de su corte, de los jefes del éjercito y del pueblo, se volvió hacia el conde de Dunois, que acudió á su mirada:

—¡Ese mensaje, por Dios, señor conde!—exclamó.—¡Envíelo mañana vuestra señoría, porque Orleans es ahora la puerta de la Francia, cuyas llaves tenemos!

—Al alba partirá—contestó el conde, inclinándose profundamente.

XII.

Al día siguiente de la entrada de Juana en Orleans, salió el mensajero de que había hablado al conde de Dunois.

Iba al campo inglés de parte de la doncella y pedía la libertad del heraldo que había enviado poco antes y que habían hecho prisionero.

Además de esta comisión, llevaba una carta del conde de Dunois para el duque de Bedfort, en la cual le decía que, en caso de negativa á la anterior demanda, haría morir á los oficiales ingleses que tenía en su poder, y que le habían enviado para tratar con él acerca del canje de prisioneros.

Algunos días después, volvió el mensajero acompañado, en efecto, del heraldo, pero éste era portador de una carta para Juana, que contenía las más groseras injurias.

La generosa doncella guardó esta carta sin dar parte á nadie de su contenido; pero sus hermanos, al verla afligida, la instaron tanto, que le arrancaron el secreto y aun la carta, que llevaron al instante á Dunois.

Indignado éste, resolvió atacar á los ingleses al siguiente día; Juana, siempre dulce y benigna, subió á una eminencia y envió una carta al duque

de Bedfort en la punta de una flecha, cuya carta empezaba con estas palabras:

—«Yo os remitiría mis cartas con más cortesanía á no ser por el temor de que detuvieseis y maltrataseis á mis heraldos.»

La contestación á esta carta fué tal cúmulo de injurias y amenazas, que Juana bajó anegada en lágrimas y ya no se opuso al ataque, que estaba organizándose con la mayor actividad y que tuvo lugar á la mañana siguiente.

Juana combatió en él como el más valeroso de los soldados, é igualmente en los tres que se siguieron en los cuatro primeros días del mes de Mayo y que hicieron dueña á la Francia de tres fuertes de los ingleses.

Unicamente quedaba entonces por aquel lado un fuerte y un baluarte en poder del enemigo.

Sin embargo, numerosos soldados defendían un puente de mucha importancia, porque aquel fuerte, llamado de las Torrecillas, estaba á la entrada de él.

Juana pasó la noche del 5 de Mayo al frente de sus tropas, y al amanecer hizo arrimar las escalas para el asalto.

Siete horas duraba el ataque tan encarnizado por una parte como por otra

De súbito se oyó un grito penetrante: la heroina acababa de caer herida en la garganta por una flecha.

A pesar de todo su valor, era mujer y no pudo dominar la primera impresión del sufrimiento físico.

Juana fué conducida por sus hermanos á su tienda y empezó la cura.

Casi todos los jefes de su partido rodeaban su lecho de campaña; tanto era el interés que su vida inspiraba.

—¿Es peligrosa la herida? preguntó el conde de de Dunois á uno de los médicos que se ocupaban en curar á Juana.

—Mucho, señor conde—contestó el interpelado—es casi mortal; la flecha ha penetrado profundamente, y hasta que no se extraiga no podemos dar ninguna esperanza.

En aquel momento otro grito agudo y doloroso se escapó de la boca de Juana que, lívida y con los ojos cerrados, parecía próxima á dar el último suspiro.

Pero á este grito desgarrador siguió otro de inmenso júbilo, lanzado por veinte bocas á la vez.

El médico que operaba tenía en la mano la flecha, extraída ya de la gargargante de la joven.

El médico vendó la herida; pero aun no había acabado de asegurar las ligaduras, cuando se oyó en el campo y casi á la puerta de latienda un gran estruendo y muchas voces que gritaban con enojo.

—¡Cobardes!—exclamó una más fuerte que las otras y que todos reconocieron por la de uno

de los capitanes.—¡Cobardes! ¡Se retiran!... ¡Huyen!... ¡El que pase junto á mí le atravieso con mi espada!... ¡Infames!... ¡Así miráis por el honor de la Francia!

—¿Qué es eso?...—murmuró Juana sentándose despavorida en el lecho—¡qué oigo!... ¿Que huyen?... ¿Que se retiran?... ¡Dejadme salir!...

Al pronunciar estas palabras, saltó del lecho al suelo y ajustó las hebillas de su coraza, que aun no se había quitado.

—Hermana, es imposible que salgas así,— dijo Nicolás con autoridad—estás muy débil... tu herida es muy grave...

—¡Calla y sígueme...! exclamó Juana, en cuyos negros y rasgados ojos ardía el entusiasmo.

Y tomando de un rincón de la tienda su blanco estandarte, añadió:

—¡Al combate, señores! ¡La Francia nos llama!

Lanzándose, dicho esto, fuera de la tienda, y todos la siguieron con las espadas desnudas.

Juana montó á caballo y llegó á galope al pie del fuerte.

Silbaban en sus oídos las balas y las flechas; cien espadas se asestaban contra su pecho, pero la suya le abría paso y, cuando no bastaba, las de los caballeros que la seguían venían en su ayuda.

Llegó por fin al pie de las Torrecillas y clavó allí su estandandarte con mano segura.

Un inmenso clamoreo de júbilo contestó á este

heroico arrojo, las tropas francesas sintieron reanimado su entusiasmo y se arrojaron sobre el enemigo, que, hora y media después de haber acudido Juana, desalojó el puente y el fuerte de las Torrecillas.

Juana pasó el puente seguida de una parte de su ejército al són de las campanas de Orleans y entre el ruido de universales y entusiastas aclamaciones; al amanecer del siguiente día, se adelantó el campamento francés con sus tiendas y sus víveres, dejando en pos todo el terreno conquistado.

Desde aquel día memorable, Carlos VII fué verdaderamente rey de Francia: la herida que Juana recibió en la garganta fué la puerta por donde los ingleses abandonaron el reino de San Luis.

XIII.

Tres días después, el Delfín tenía reunido su Consejo en Chinón y ocupaba un magnífico sillón dorado bajo un dosel de terciopelo, en el cual estaban bordadas las lises de Francia.

Engreído ya con las victorias, que habían ganado el heroismo y la prudencia de Juana, su fisonomía había tomado una expresión dominante y cruel.

Cobarde por naturaleza, no había abandonado

un solo día la capital del Delfinado, ni sabía de las proezas de su ejército más que aquello que los emisarios de Juana iban á comunicarle de parte de la doncella.

En vano la noble María de Anjou le había aconsejado que se disfrazase y pasase acompañado de algunos señores que le eran adictos al campo francés para enterarse por sí mismo del estado de los negocios. Carlos le contestaba siempre que le dejase en paz, pues que ya sabía demasiado lo que le convenía hacer.

María calló, en efecto; no ignoraba que su esposo sostenía entonces relaciones amorosas con la marquesa de Penthievre, á quien había regalado un hermoso castillo propio de la corona de Francia y situado en las cercanías de Chinón.

La marquesa no era hermosa ni aun linda; Carlos no cedía, al amarla, á una de esas misteriosas simpatías del alma que es en vano tratar de dominar; sin embargo, era tan fuerte el lazo que los unía que, excepto los amores de Inés Sorel, ningún otro embargó durante tanto tiempo al voluble Carlos VII; pero aquel vergonzoso lazo, que ni tenía por base las bellas cualidades del alma, ni estaba excusado por la fuerza de una gran pasión, era casi despreciado por la Delfina, cuya alma era tan noble y esforzada como baja y ruin la de su marido.

El Delfín estaba, como ya he dicho, sentado en

un sillón; llevaba una túnica de seda carmesí con arabescos de oro, y una de aquellas hermosas tocas de terciopelo, coronada de una pluma, que daban un continente casi real á la frente que las ceñía.

Carlos había heredado la rica cabellera de color castaño de su padre, que caía en copiosos y elásticos bucles sobre sus hombros, la hermosa frente y la bellísima boca de su madre Isabel; y todas estas ventajas, eclipsadas por lo regular por el cansancio de las orgías y por la furia de sus contrariadas pasiones, lucían aquel día animadas por los destellos de la ambición y por la alegría que le causaban los triunfos de su ejército.

Era el Delfín tan superficial, que se había llevado á la Asamblea un gerifalte de los que usaba para la caza; y en tanto que mecía con impaciencia sus pequeños pies, verdaderamente regios por su estructura, hacía volar al pájaro por encima de su cabeza y le aparaba en el puño, desde el cual volvía á soltarle el vuelo.

—¡Por San Carlos, que yo me voy cansando de esperar!—dijo un anciano consejero á su vecino en voz baja, pero que revelaba un profundo enojo.

—Y yo también—repuso aquél en el mismo diapasón.

—¡Este rey niño me acaba la paciencia!—añadió el anciano, echando sobre el Delfín una mirada desdeñosa.

—Messire de Luynes—dijo el Príncipe en aquel

momento, volviéndose á su izquierda y sin dejar de jugar con el gerifalte.

—Señor—contestó el consejero, poniéndose en pie con respeto.

—¿Sabéis lo que estoy pensando?

—No puedo adivinar, si V. A. no se digna...

—Sois un torpe, messire—interrumpió Carlos;—nada adiviná is. Estaba pensando en que de poco le sirvió á mi padre el haberme quitado la corona de Francia por el tratado de Troyes.

El Delfín acabó la frase con una carcajada que heló la sangre en las venas de todos los presentes.

Aquel modo de hablar de un padre demente, pero noble, generoso y desgraciado, hizo erizar los cabellos á los que les latía el corazón en el pecho, y guardar silencio aun á los más desalmados.

—Digo que de poco le sirvió—continuó el Delfín—porque ahora esa villana me la está conquistando.

Y echó á volar el gerifalte.

—Señor—dijo el anciano consejero, que poco antes se impacientaba;—es verdad que es una villana esa joven; pero creo que bien merece ya un título de nobleza.

—¡Toma! ¡toma! ¿Me ha coronado ya, como prometió?—preguntó Carlos, echando sobre el anciano una oblicua mirada.

—Señor, aun no lo ha hecho—dijo éste;—pero su valor...

—¡Su valor será sin duda lo que le dé atrevimiento para hacerme esperar!—exclamó el Delfín, cuyas mejillas se tiñeron del carmín del enojo;—y os aseguro, messire—añadió—que si tarda un cuarto de hora más no la recibo.

Por dicha se oyó en aquel instante el rumor de varios caballos que se detenían á la puerta del palacio, y un momento depués anunció un paje, levantando la cortina de terciopelo flordelisado de oro:

—¡Juana d'Arc!

Apartóse luégo, y sostuvo la cortina para que pasase la doncella con su acompañamiento.

Juana dobló la rodilla ante Carlos VII, y los caballeros que la seguían se quedaron algo detrás.

Quitóse el casco y, con la cabeza inclinada, esperó á que el Delfín le hablase, según el ceremonial de la corte de Francia.

El príncipe contempló con admiración á aquella hermosa criatura postrada á sus plantas.

Los hermosos cabellos negros de Juana, cayendo en largos rizos, sombreaban sus mejillas, y se extendían como una cascada de ébano por su espalda.

Bajo su noble frente, cortada por dos suaves arcos de negra seda, brillaban dos ojos negros y rasgados, incomparables por su belleza y su elocuente dulzura; sus anchos párpados, guarnecidos por la franja sedosa y negra de sus pestañas, velaban el

fuego de sus mirada y daban á su fisonomía una sublime expresión.

Su boca, de acarminados labios; su nariz perfecta, el puro dibujo de sus mejillas, pálidas aun por efecto de su herida, y su flexible y esbelta talla, hacian de Juana un conjunto tan seductor, que todos la miraban con asombro.

—¿Qué quieres?—preguntó tras una breve pausa el Delfín, con una voz en que, quizá por la primera vez de su vida, se pintaba alguna emoción.

Juana levantó hacia el príncipe su dulce mirada; pero al ver aquel semblante ligeramente rosado, aquellos brillantes ojos y aquella frente sobre la cual se mecía una pluma blanca, lanzó un grito y llevó la mano al corazón.

—¿Qué eso? ¿qué tienes?—preguntó el Delfín.

Pero Juana no respondió á ninguna de estas preguntas.

—¡Es él!... ¡es él!...—repitió mirando al Delfín con desencajados ojos; y por un movimiento rápido llevó la mano á su pecho para buscar el medallón que contenía el retrato de Carlos, y que no se acordaba ya de haber entregado á su hermano.

Durante un momento permaneció con la cabeza doblada sobre el pecho; luégo volvió á levantarla, y murmuró:

—¡Olvidemos!... ¡sí, olvidemos ese sueño culpable!...

Después alzó la mirada y añadió en alta voz:

—Vengo, señor, á rogar á V. A. que me siga á Reims, donde va á ser coronado.

—¿Eso es lo que querías decirme?—preguntó el Delfín.

—Sí, monseñor—contestó la doncella, cuya voz temblaba todavía á impulsos de la emoción que había experimentado.

—Tú estás loca, niña—repuso el Delfín—y ya lo había yo conocido desde el momento en que entraste: ¿quieres acaso que atraviese ochenta leguas ocupadas por los ingleses?

—Tengo un ejército, monseñor—dijo Juana, ruborizándose por las palabras del rey—y tengo—añadió—mi espada, que abrirá paso á V. A.

—¡Te digo que estás loca!—repitió Carlos:—y ahora conozco de dónde nacen tus visiones; no puedo hacer lo que me pides.

—¡Oh, monseñor!...

—No me moveré de aquí—prosiguió el Delfín—hasta que no hayáis tomado todas las plazas que hay en el camino en poder de los ingleses.

—¿Es esa la última resolución de V. A., monseñor?—preguntó Juana desconsolada;—ved que la menor duda puede comprometer nuestra causa, y que vuestra real presencia obraría maravillas en el ánimo de los soldados. ¡Por piedad, monseñor, piense V. A. en la suerte de su reino!

—Todo lo que pienso hacer—repuso el Delfín tras un rato de meditación;—todo lo que pienso

hacer es salir esta noche para Gien, á condición de que me sigan 12.000 hombres.

—¡Esa es casi toda la fuerza de que dispongo, monseñor!—exclamó la doncella con melancolía;—apenas me quedará un puñado de valientes con quienes seguir la reconquista de Francia; pero... ¡no importa!—añadió levantando la cabeza con orgullosa alegría;—no importa: V. A. saldrá esta noche con la fuerza que haya en Chinón, y mañana por la noche se le reunirán los 12.000 hombres.

—Está dicho—contestó el Delfín;—esta noche salgo para Gien. Despejad todos.

XIV.

Carlos VII cumplió su palabra.

Aquella noche salió de Chinón y tomó el camino de Gien.

Juana cumplió también la suya; al día siguiente se reunió al rey con todo su ejército, pues no contando más que con aquella fuerza, no pudo reservarse ninguna.

A largas jornadas llegaron al frente de Axerre, cuya ciudad se mantuvo neutral mediante una transacción pecuniaria.

Allí quería detenerse de nuevo el Delfín; pero Juana le hizo ver la poca seguridad que ofrecía

una ciudad sometida por dinero, y continuaron su camino hacia Troyes.

No quiero molestaros, lectores míos, con la relación de repetidos hechos de armas, durante el tiempo que la heroina de Orleans fué arrancando plaza por plaza y ciudad por ciudad á toda la Francia del poder de los ingleses; sería empresa muy laga, y los pormenores de las batallas son siempre dolorosos para ser muy repetidos.

Rindióse Troyes y rindióse también Chalons, jurando obediencia y fidelidad á Carlos VII, quien hizo su entrada en Reims el 16 de Julio de 1429, y al día siguiente fué consagrado y coronado por Reinaldo de Chartres, arzobispo de la ciudad y gran canciller de Francia.

Terminada la augusta ceremonia y antes de que Carlos descendiese de su trono, Juana atravesó la iglesia, se postró á sus pies y le dijo derramando lágrimas de alegría:

—Señor, en las plantas de V. A. deposito mi estandarte: yo he cumplido ya la voluntad de Dios y sólo pido á V. A. que me permita volver á mi aldea y á la compañía de mis ancianos padres.

—No quiero que te alejes de mi lado—contestó el rey—la campaña sigue y mi ejército te necesita; mas para recompensarte lo que te debo, desde hoy declaro noble á tu posteridad, y le doy por armas un escudo de fondo azul con dos flores de lis, una espada plateada con el puño de oro y la punta ha-

cia arriba, y en ella fija una corona también de oro; es mi voluntad además que tú y tu familia cambiéis el apellido d'Arc por el de Dulis.

Lágrimas de dolor saltaron de los ojos de Juana al oir las últimas palabras del rey.

Dulis era el apellido de la marquesa de Penthievre, y de este modo Carlos manchaba y pisoteaba todas los proezas de su joven libertadora, recompensándolas con el apellido de su concubina.

Nada respondió, empero, á las crueles palabras del rey la generosa joven, besó sus pies y luégo fué á ocupar su sitio entre la comitiva que se dirigió al palacio real de Reims.

XV.

Juana condujo hasta Ligni al ejército real, sometiendo seguidamente á esta ciudad, á Pens y á Melún; luégo, sabiendo que el rey de Inglaterra, avergonzado de sus derrotas había puesto sitio á Compiegne, voló al socorro de aquella ciudad, pero reforzadas considerablemente las tropas inglesas, hicieron en las suyas una terrible carnicería.

Casi sola, pues únicamente combatían á su lado unos trescientos hombres, logró separar á los enemigos de la ciudad y se la oía rogar á Dios en voz alta que llegasen las tropas reales que esperaba

para su socorro; llegaron éstas al fin, y la heroica joven, á pesar de redoblar su furia los ingleses, les abrió calle para penetrar en la ciudad.

Ya pasaba la cuarta fila de los soldados recién llegados, cuando los que la rodeaban, muertos de fatiga y cubiertos de heridas, se lanzaron tras sus compañeros y cerraron las puertas de la ciudad llevados por el afán de salvar sus vidas.

Juana, al verse sola, desamparada y cercada por todos lados, lanzó un doloroso gemido, y aun no había espirado en sus labios el eco de su voz recibió un golpe de hacha sobre el casco que la derribó del caballo.

—¡Eres prisionera del rey de Inglaterra! —gritó á su lado una voz sonora y varonil.—¡Atrás, soldados! ¡Nadie más que yo debe tocar á esa mujer!

Juana se volvió con el rostro lleno de lágrimas; tenía una herida en la frente, de la cual manaba abundante sangre; miró suplicante al que la había hablado y reconoció á Leonelo de Vendoma, oficial del cuerpo de Juana de Luxemburgo.

Leonelo, que era humano, la levantó del suelo casi exánime y la sostuvo en sus brazos; luégo, con una voz que penetró como un dardo en el corazón de la joven, gritó:

—¡Correos extraordinarios á todas las ciudades de Inglaterra y á las que aun nos pertenecen en Francia, noticiando la prisión de Juana d'Arc! ¡Que haya en todas partes luminarias y fiestas pú-

blicas! ¡Que salgan al instante dos capitanes ingleses y seis heraldos á llevar á Enrique V tan importante mensaje, y que se cante un solemne *Te Deum* en todas las iglesias católicas de Inglaterra, y en Nuestra Señora de París!

XVI.

Francia, la Francia hoy rica, soberbia, espléndida y opulenta, pero que hemos visto pobre, humilde y abatida en los últimos años del reinado del demente Carlos VI, no estaba mejor después del sublime sacrificio de Juana d'Arc; tenía rey, es verdad; pero si esto era una ventaja, era también la única positiva que había alcanzado.

Es cierto que la espada de la heroina había conquistado algunas ciudades, ocupadas por los ambiciosos ingleses; pero, ¿qué le importaba á aquel pueblo, esquilmado por tributos, hambriento y miserable, ser maltratado por los franceses ó por los vasallos de Enrique V de Inglaterra?

Francia sufría; Francia lloraba en tanto que su rey Carlos VII se entregaba á excesos sin cuento y en tanto que se preparaba un cadalso para la desdichada hija de Santiago d'Arc.

¿Habéis visto un rebaño de hambrientos lobos cebarse en una pobre ovejuela descarriada del re-

dil y abandonada del pastor? Si no lo habéis visto podéis figuraros al menos tan repugnante y lastimoso espectáculo.

Tal era el que presentaban los ingleses al conducir á Juana desde las puertas de Compiegne, desde donde fué apresada por Leonelo de Vendoma, hasta su propio campo.

No bien el valeroso capitán exhaló en gritos de triunfo y de victoria su alegría por el apresamiento de la infeliz Juana, hubo de separarse para atender á los diversos cuidados que en el ejército le rodeaban.

Pero llamó á sire Enrique de Hartley, su hermano de armas, y le encargó de la custodia de la prisionera.

Leonelo de Vendoma era dulce y humano; Enrique de Hartley duro y feroz; y sólo la imperiosa ley de los contrastes podía explicar el fraternal y tiernísimo cariño que unía á los dos capitanes.

Rara vez vemos unidas por una pasión fuerte ó por una simpatía profunda á dos personas entre las cuales exista una perfecta conformidad, ó una igualdad extrema; mas hay infinitos casos en que se podrían citar afecciones indestructibles entre dos seres del todo distintos.

Una de estas simpatías profundas, eternas, por decirlo así, pues los ligó hasta más allá del sepulcro, advirtió la Inglaterra en aquellos dos bravos defensores de su monarca niño Enrique V.

Sire de Vendoma era alto, esbelto, de tez trigueña y pálida, de ojos negros y rasgados, cuyo fuego estaba templado por una dulcísima expresión de sensibilidad.

Su frente, alta elevada, estaba guarnecida de lustrosos bucles negros; su boca tenía una sonrisa tan afectuosa y consoladora como la de una mujer, y su voz lenta y vibrante decía bien claro hasta qué punto dominaba el alma á la materia en aquel hermoso sér que, á la verdad, se había adelantado al hórrido vandalismo del siglo XV.

Sire de Hartley era pequeño, robusto y de color encendido.

Su frente estrecha, bajo la cual brillaban dos ojos verdosos y huraños, estaba cubierta de cabellos rojos y encrespados; su voz era áspera y fuerte, y sus ademanes violentos siempre y amenazadores.

En suma, Leonelo era el alma, grande, sublime, tierna y generosa.

Hartley era el cuerpo, duro, sufrido, dominante y avasallador; pero entre ambos formaban un hermoso sér lleno de todas las bellas cualidades con que la divina Providencia ha dotado al hombre.

El alma mandaba al cuerpo; y éste obedecía admirando á aquella con una especie de adoración.

A pesar de que la hazaña de coger viva á Juana d'Arc cubría á Leonelo de Vendoma de una gloria inmortal, Hartley no sintió por ello ni el

más leve movimiento de envidia; pero así que se alejó Leonelo dejando recomendada á la prisionera á su cuidado y vigilancia, se acercó á ella y la examinó con gran curiosidad.

Juana apenas podía tenerse en pie, y hubo de apoyarse en un árbol.

La pobre niña ya no lloraba: caía la sangre en largos hilos de su cabeza herida, pues su pañuelo, empapado en pocos minutos, no bastaba ya á contenerla y enjugarla.

El feroz Hartley examinaba complacido aquel hermoso rostro que, á través de nubes de sangre, se veía ir cubiéndose poco á poco con las sombras de la muerte.

—¡Oh, pobre madre que diste á luz á tu hija para que pereciese así!—exclamó un viejo soldado con voz cortada por los sollozos.—Y á pesar del temor que le infundía su sanguinario capitán, salió de las filas, sacó de su yelmo de hierro un deteriorado pañuelo y enjugó con él el pálido semblante de la doncella.

Juana besó con amorosa gratitud aquella mano arrugada por los años y las fatigas, y dejó en ella una lágrima y una gota de sangre.

Pero en el mismo instante una tremenda cuchillada hendió el brazo que sostenía aquella mano, y la sangre del viejo soldado se mezcló con la de la hija de los bosques.

—¡Hola, menguado!—gritó con formidable voz

Hartley.—¿Quién te ha enseñado á ser compasivo sin que yo te lo mande? ¡Atrás!

El veterano, acostumbrado á la disciplina, se hizo algunos pasos atrás sin replicar una sola palabra; pero dejó su pañuelo en las manos de Juana.

—¡En marcha!—exclamó Hartley.—Vendad con ese pañuelo y algunos más la cabeza de esa rebelde, porque se está desangrando y quiero entregarla viva á mi señora, Juana de Luxemburgo.

Los soldados se apresuraron á obedecer al capitán, y Juana fué vendada con más consideración de la que podía haber esperado.

—¡Messire, no puede andar!...—dijo uno al ver que la doncella sucumbía de fatiga y de debilidad.

—Que la hagan andar vuestras partesanas: golpe en ella y... ¡adelante!

La desgraciada joven oyó estas inhumanas palabras: el pudor de la mujer pudo más en ella que los dolores que la destrozaban: dió algunos pasos; pero no pudiendo sostenerse, extendió los brazos y cayó en tierra lanzando un largo gemido.

Sire de Hartley se aproximó á ella; tocó su frente y la encontró helada: levantó uno de sus brazos y le vió caer inerte.

—De aquí al castillo de Beaulieu hay cinco horas—pensó el caballero—y si me empeño en hacerla andar, llegaremos á media noche. ¡Hola!—gritó, dirigiéndose á los soldados.—Cortad algunas ra-

mas de árbol y formad con ellas y vuestras capas una camilla para conducir á la prisionera.

Los soldados obedecieron en silencio, y la doncella fué conducida así al castillo de Beaulieu.

Esta fortaleza, habitada dos años hacía por la princesa Juana de Luxemburgo, tía del rey de Inglaterra, era inexpugnable; elevábase en la falda de un monte y le guardaban por todos lados picos de roca: á su espalda rugía un torrente espumoso, y á través de sus troneras se veían cruzar los arqueros de la guardia con las ballestas montadas, y los hombres de armas con sus mazas al hombro.

Los subterráneos del castillo de Beaulieu servían ya de calabozo á algunos ilustres caballeros franceses. Juana de Luxemburgo, protestante acérrima, lo había cedido de buena gana para este fin, á causa de la seguridad que ofrecía.

La noche empezaba á tender sus negras sombras, cuando el capitán y sus soldados, conduciendo en medio el cuerpo inanimado de Juana, llegaron á la puerta del castillo. Ni el movimiento, ni la brisa algo fria de la tarde, habían sido bastantes á disipar el letargo mortal de Juana, y hubo un momento en que los soldados, creyéndola muerta, se habían hecho seña, sonriéndose tristemente.

Caía su pálida cabeza sobre uno de sus hombros; y, á pesar del vendaje improvisado con que habían ceñido su terrible herida, bajaba un hilo de sangre por cada uno de los rizos de sus negros cabellos,

goteando líquidos rubíes que se perdían entre el polvo del camino.

Uno de sus brazos, extendido á lo largo del cuerpo, permanecía inmóvil; y el otro colgaba fuera de la camilla, siguiendo todos los duros movimientos del paso desigual de los soldados.

La comitiva se detuvo enfrente de la ferrada puerta del castillo, y sire de Hartley tocó una trompa de marfil que llevaba pendiente de la cintura con una cadena de acero.

—¿Quién va?—gritó desde una de las troneras una voz áspera; y al mismo tiempo se vieron brillar en la sombría penumbra algunas partesanas.

—¡Ah de la guardia!—respondió sire de Hartley.—¡Abrid á un capitán de Enrique V de Inglaterra!

—¡Ah del enviado!—repuso otra voz fuerte, varonil y acostumbrada sin duda al acento del mando.—¡Responda su señoría á un capitán de la princesa Juana!

—Preguntad—respondió de Hartley con ostensible mal humor por todas aquellas dilaciones.

—¿Qué desea su señoría?

—¡Ira de Dios! ¡Que abráis!—rugió, más bien que contestó, el capitán.

—¡Enrique!—exclamó con gozo la voz del que antes había preguntado.

—¡Leonelo!—contestó Hartley reconociendo el acento de su amigo.

—¡Tú aquí, Enrique! Pero ¿qué deseas? Dilo desde ahí, porque no puedo abrirte.

—¡Cómo!...

—Imposible. La princesa Juana ha marchado ayer á París, y poco después de separarme de ti hallé á un expreso que iba á buscarme: respondo con mi cabeza de los prisioneros de guerra, y la consigna es no abrir á nadie sin una orden firmada de la princesa.

—¿Ni aun para recibir más prisioneros de guerra?

—Ni aun para eso: diez caballeros franceses acabo de enviar desde esta puerta á la fortaleza de Beaurevoir, á fin de que sean guardados allí.

—¡Dos días de camino!—guturó Hartley.—¡Por cierto que esta miserable hereje no merece tanto!

—¡Ah! ¿Es la guerrera?—preguntó Leonelo con un acento en el que se descubría una conmiseración dolorosa y profunda.

Y adoptando al instante el lenguaje de su cargo, añadió con voz fuerte:

—Messire, según las órdenes de la princesa, mi señora, debéis conducir á vuestros prisioneros á la fortaleza de Beaurevoir.

El ruido acompasado de una armadura dió á conocer que el capitán se alejaba de las troneras de la torre.

—A la fortaleza de Beaurevoir—dijo sire de Hartley con visible mal humor.

Juana dejó escapar en aquel instante un débil suspiro, y los soldados, volviendo á tomar los extremos de la camilla que habían dejado en el suelo, se pusieron otra vez en marcha.

XVII.

Trece días despnés, y á eso de las cuatro de la tarde, una escena desgarradora tenía lugar en la prisión de Juana d'Arc, situada en una torre alta y estrecha del antiquísimo y sombrío castillo de Beaurevoir.

Era un aposento que apenas tendría diez pies cuadrados, y cuyas paredes contarían por lo menos uno de espesor.

Alumbrábalo una ventana abierta en el muro y bastante baja: esta ventana no tenía para cerrarla más que una red de alambre guarnecida de un marco de encina, y que se abría hacia dentro, pues á causa del carácter dulce y casi angélico de Juana, no se había juzgado necesario cerrar con hierros.

No obstante ser aún temprano, una lámpara de hierro estaba ya encendida: esta lámpara pendía del techo por medio de una larga cadena, y alumbraba débilmente el aposento.

Una cama miserable, dos banquillos de madera

ennegrecidos por el tiempo, y un cántaro de barro lleno de agua, componían todo el mueblaje de aquel triste recinto.

Sentada en uno de los banquillos se hallaba Juana; sobre el otro, situado junto á ella, se veía una copa de barro con agua.

El semblante descolorido y desfigurado de la joven decía claro cuánto había padecido su cuerpo durante aquellos trece días. Aun llevaba vendada la cabeza, y aunque no tenía grillos ni esposas, su propia debilidad la sujetaba á una inmovilidad casi completa.

Hacía algún tiempo que parecía dormitar, cuando un sordo ruido que se oyó en la puerta le hizo levantar con sobresalto la cabeza.

Vióla entreabrirse y asomar á ella los rostros ennegrecidos de algunos soldados de su guardia, y se puso á temblar.

—¡Hola, hola! ¿Se duerme?—dijo uno entrando atrevidamente.

Juana se levantó y se retiró hacia la pared, como una pobre gacela acosada por los cazadores.

—¡Cáspita! ¡mozuela, no eras tan asustadiza cuando matabas á diestro y siniestro!—dijo otro de los soldados entrando en la prisión.

—¡Señores, idos!—exclamó la doncella sobrecogida de terror.—¡No queráis, por Dios, repetir la horrible escena de ayer!

—¡Sobre que hoy no nos vamos sin un abrazo ca-

da uno!—dijo el guardián, poniendo su mano sobre el hombro de la joven.

—Sí, sí! ¡Un abrazo á cada uno!—gritaron en coro los demás.

—Ayer nos fuimos porque oímos los pasos del gobernador.

—¡Oh, pero hoy no vendrá!

—¡Qué ha de venir! ¡Está dando un convite para colebrar la prisión de esta buena pieza!

—¡Y á nosotros también nos ha tocado nuestra parte. Hemos cenado bien, y ahora sólo nos falta que esta niña...

—¡Miserables! ¡Estáis embriagados todos!—gritó la desdichada, retorciéndose las manos y dejando escapar de sus ojos lágrimas de desesperación.

No pudo decir más: miró en derredor suyo, atónita, desolada: de su pecho se escapaba la respiración como un gemido. ¡Estaba sola... sola, á merced de aquella soldadesca sin freno!...

—¡Sí, mira, mira!—dijo con una brutal carcajada uno de los soldados.—No hay nadie, no vendrá nadie; tenemos permiso... para hacerte compañía...

—¡Oh, Dios mío!—exclamó la pobre niña, dejándose caer de nuevo sobre su asiento.—¡Oh. Dios mío! ¿Qué será de mí?

—Vaya, vaya; sé más humana, ¿Te parece que no debes agradecernos el que te paguemos con abrazos la muerte que has dado á nuestros compañeros?

—¡Oh, perdón, perdón!—exclamó Juana, cayendo á los pies de aquellos hombres.—¡Perdón! ¡Sed generosos! ¡Yo obraba impulsada por una voluntad más fuerte que yo! ¡Dios me mandaba haceros la guerra! ¡Perdón!

—¡Ea, en pie!—gritó brutalmente uno de ellos, levantándola por los hombros.—En pie, y basta de lágrimas: te haremos compañía hasta la aurora.

—¡En nombre de vuestras madres, tened compasión de mí!

El rudo abrazo de uno de los soldados apagó la voz en los labios de la joven. Aquel villano había pasado por detrás de Juana, y ciñó con sus nervudos brazos su delicado talle.

La desdichada dió un grito penetrante, al mismo tiempo que los soldados prorrumpían en risas y exclamaciones de gozo; pero, como iluminada por una idea feliz, se desasió con una fuerza sobrehumana, corrió á la ventana entreabierta, la abrió del todo, y se arrojó por ella.

Había sido todo esto ejecutado con tanta rapidez, que los soldados, entorpecidos con la bebida, no pudieron evitarlo, y, al verla desaparecer, sólo un grito de espanto se escapó de todos aquellos pechos endurecidos.

Huyóse la embriaguez de todos los cerebros, y cada cual comprendió la pena á que se había hecho acreedor dejando escapar á la prisionera: era la pena de muerte.

Lanzáronse como un desbordado torbellino á la puerta, y sin dar la voz de alarma, corrieron al camino donde sólo pensaban hallar el cadáver mutilado de Juana.

Esta respiraba, y ni aun le había abandonado el conocimiento.

Los soldados al verla viva, lanzaron un grito de alegría, y algunos de ellos corrieron á avisar al gobernador, quien dejó la mesa apresuradamente y se dirigió con todos sus comensales al lugar de la catástrofe.

—¡Cuando digo yo que es bruja!—exclamó al verla con los ojos abiertos y el semblante tranquilo, á pesar de los crueles dolores que sufría.

—No hay duda que lo es—repuso con gran prosopopeya uno de los señores ingleses;—pero la fortuna es que pronto dará cuenta la hoguera de su embrujado cuerpo.

—Hasta tanto, yo la compondré—añadió el gobernador.—¡Hola! Ahora mismo atadla sobre una mula y llevadla al castillo de Crotoy. Vos, messire de Hartley, la custodiaréis con vuestra compañía de arqueros; la pondréis en el más húmedo y profundo calabozo, y la cargaréis de grillos y esposas. Señores, á la mesa, y que mi copero nos escancie el confortable Rhin, para olvidar tan desagradable interrupción.

Juana fué levantada del suelo por los mismos que poco antes querían ultrajarla tan villanamente.

No podía moverse: todo su frágil cuerpo se había magullado horriblemente en la caída, y, según las órdenes del gobernador, la ataron con fuertes ligaduras sobre una mula que tomó el camino del castillo de Crotoy, fuertísima prisión de Estado.

Rodeaban á la cabalgadura los arqueros de Hartley con los arcos montados, y el mismo capitán caminaba al lado de la prisionera con la espada desnuda y con la firme intención de atravesarla de parte á parte al más leve movimiento.

XVIII.

—Madre—decía Luis XI una mañana, al tiempo de levantarse, á María de Anjou;—madre, ¿cuándo van á matar á esa mujer que llaman la hereje?

La reina no respondió de otro modo que besando al pequeño Delfín en la frente, en tanto que uno de sus camareros enlazaba al rededor de su cuello una cadena de oro que le daba nueve vueltas.

—¿No me respondes, madre?—exclamó Luis impaciente; y luégo repitió, hiriendo el pavimento con su pequeño pie:—¡he preguntado que cuándo van á matar á esa hereje!

—¡Pronto, muy pronto, hijo mío!—contestó con un suspiro la dulce María.

—¿Es verdad que la van á quemar?

—Sí.

—Así me lo ha dicho mi ayo Florimundo Robertel. ¡Oh, qué cosa tan divertida debe ser el ver tostarse á una persona como si fuese un faisán!

—¡Luis!—gritó severamente María:—¿es eso lo que yo os he enseñado? Debemos compadecer á esa desdichada.

Luis, el que luégo bajo el nombre de Luis XI había de ser el sanguinario y supersticioso rey de Francia, se volvió á su padre que, sentado en un rincón de la cámara, leía un tratado de cetrería.

—Padre—dijo acercándose á él y separando con rudeza á su hermana la princesa Carlota, que se apoyaba en las rodillas del rey;—padre, ¿dónde van á quemar á la hereje?

—En Roán, hijo mío—respondió el rey.

—¿Cuándo?

—Dentro de muy pocos días.

—¿Iremos á verla?

—Estás enfermo.

—¡Oh, no! ¡Yo quiero ir á verla! ¡Eso me pondrá bueno!

—¡Llevaos á monseñor!—dijo María, dirigiéndose á los ayudas de cámara con aquel soberano imperio que algunas veces sabía adoptar.

El Delfín salió llorando de cólera, y la reina se dirigió apresurada hacia su esposo.

—¿Es cierto lo que he oído, señor?—exclamó, en tanto que su noble frente se vestía con el rubor

de la indignación:—¿va á ser ejecutada la que os ha dado el trono de vuestro padre y la corona que ciñe vuestra frente?

—Sí, señora—contestó Carlos VII con frialdad.—Pedro Cauchón, obispo de Beauvais, es quien se ha ofrecido á satisfacer los deseos del duque de Bedfort, exponiendo sus derechos á sentenciar á Juana d'Arc.

—Pero, señor,—exclamó María—¿olvidáis que el duque de Bedfort es vuestro más cruel enemigo? ¿Olvidáis que Pedro Cauchón ha sido expulsado de su diócesis por su conducta escandalosa? ¿Qué poder tienen un inglés y un indigno sacerdote para sentenciar á una vasalla vuestra, que es además vuestra bienhechora?

—El vicario general del obispo, ha escrito á mi primo de Borgoña y al conde de Ligni para que le cedan todos sus derechos sobre Juana.

—¿Y vuestro primo de Borgoña y el conde no os han consultado acerca de esto?

—Sí, señora; pero añadiendo que será en vano que me oponga á los deseos del duque de Bedfort; que se me consulta por consideración, y que Juana d'Arc es su prisionera de guerra.

—¿Y así la abandonáis?

—¿Qué he de hacer? La Universidad de París ha decretado además que Juana no puede eximirse de la censura eclesiástica *por cuanto ha vulnerado la honra de Dios, ha debilitado la fe y des-*

conceptuado la Iglesia católica (1); además, señora, fuerza es decíroslo todo; sire de Cauchón ha dado á nuestro primo de Borgoña diez mil francos para que Juana d'Arc le sea entregada.

—Oh, ¡qué horror!—exclamó María de Anjou, no pudiendo menos de cubrirse el rostro con las manos;—decid, decid, señor, ¿ha sido consumado ese infame trato?

—Sí, señora.

—¿Y vos habéis podido cosentirlo?

—¿Qué queréis? Esa mujer era prisionera de guerra de los ingleses, y no puedo hacer otra cosa que admirar la habilidad del duque de Borgoña, que ha hecho que un negocio perdido le produzca diez mil francos. Juana ha sido conducida á Roan con una crecida escolta, y ayer ha debido terminarse el proceso.

—¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué ingratitud!—exclamó la reina llorando amargamente.—Señor, nunca seréis dichoso! ¡Vuestra madre tan cruel, tan inhumana, no era capaz de tanta bajeza y cobardía como vos!

—A la verdad que no os comprendo, María; ¿qué queríais que hiciese?

—Cuando no, otra cosa mejor y más digna de un rey; cuando no haberos reservado el derecho de disponer de Juana, debíais haber mandado tro-

(1) Palabras textuales del proceso de Juana d'Arc.

pas que, á viva fuerza, la arrancasen del poder de la escolta que la conducía á Roán.

Carlos VII nada respondió y se puso á pasear por la cámara, silbando un toque de caza con la mayor indiferencia.

En aquel instante se oyó el galope de algunos caballos; la reina se asomó á la ventana y vió entrar en el patio de palacio á Pedro de Giac, seguido de dos pajes de su casa y de dos escuderos.

— ¡Messire de Giac! dijo María que, fuera de sí de dolor, olvidó por un momento aquella rígida etiqueta, á la cual faltó tan pocas veces durante su vida.

Alzó el caballero la vista, vió á la reina y se quitó su pesado casco de acero y oro, descubriendo su cana y severa cabeza é inclinándose con respeto hasta la larga crin de su alazán.

Sus cuatro servidores le imitaron.

—¡Subid, messire! dijo la reina más bien con el ademán que con la voz.

Un instante después, se oyeron los pasos pesados de Pedro de Giac en el largo corredor que conducía á la cámara del delfín Luis, ocupada á la sazón por el rey Carlos y la reina María.

—Pedro de Giac entró; estaba tan pálido que casi parecía lívido; venía de hacer con su esposa Catalina de Thian aquella terrible justicia que, al saberse, aterró á toda la Francia y que aseguró el honor, puesto en peligro, de tantos esposos.

Dobló una rodilla, besó la mano del rey y luégo hizo lo mismo con la de la reina.

—¿De dónde venís, messire? preguntó María de Anjou con voz agitada.

—Señora,—contestó Pedro de Giac—he costeado el Ródano y luégo he ido á Roán.

La voz de sire Giac era lúgubre; pero María sólo se se fijó en su última palabra.

—¡Ah!—exclamó—de ese modo me diréis cuál es la suerte de esa infeliz.

—¿Habla V. A. de Juana d'Arc, señora?

—Sí. ¿Qué es de ella?

—Mañana debe ser quemada.

—¡Oh! ¿Qué decís?—exclamó la reina:—no hace aún un mes que se la encerró en el castillo de Crotoy. ¿Cómo ha bastado tan breve tiempo para la sustanciación del proceso?

—Todo está ya terminado, señora;—repuso Pedro de Giac con su acento sombrío é impasible:—la sumaria se ha compuesto de hechos truncados, incidentes ridículos y absurdos, que demuestran que sus jueces no se han avergonzado de hacer el papel de verdugos. Juana ha respondido siempre con el mayor candor y sinceridad, asegurando la verdad de sus apariciones; en diez y seis comparecencias distintas y otros tantos interrogatorios, ha sostenido, con impávida perseverancia, la exactitud de sus revelaciones.

—¿Le han dado tormento? preguntó Carlos VII,

cesando de silbar su toque de caza para hacer aquella cruel pregunta.

—¡Tormento!—repitió Pedro de Giac con una mirada de extravío:—¡tormento! ¡Sólo los esposos damos tormento á las esposas infieles!

De Giac acompañó estas palabras con una carcajada nerviosa, y abandonándole la serenidad que hasta allí había afectado á costa de un supremo esfuerzo de su voluntad, se dejó caer al suelo presa de una horrible convulsión (1).

Carlos VII tocó un silbato de plata que llevaba pendiente de la cintura, y aparecieron algunos escuderos que sacaron de la cámara al infortunado caballero.

—Que venga sire de la Rivière, dijo María á los servidores, en tanto que el rey volvía á tomar la sonata que silbaba de la nota en que la había dejado.

Un momento después apareció el caballero.

—¿Tenéis noticias de Roán? preguntó la reina tomándole una mano con una fuerza convulsiva.

—Sí, señor, respondió con tristeza el caballero, que ya había sido un fiel servidor de Carlos VI.

—¿Y qué hay?

—Mañana tendrá lugar el suplicio de Juana d'Arc, contestó sire de la Rivière, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.

(1) La historia de Pedro de Giac y la terrible venganza que tomó de su infiel esposa, se engastarán en la leyenda biográfica perteneciente á la reina de Francia, Isabel de Baviera.

—¿Le han dado tormento los ingleses? volvió á preguntar el rey.

—No, señor—contestó con amargura sire de la Rivière;—se ha creído, y con razón, que podía perecer en él, pues está muy débil y enferma; se la pasó, sin embargo, para que sufriese el último interrogatorio, á la sala de las torturas; y dijo, con la serenidad de un ángel, que si le daban tormento y la fuerza del dolor le arrancaba otra confesión de las que ya tenia hechas, sería nula y de ningún valor.

—Con esta respuesta quedaba concluído el proceso, á mi parecer, dijo el rey.

—Tiene razón V. A., se dió por concluído; pero Juana ha recusado, por no conocerlos, á todos cuantos han hecho de acusadores suyos; y no pudiendo tampoco hacerse prueba de testigos en el dicho proceso, ha resultado éste ilegal en todas sus partes.

—¡Oh! ¡Pero entonces no han podido condenarla! ¡Es imposible! exclamó la reina.

—¡Ah, señora! ¿Sabe por ventura V. A. lo que son esos jueces negros?—exclamó sire de la Rivière con indignación;—han querido dar á este inicuo proceso, al menos, las apariencias de la realidad, y han sometido á la desdichada al acto de reconocimiento de la culpa y de abjuración.

—¿Luego hay culpa? preguntó el rey deteniéndose en su paseo y mirando al caballero con estupidez.

Pero éste no quiso dar muestras de haber oído aquella pregunta, y continuó dirigiéndose á María:

—La desdichada niña, enferma, agarrotada y en presencia de Pedro Cauchón y de sus vicarios, de muchos prelados ingleses y de un pueblo inmenso y furioso, oyendo á cada instante la amenaza de arrojarla á las llamas, y viendo al verdugo preparado para la ejecución, ratificó con heroica constancia la verdad de sus revelaciones; uno de los doctores ingleses, protestante acérrimo, se empeñó en hacerla perder su dignidad y calma, y le dijo:

—*Juana, contigo hablo; tu rey es hereje y cismático.*

—*Yo os respondo, señor—contestó Juana—y sostendré, á costa de mi vida, que mi rey es el cristiano más noble de todos los cristianos, y no es nada de eso que decís* (1).

—¡Oís, señor!—exclamó María asiendo á su esposo por el brazo. ¡Ah! ¿No sería más noble que mandaseis prender fuego á las murallas de Roán para salvar á Juana, que dejarla perecer?

Carlos VII no respondió y sire de la Rivière continuó su triste narración:

—Insistieron los prelados ingleses en que Juana se adhiriese á los capítulos de acusación de sus jueces, y no sabiendo la desdichada lo que se le pedía,

(1) Diccionario de mujeres célebres de Canseco.

suplicó por el amor de Dios le diesen una persona que la aconsejara.

Nombrósele, pues, un asesor, quien aseguró que, para no ser quemada, infaliblemente debía referirse á los juicios de la Iglesia: la pobre niña dijo *que haría lo que él quisiese;* y lloraba de tal manera, amendrentada y temblorosa, que apenas podía hablar. Entonces el secretario le leyó un modelo de abjuración que contenía sencillamente la promesa de no volver á tomar las armas, dejarse crecer el cabello y usar el traje de mujer.

Después de escuchar atentamente, exclamó:

—¡Ah! ¡Os doy mil gracias por mandarme esto, señores, pues así podré volver al lado de mis padres, que es indudablemente lo que más deseo en el mundo!

—¡Desgraciada niña! exclamó la reina.

—Juana,—prosiguió sire de la Rivière enjugando una lágrima que brotaba en sus ojos.— Juana puso sobre el modelo de abjuración una cruz, pues no sabía escribir, y todas cuantas cartas había enviado á los ingleses las había escrito su hermano Nicolás; pero no bien había estampado el signo de la redención, le sustituyeron otra cédula en la cual se reconocía *hereje, cismática, idólatra, sediciosa, hechicera, sacrílega, impostora é impúdica, por haber fingido revelaciones absurdas, haberse vestido de hombre, armarse y mezclarse entre soldados contra la decencia y decoro de su sexo;*

añadía *reconocerse relapsa, y confesaba haber tenido comercio con los demonios.*

Juana no supo lo que había firmado la segunda vez; pero al ver á Pedro de Cauchón ponerse en pie, al oir leer la sentencia por la cual se la condenaba á pasar el resto de su vida en la cárcel, reducida *al pan de dolor y al agua de angustias*, vió de qué modo la habían vendido, y cayó sin sentido en los brazos de sus guardias.

—¡Pero de eso á una sentencia de muerte va mucha diferencia, messire!—exclamó la reina con alegría.—Aun hay esperanza.

—Ninguna, señora—respondió melancólicamente el caballero.—Cuanto llevo dicho lo he presenciado yo: hace dos días que he llegado de Roán; pero antes de salir de aquella ciudad he oído á Cauchón arengar al pueblo desde el balcón de su palacio, terminando su discurso con estas palabras: «¡Ingleses! ¡Estamos á 26 de Mayo! ¡Yo os prometo que el día 30 asistiréis al suplicio de Juana d'Arc!

Pero ¿creéis que podrá cumplir tan inicua promesa?—preguntó la reina con angustia.

—Messire de Cauchón cumple cuanto promete, como lo que prometa sea malo—dijo sire de la Rivière, meciendo tristemente la cabeza.

—¿Oís, señor?—exclamó María dirigiéndose á su esposo.

—¿Qué he de oir?—preguntó Carlos VII, volviéndose muy irritado.

—Que esa mujer, que os ha dado el trono, perece mañana á manos de los ingleses; que nada hacéis para salvarla; que sois tan ingrato como cruel...

—¡Eh! ¡Basta ya!—interrumpió Carlos VII, con el gesto imperioso que había heredado de su madre, y que hubiera sido sublime en un rostro menos marchito y degradado que el suyo.—¡Basta, señora! ¡No vale esa villana lo que hemos hablado ya de ella; pero, supuesto que os interesa, idos á vuestra cámara á rezar por el descanso de su alma!

Las lágrimas de María se secaron como por encanto á impulsos de un sentimiento de su orgullo herido; alzó una cortina y desapareció sin saludar al rey.

—Messire—dijo éste á la Rivière—mandad disponer mi caballo y mi servidumbre para ir al castillo de Penthievre; la marquesa me espera á comer.

—¡Ah, pobre Juana!—murmuró el caballero.—¡Sólo Dios te puede prestar su ayuda! Pero su bondad es tan grande, que, para cuando todo nos abandona en la tierra, nos guarda su amor, fuente de todo consuelo!

XIX.

Era el día 30 de Mayo de 1430.

Las diez de la mañana daban en todos los relo-

jes de las iglesias de Reims, corte entonces y residencia de Carlos VII desde su coronación, llevada á cabo por Juana d'Arc algunos meses antes.

El palacio real estaba cerrado y silencioso como un sepulcro.

Carlos VII se hallaba con la marquesa de Penthievre, y la reina se había encerrado en su oratorio desde muy temprano para rogar por el alma de la heroina de la Francia, de aquella á quien debió su título de reina y la corona que ceñía sus sienes.

Muy distinto aspecto presentaba la ciudad de Roán, que aun pertenecía á los ingleses.

Sus calles, llenas de gentes que se agitaban en tumultuosas ondas, estaban cruzadas sin cesar por patrullas de soldados que mantenían á duras penas el orden.

Los balcones estaban tapizados y adornados de flores como para una fiesta; y en la plaza del mercado antiguo se alzaban dos tablados cubiertos de luto y rodeados de guardias.

En el uno, y sentados bajo un dosel, estaban el cardenal de Winchéster-Luxemburgo, canciller de Francia y obispo de Turena, el obispo de Beauvais, Nicolás Midy, y los demás jueces.

En el otro se veía una hoguera dispuesta, y junto á ella el verdugo y sus ayudantes preparados para encenderla.

Esperaban á Juana d'Arc, condenada al último

suplicio, según promesa al pueblo de Pedro de Cauchón.

¿Cómo, después de haberla sentenciado á pasar el resto de su vida en una prisión, se la destinaba ahora á la pena de muerte?

Esto es lo que sabrá el lector llegando conmigo á la puerta de la cárcel, cerrada aún, pero junto á la cual tenía lugar una escena de luto y desolación.

Dos jóvenes del pueblo, envueltos en largos capotones de lana basta y cuyas facciones velaban sombreros de anchas alas, hablaban con calor, pero en voz baja, á algunos soldados de la guardia exterior.

Por sus ademanes, llenos de fuego, por el color azulado de su barba recién afeitada y por su aire marcial y atrevido, hubiera conocido el observador menos perspicaz que aquellos hombres no eran lo que querían aparecer, y que, más bien que pacíficos labradores, eran soldados, y soldados aguerridos ocultos bajo un disfraz.

A pocos pasos de distancia, otro hombre, anciano, acompañado de una mujer de menos edad y que temblaba á intervalos convulsivamente, miraba con ansia indescriptible la escena de que he hablado.

Apoyábase la pobre mujer en el brazo de su compañero, como si el dolor que se pintaba en su semblante le agobiase hasta el extremo de no permitirle sostenerse por sí misma: miraba de vez en

cuando á los jóvenes que altercaban con los guardias, y á cada movimiento negativo de estos últimos, un torrente de lágrimas invadía sus ojos y brotaba después regando sus mejillas socavadas por el dolor.

—Señores—decía el que parecía de más edad de los dos jóvenes; sólo pedimos verla un instante, darle un abrazo y nos salimos al momento.

—Es imposible, joven—respondió un soldado de cabellos grises, que era justamente el que había dado á Juana su pañuelo cuando cayó herida: es imposible que entréis: nosotros respondemos de esta puerta; pero aun cuando se os franquease, más adentro hay otras que no os darían paso.

—¡Oh, señor!—exclamó el más joven, cruzando las manos con una expresión de ruego que conmovía en su austera figura.—¡Oh, señor! ¡Si pasamos ésta, rogaremos tanto en cada una de las otras que se nos abrirán también!

—¡Pobre muchacho!—exclamó otro soldado joven, acercándose llevado de esa simpatía, lazo hermoso que une á la juventud.—¡Pobre muchacho! ¿Sois acaso su novio? Porque dicen que esa terrible guerrera ha sido antes una linda pastorcilla.

—¿Esa terrible guerrera?—repuso otro de los guardias. -Hay quien dice, maese Oliverio, que jamás ha matado un enemigo por su mano.

—Es verdad—añadió un tercero—yo la he visto muchas veces defenderse; pero nada más.

—Y aun eso, señores—dijo uno de los dos que suplicaban para entrar—y aun eso lo hacía cuando sus éxtasis, sus visiones la sacaban de su natural cándido y apacible. ¡Ah, si hubiera querido creernos!...

El mancebo, después de esta exclamación que le arrancó su intenso y angustioso dolor, ocultó su moreno semblante entre sus manos.

Fué tan desconsolador este movimiento, que la pobre mujer que se apoyaba en el anciano conoció que se había perdido toda esperanza, y lanzó un gemido tan doloroso, tan desgarrador, que hizo volver la cabeza á todos los circunstantes.

—¡Ah, madre mía, pobre madre mía!—exclamó el más joven de los dos disfrazados, volviéndose hacia el triste grupo que formaban el anciano y su compañera.

Esta se había dejado caer casi sin sentido en los brazos que la sostenían.

—Vamos claros, jóvenes—dijo el soldado de los cabellos grises:—vosotros no sois lo que parecéis: si no sois meramente unos curiosos, habladme con franqueza y procuraré hacer algo en vuestro favor.

—Pues bien, señor—dijo el otro, arrastrado por la esperanza—nosotros somos los dos hermanos de Juana d'Arc: nuestros padres están allí—continuó, señalando á la triste pareja—y unos y otros hemos venido con la esperanza de poder darle el último adiós: ¿es esto pedir mucho cuando la vamos á

perder para siempre, á ella, que era nuestra alegría?

—¡No, en verdad! —contestó el veterano enjugándose una lágrima; —¡no, pobres jóvenes! mas... ¡esperad!... ¿No erais soldados del rey de Francia? He oído decir que peleabais siempre al lado de vuestra hermana, aunque para su desgracia la hallamos sola y abandonada á las puertas de Compiegne: ¿por qué os separasteis de su lado? Sólo al completo abandono en que quedó, debimos el hacerla prisionera.

—Ay, señor! —exclamó Gaspar, que erá el más joven de los dos hermanos; —Juana misma nos dijo que penetráramos en la ciudad para conducir á las tropas que llegaban en nuestro auxilio, y evitar la confusión; pero los infames que combatían con ella nos siguieron y cerraron las puertas llevados de su terror, sin esperar á que pasase también nuestra pobre hermana!... Cuando vimos que no se hallaba entre ellos, salimos al instante... pero ya había caído en vuestro poder...

—Llamad al señor de Vendoma, Oliverio—dijo el veterano; —algo hay que hacer por estas pobres gentes; —pero ahora que me acuerdo, ¿cómo os halláis aquí siendo soldados de Carlos VII?

—Carlos VII quiso hace tiempo hacernos nobles y caballeros y trocar nuestro honrado apellido por otro más ilustre; pero nosotros rehusamos uno y otro; y cuando vimos que dejaba seguir su curso

al proceso de Juana, fuimos á su presencia, y rompimos nuestras espadas á sus pies.

—¿Y á quién vais á servir ahora? ¿Por qué no os venís con nosotros?

—¡Servir á la nación infame que ha sentenciado á Juana, comprando su vida por diez mil francos! —exclamó Nicolás; —¡nunca!

—Y para huir de la Francia, que la ha vendido, nos iremos á servir á la Alemania —añadió Gaspar.

La llegada de Leonelo de Vendoma, cortó aquí el coloquio de los dos hermanos de Juana con los soldados.

Al ver al capitán, al contemplar su dulce y sentimental fisonomía, Santiago é Isabel se aproximaron también con el objeto de unir sus ruegos á los de sus hijos.

—¿Qué me quieres, mi bravo veterano?—preguntó el señor de Vendoma al viejo y compasivo soldado.

—Messire—contestó éste—ved aquí á los hermanos y á los padres de Juana d'Arc, que piden darle el último abrazo. ¿Quién podrá negarse á su deseo?

La hermosa frente de Leonelo se cubrió de una nube de dolor; luégo tendió sus manos al anciano Santiago y á su hijo Nicolás, y dijo con voz alterada:

—Perdonadme, buenas gentes, al negaros esta

gracia: sufro yo mucho más que vosotros; pero no está en mis atribuciones el concedérosla.

Un gemido de Isabel cortó la palabra al capitán; la pobre madre iba á echarse á los pies de Leonelo, pero éste hizo un ademán tan digno y severo, que Isabel se contuvo y alzó los ojos al cielo, comprendiendo que en la tierra no habia ya esperanza para ella.

—Señora—continuó Leonelo, quitándose su ferrado casco y hablando descubierto á aquellas gentes, que eran unos pobres villanos, pero que estaban ennoblecidos por la desgracia, eterna reguladora de las jerarquías humanas.—Señora, mi corazón se angustia al quitaros vuestra última esperanza; pero á fin de que veáis que no está en mi mano el concederos lo que pedís, os diré que no han otorgado á vuestra hija ni siquiera un sacerdote que la consuele. Sin embargo—añadió con amargura—quizá culpo sin motivo á sus jueces, porque aun no está condenada á muerte.

—¡Ah, señor! ¿Qué decís?—exclamó Isabel.—¿Luégo aun hay esperanza?

Leonelo meció tristemente la cabeza.

—No sé lo que se fragua aquí dentro—dijo señalando la sombría puerta que había vuelto á cerrarse depués de haberle dado paso;—no sé lo que habrán hecho ya: sólo os aseguro que el espíritu de Juana d'Arc volará, antes de que el sol desaparezca, hacia el seno de Dios.

Toda aquella familia sin ventura dobló la frente y prorrumpió en sollozos.

El capitán continuó:

—Quedad aquí, amigos míos; es todo lo que os puedo conceder. Os creerán del número de tantos curiosos que esperan para ver encender la hoguera; mas, por vuestro bien, os ruego que no gritéis ni hagáis demostraciones de dolor; ¡si el pueblo conociera que sois los padres y los hermanos de la doncella de Orleans, os despedazaría! ¡Dentro de esos muros tiene lugar una sacrílega farsa!... ¡Deben haber desempeñado ya más de la mitad!... Al desenlace saldrá vuestra hija para la hoguera...

Leonelo de Vendoma enjugó sus ojos con el dorso de su blanca mano; saludó con una muda inclinación á la familia d'Arc, y volviendo á cubrir su cabeza con su guerrero casco, entró en la cárcel, cuya puerta se cerró tras él.

XX.

Volvamos ahora á la prisión de Juana, ó más bien, entremos por la primera y última vez en el oscuro y horrible calabozo en que la habían sepultado, después de haberla pasado por la sala del tormento en su interrogatorio.

Era un aposento subterráneo, sin mueble algu-

no; un poco de paja casi mojada por la humedad, servía de cama á la pobre mártir, que desde algunos días después de su prisión sufría una fiebre nerviosa que no la abandonaba un instante.

Sobre aquella paja, y clavada en la pared, había una argolla de hierro, y á ella estaba sujeta Juana por medio de una cadena delgada, pero muy fuerte, que le rodeaba el cuello.

Un poco distante se veía un pilar de piedra y en él otra argolla de hierro con otra cadena muy gruesa que ataba á Juana por la cintura.

Esta última cadena se la aflojaban por la noche, para que pudiese dormir sobre la paja.

No había ventanas en el calabozo; sólo una lámpara de hierro, pequeña, mohosa y pendiente de techo, alumbraba débilmente aquel tenebroso sitio.

De vez en cuando dos enormes ratas pasaban junto á la prisionera, dando chillidos y persiguiéndose con encarnizamiento, ó algún murciélago volaba azotando las paredes de la prisión, pues era tan escasa la luz de la lámpara, que no bastaba á ahuyentarle de allí.

Retrocederemos algunas horas en la acción de esta historia, mi amada lectora, y entraremos, al rayar la luz del alba, en la prisión de Juana, el día mismo en que toda la ciudad de Roán esperaba el espectáculo de su muerte, á pesar de habérsela sentenciado cuatro días antes á pasar su vida en una prisión.

Aquellos cuatro días los había empleado el obispo Pedro de Couchón discurriendo de qué modo podía cumplir la palabra que había dado á los ingleses; esto es, de qué modo podría matar á Juana d'Arc, revistiendo su muerte con las apariencias de la legalidad.

Hallólo, por fin, y Juana notó los primeros efectos de su horrible sagacidad al despertar al amanecer del día 30 de Mayo, y hallarse casi desnuda en su calabozo.

Llamó al carcelero con voz débil, pues estaba mucho peor á causa de la humedad del suelo que, por falta de ropa, había traspasado su cuerpo.

—¿Qué queréis? le preguntó el carcelero abriendo la puerta.

—Ante todo, señor—respondió la pobre mártir con dulce y apagado acento—ante todo, que me aflojéis esta cadena que han apretado á mi cuerpo tan bárbaramente; y luégo, que me digáis por qué motivo me hallo sólo con mi túnica interior.

—En cuanto á aflojaros la cadena os daré gusto—respondió el carcelero;—pero no sucede lo mismo con vuestra segunda petición; os habréis desnudado vos medio dormida.

—Pero ¿dónde está mi ropa?—exclamó la doncella que, ya en pie y vestida con una túnica de lino que la cubría del cuello á los pies, parecía el ángel del dolor; ya sabéis, señor, que ha cuatro días que volví á tomar mi traje de mujer por man-

dato del tribunal y que no me he despojado de mis vestidos de pastora por temor de que me matase la humedad del suelo, tan débil y enferma como estoy.

—¿Sentirías, por ventura, morir? preguntó el carcelero, que, á su pesar, se interesaba por aquella amable y dulce criatura.

—No, señor,—contestó la doncella—pero la vida es de Dios y debemos consevarla hasta que se digne disponer de ella.

—Pues bien, niña—repuso el carcelero, que no pudo contener su llanto;—niña mía, sois una santa y no puedo ocultaros la verdad.

—¿Qué queréis decir?

—Anoche me mandaron que os echase un narcótico en el agua; cuando estuvisteis profundamente dormida, os desnudaron de vuestro traje, que se llevaron, dejándoos en su lugar el de guerrera.

—¡Ay, Dios mío!—exclamó Juana llorando y cruzando sus brazos sobre la abertura de su túnica, á través de la cual se descubría su seno virginal;—¡ay, santo Dios! ¡Pero si he prometido á mis jueces no servirme ya jamás en mi vida de ese traje!

—Es verdad, hija mía; ¡y ahí fuera hay gentes ocultas acechando como los lobos carniceros el instante en que os le vistáis, para volver á llevaros ante los jueces y acusaros de relapsa y pertinaz!

—¡Cómo! ¿Qué decís?—exclamó Juana, cuyo

pálido y enflaquecido rostro se cubrió de carmín;—¿hay gentes viéndome... así... casi desnuda?

—Sí, sí, hija mía.

—¿Y dónde? ¡Esta prisión no tiene ventanas ni más puertas que la entrada!...

—¿Y no veis en esa puerta algunos agujeros muy pequeños?

—¡Ah! ¡Dadme, dadme, señor, ese traje!—dijo Juana con precipitación;—vos hubierais sido bueno y humano... hubierais apagado esa lámpara por vos mismo: además, sois anciano, y me parecía, al veros, ver á mi buen padre... ¡pero esas gentes que me miran, me infunden horror!... Dadme mi traje de guerra.

—¡Pero, infeliz! ¡Os perdéis! ¡El tribunal está reunido y espera este instante con ansia!

—¡Hágase la voluntad de Dios!

—¡Allí hay testigos, y un escribano que dará testimonio al instante de lo que llaman crimen!

—¿Qué remedio nos queda, señor?—repuso Juana con acento de dulce conformidad:—no he de comprar la vida á costa de mi pudor: además ¡cómo he de resistir el horrible frío de este calabozo! Podría soportarle algunas horas á lo más, pero ya que mi suerte es morir, sabré hacerlo sin cobardía y sin bajeza.

Al acabar de pronunciar estas palabras terminó de vestirse, y pasado un cuarto de hora, llamaron con fuertes golpes á la puerta del calabozo.

—Juana d'Arc—dijo la voz bronca de un ujier luégo que el carcelero hubo abierto—seguidnos á la presencia de vuestros jueces.

—Estoy pronta—dijo Juana con nobleza.

Y los siguió á la sala donde estaba el tribunal.

—Juana—dijo el conde Wervich levantándose con un aire que quería hacer majestuoso, y que era cruel y brutal;—tus jueces te condenan por haber faltado á tus promesas, por haber vuelto á vestir el traje guerrero, por relapsa é incorregible, á ser entregada al brazo seglar. Son las ocho de la mañana: se te conceden tres horas para hacer oración, y á las doce serás arrojada á las llamas.

Apesar de toda su fortaleza, Juana no contaba aún diez y nueve años y se puso á temblar; pero bajó la cabeza humildemente y siguió á sus guardias, que la condujeron á un aposento donde, dos caritativas mujeres, le pusieron un traje de mujer, de lana negra.

Después la llevaron á la capilla donde ya la esperaban dos religiosos dominicos para auxiliarla.

Dos horas y media pasó en oración: durante ellas confesó, comulgó, y oyó misa con la mayor devoción y con bastante tranquilidad.

—¿Qué tenéis, hija mía?—le preguntó uno de los religiosos, al ver deslizarse por sus pálidas mejillas algunas lágrimas;—¿qué os aflige? Deberíais estar muy alegre para agradecer al Señor el que tan joven y pura os lleve á su lado.

Juana no respondió: los sollozos hinchaban su pecho.

—Miradnos como á vuestros padres, mi querida niña—añadió el otro religioso, rodeando con su brazo el flexible y gracioso talle de Juana.—¿Deseáis algo? Decidlo con franqueza, que haremos cuanto dispongáis.

—¡Mis padres!... ¡ay!... ¡mis pobres padres y mis hermanos que... muero sin verlos!...—exclamó la desgraciada redoblando su llanto.

—¡Quién sabe, hija mía! Quizá vendrán; tal vez los hallaréis en vuestro último camino.

Juana guardó silencio durante algunos instantes; luégo se levantó, extendió sus brazos hacia las ventanas de la capilla, y exclamó entre sollozos:

—¡Ah, Roán, Roán!... ¿Conque tú eres mi última morada?

La pobre criatura sentía dejar una vida que apenas había empezado á vislumbrar.

Calmóse, por fin, aquel parasismo de dolor y volvió á ponerse en oración; más, apenas la había empezado, entró el verdugo á ponerle una coroza en que había esta inscripción:

Por hereje, relapsa, apóstata é idólatra.

La desdichada oyó casi al instante una señal de corneta y comprendió que había llegado la hora.

—Animo, hija mía—dijo uno de los religiosos ayudándola á levantar y sosteniéndola por la dere-

cha, pues estaba tan débil que apenas podía andar.

—El cielo se abre para vos—añadió el otro; luégo, volviéndose con majestad á los agentes de justicia, añadió:

—La víctima está pronta; vamos.

La comitiva se puso en marcha.

Iba primero el clero protestante de Roán con cirios encendidos.

Seguía la heroina con paso firme y marchando sola; de cuando en cuando, y al verla vacilar, uno de los religiosos la sostenia suavemente por la espalda.

El otro sacerdote tenía cuidado de enjugar con su pañuelo el helado sudor de la congoja que corría por su frente, y después frotaba sus sienes con una esponja empapada con un revulsivo tan violento, que el semblante de Juana recobraba casi al instante la serenidad y la alegría.

Juana iba fuertemente atada.

Detrás de ella marchaba una escolta de 120 hombres armados.

—Dios es bueno, grande y todo misericordioso—decía uno de los dos sacerdotes;—yo lo veo, hija mía, que os sonríe y os llama desde el cielo.

—Cuando todo nos falta en la tierra—añadió el otro religioso al pasar el umbral de la puerta—es un consuelo inefable al pensar en el padre amoroso que murió entre tormentos por salvarnos! ¡Él sólo nos ve y comprende nuestro dolor!

Juana, reanimada por estas sublimes palabras, alzó los ojos al cielo.

De repente un grito desgarrador se los hizo bajar á la tierra.

—¡Hija!...—exclamó una mujer, estrechando contra su pecho á la doncella.

—¡Madre!—respondió ésta con una alegría que tenía mucho de delirante; y tendiendo una mirada en derredor suyo, añadió:

—¡Padre mío!... ¡Hermanos de mi alma!... ¡Ah! ¡Bendito sea Dios!

Juana se vió abrazada por toda su familia, y la alegría y la calma se posesionaron de su hermoso rostro para no volverle á abandonar.

XXI.

La fúnebre comitiva se detuvo, respetando todos los que la componían el postrer adiós que la desventurada, destinada á la hoguera, iba á dar á su familia.

—¿Cuándo habéis llegado, padres míos?—preguntó Juana, cuyo espíritu se hallaba más libre y sereno desde que vió que podía dar á su familia la última despedida.

—Esta mañana—respondió su madre, que no había cesado aún de estrecharla entre sus brazos—

en la aldea se supo pronto la noticia de tu prisión; tu padre marchó á Reims y le dijeron ser cierta, pero en vano te siguió á las tres prisiones que has ocupado en el breve espacio de un mes: en ninguna pudo verte, y sólo tuvo el consuelo de saber que iba á serte perdonada la vida, y que la pasarías en una cárcel: ¡ah! como él decía, ¡más valía esto que perderte del todo! Pero hace algunos días que el temor y la zozobra no nos dejaban un instante de reposo, y emprendimos la marcha hacia Roán: al llegar, hallamos á tus hermanos, quienes nos dijeron, hace cuatro días, que había ofrecido el obispo Cauchón al pueblo de Roán que hoy perecerías en la hoguera!... ¡Oh, hija mía!... ¡Nosotros creíamos venir á darte un abrazo antes de que te pusieran en el calabozo en que habías de pasar tu vida, según la primera sentencia!... ¡Veníamos tu padre y yo á pedir á los jueces la gracia de encerrarnos contigo!... ¡Y tendremos que asistir á tu suplicio!... ¡á tu muerte!...

Los sollozos ahogaron la voz de la triste Isabel.

Juana se volvió á sus hermanos y exclamó con admiración dolorosa:

—¡Cómo! ¿Habéis dejado el servicio de vuestro rey?

—¡Sí! —contestó Gaspar.—Hemos arrojado á sus pies nuestras espadas hechas pedazos.

—¡Oh, Dios mío!—dijo la doncella, alzando al cielo sus ojos llenos de lágrimas.—¡por qué no me

habéis dejado morir sin hacerme probar este dolor!

—¿Querías, por ventura, que siguiéramos defendiendo al rey cobarde que ha consentido en que te venda el duque de Borgoña á la Inglaterra?

—¿Qué dices?—preguntó Isabel, asiéndose con lívido semblante al brazo de su hijo.

—Dice—añadió Nicolás—que el obispo Cauchón ha comprado por diez mil francos al duque de Borgoña el derecho de sentenciar á mi hermana.

Escapáronse un sordo gemido del pecho de Santiago d'Arc, y un ahogado sollozo de los labios de Isabel.

—¡Madre... paciencia!—dijo Juana con adorable mansedumbre.—Dios fué vendido también, y él es quien me espera allá arriba.

—¡Ea, basta ya de coloquio!—gritaron algunos hombres del pueblo.—¡A la hoguera! ¡á la hoguera!

—¿Y mi abuela?—preguntó Juana con precipitación, al ver que la comitiva se disponía á marchar.—¿Y Ralf?

Un ladrido de alegría contestó á estas palabras: algunos se volvieron y vieron á un gran perro de raza de lobo que corría delante de una anciana venerable, la cual caminaba con paso jadeante y fatigoso.

—¡Madre mía! ¿A qué habéis venido? exclamó Isabel con angustia.

—¿Dónde... dónde está Juana?—preguntó ella

azorada:—dicen que está condenada á prisión para mientras viva, ¡y yo quiero verla aún una vez antes de que la encierren!... ¡Quiero verla... porque soy muy vieja y moriré muy pronto!...

Nadie contestó á estas tristes palabras; sólo Ralf saltaba al rededor de Juana dando pequeños ladridos de alegría.

—¡A la hoguera la hereje!—repitió la muchedumbre;—¡basta de gritos y de gemidos!

—¡Madre! Hasta el cielo,—dijo Juana abrazando á su abuela.—Padres míos... ¡adiós!—añadió tomando las manos de Santiago y de Isabel;—¡allá arriba os espero á todos!

Nicolás y Gaspar la rodearon con sus brazos.

—¡Ya os dije, madre mía, que Dios me mostraba desde el cielo una corona de espinas!...—continuó Juana,—¡la he ceñido y voy á cambiarla por otra de eterna gloria!

Al decir estas palabras, dió el último abrazo á sus hermanos, que lloraban con desconsuelo, y cruzando las manos, volvió á ponerse en marcha rezando en voz baja y sin necesidad ya de que la sostuviesen los religiosos.

Su desolada familia la siguió; el amor y la desesperación dió fuerzas y aliento á su madre Isabel y á su anciana abuela.

Los tambores y trompetas batían una marcha fúnebre y lenta; Juana caminaba despacio, serena y reposada; dos veces en el trecho que separaba

la cárcel de la plaza del Mercado, se volvió para ver aún á su familia: pero sólo pudo columbrar la blanca cabeza de Santiago que, á causa de su elevada estatura, dominaba á la multitud.

Llegaron, por fin, á la plaza del Mercado, y Juana subió con dignidad las gradas del tablado donde estaban sentados sus jueces; á su vista desapareció de nuevo la fortaleza de Juana; pintóse el terror en su rostro y corrieron abundantes lágrimas por sus mejillas.

El doctor Nicolás Midy se levantó, le dirigió un discurso lleno del más atroz fanatismo, y concluyó con estas palabras:

—Id en paz, Juana; ya no puede defenderos la Iglesia y os entrega á la justicia seglar.

Dicho esto volvió á sentarse, y Pedro de Cauchón se levantó á su vez y fulminó, con las facciones bañadas de un gozo cruel, la sentencia de condenación.

Cuando acabó de hablar, y después que uno de los religiosos hubo enjugado con su pañuelo el llanto que bañaba las mejillas de Juana, se volvió ésta al sacrílego obispo, y le dijo con voz entera:

—Vos sois la causa de mi muerte: prometéis salvarme, y me entregáis á mis enemigos los ingleses. ¡Dios os perdone como lo hago yo!

Estas dulces y suaves palabras, conmovieron al prelado á pesar de su ferocidad: y no obtante su impaciencia por gozar de aquel triste espectáculo,

el pueblo, los soldados, y hasta el mismo verdugo prorrumpieron en sollozos.

Juana se arrodilló, y dijo con fervor:

—¡Dios mío! ¡No me neguéis vuestra asistencia en este instante supremo!

Y luégo, volviéndose al pueblo, dijo en voz más alta y con acento penetrante:

—¡Ingleses! ¡Dejad la Francia á su legítimo dueño el rey Carlos VII, que es el ungido de Dios!

Entonces volvió á ponerse en pie con gran entereza, y hubo un instante de inmovilidad y de profundo silencio.

El bailío de Roán y sus asistentes enviados allí por el duque de Bedfort para representar al tribunal seglar, no quisieron pronunciar sentencia alguna: tanta era la indignación de que estaban poseídos; pero viendo que el acto se había detenido, uno de los asistentes dijo con mal segura voz:

—¡Traedla!...

Entonces se acercó el verdugo, y tomó á Juana por la mano sacándola de entre las filas de los arqueros ingleses y llevándola al segundo tablado ocupado por el tribunal seglar, y á cuyo pie se hallaba preparada la hoguera.

—¡Oh! ¡Cuánto deseo un Crucifijo! exclamó la desgracia joven alzando los ojos al cielo.

—La mitad de mi vida cedería por dároslo, ¡hija mía!—dijo uno de los religiosos,—pero no me han permitido traerlo.

—¡Esperad!—exclamó un caballero inglés que se hallaba cercano:—y rompiendo su bastón en dos pedazos desiguales, y quitando una cadena de oro que llevaba al cuello, los enlazó en forma de cruz y los presentó á Juana, que le dió gracias con una dulce mirada, y pidió al otro dominico acercase á sus labios el signo de la Redención.

—¡Dios os lo pague, caballero!—dijo el religioso al generoso espectador.—Y añadió dirigiéndose á Juana, que oraba:

—La hora ha llegado... valor, hija mía.

Juana no necesitó de más exhortación; subió á la hoguera y se arrodilló devotamente, estando siempre á su lado los dos religiosos.

—Padre,—dijo ella al de su derecha;—hacedme la merced de preguntar á aquel noble caballero si me da este collar de oro que enlaza la cruz, ó si únicamente me lo presta.

—¿Por qué decís eso, hija mía? observó el confesor.

—Porque si me lo da, deseo que con él suspendáis de mi cuello este signo de la Redención.

—¡Vuestro, vuestro es el collar, mi querida niña!—dijo el caballero, que había oído el anterior diálogo;—¡no importa que lo derrita el fuego!

El religioso colgó del cuello de Juana la cruz, y en seguida puso el verdugo fuego á la hoguera.

—¡Adiós, padres míos!—exclamó Juana;—¡Adiós, hermanos!... ¡Hasta el cielo!

Calló, dicho esto, y se puso á orar; levantóse sin dejar su oración, y el verdugo la sujetó con una cadena á un pilar de hierro, debajo del cual había empezado á arder la hoguera.

Juana sintió al instante que el fuego la iba envolviendo, é hizo seña con los ojos á los dos religiosos para que se retirasen, pues aquellos santos hombres sentían calcinarse sus pies con el abrasante tablado, sin que pensasen en retirarse, ocupados en su triste tarea.

Obedecieron, sin embargo, al deseo de la moribunda, que alzó los ojos al azulado firmamento para no volverlos ya á bajar sobre la tierra.

Bien pronto empezaron á lamerla las llamas con sus ardientes lenguas; la pobre niña, en su mortal desasosiego, movió la cabeza, y su alta é infamante coroza cayó á la hoguera, quedándose con la cabeza desnuda y con sus largos rizos negros esparcidos por los hombros.

Un sol radiante y purísimo, el vivificante sol de Mayo, alumbraba aquella escena de muerte, y el aire, perfumado de mil flores, llegaba á avivar la hoguera, que envolvía rápidamente á la heroina.

Pocos instantes bastaron para que Juana quedase sumergida y oculta en la inmensa hoguera.

Entonces se oyó salirde entre las llamas su voz, siempre dulce, pero temblorosa por la fuerza del dolor.

—¡Jesús! exclamó aquel moribundo acento.

Luégo sólo se oyeron algunos gemidos que poco á poco se fueron extinguiendo, y al fin la hoguera quedó consumida y sólo presentó un montón de cenizas, entre las cuales brillaban algunos pedazos del collar de oro del caballero inglés.

El pueblo se dispersó silencioso, y un anciano se precipitó á la hoguera y recogió aquellas ráfagas de oro que habían ceñido el torneado y lindo cuello de Juana.

Aquel anciano era Santiago d'Arc.

XXII.

Aquella noche murió la abuela de Juana, y dos meses después bajó también al sepulcro Isabel Romée, víctima de una rápida consunción que nada pudo cortar.

Nicolás y Gaspar marcharon á servir á la Alemania.

Sólo quedaron en la cabaña de Domremy Santiago y Ralf.

Aquel, loco; éste, mantenido por el cuidado cariñoso de los pastores, que le amaban como un amigo.

Veinticinco años después, el Rey Carlos VII recordó á la desgraciada joven que le había devuelto el trono de sus padres, y pidió al Sumo

Pontífice una autorización para revisar la causa formada á Juana, y rehabilitar su memoria.

La sentencia del proceso fué declarada nula, abusiva é injusta, y se hizo pedazos públicamente.

En conmemoración de Juana se hicieron dos solemnes procesiones, seguidas de los sermones de honras.

Colocóse una cruz en el sitio de la ejecución, y se le erigió una estatua, que se colocó en la plaza mayor de Orleans, aquella ciudad ganada por ella á los ingleses tan heroicamente.

Mas los que la habían juzgado gozaron de la impunidad de su crimen durante el reinado de Carlos VII.

Su hijo y sucesor Luis XI, llevado, más bien que de la rectitud y de la justicia, de su carácter cruel y sanguinario, mandó entablar de nuevo el proceso cuando subió al trono, y dos de los jueces de Juana, que aun vivían, y cuyos nombres no designa la historia, fueron presos y condenados á perecer en la hoguera, esto es, con el mismo suplicio que la habían impuesto.

El nombre de Juana d'Arc es, desde su muerte, popular, no sólo en Francia, sino en toda la Europa. Los historiadores y los poetas lo han trasmitido de siglo en siglo como un objeto digno de la admiración general.

Voltaire ha mancillado, con su impura pluma, el nombre hermoso y sin mancha de Juana d'Arc;

pero el gran poeta de Alemania, Schiller, ha vengado noblemente á la doncella de Orleans del horrible patriotismo del inglés Shakespeare, que se ha atrevido á ultrajar su memoria con mayor cinismo aún que el escéptico poeta francés.

La desdichada familia de la heroina de Orleans fué acaso más digna de lástima que ésta, pues pereció víctima de su dolor, sin tener para consuelo la gloria que alumbró la muerte de Juana, y que refleja con rayos inmortales sobre su tumba.

Sus hermanos perecieron en las guerras del siglo XV como oscuros soldados.

Su padre murió loco, y cuidado sólo por sus honrados vecinos.

Ralf fué comprado á unos pastores, que le habían heredado, por cien francos, precio en que creyó adquirirle muy barato un caballero francés, que le trató con el mayor cariño.

LUISA MAXIMILIANA DE STOLBERG,

PRINCESA ESTUARDO Y CONDESA DE ALBANY.

Sucede con el corazón como con el cielo: que cuantos más ángeles, hay más sitios.

(Federica Bremer.)

I.

Reía la blanca aurora de un día de primavera en el palacio y los jardines del príncipe de Stolberg Geldern, cerca de Mons, distrito de Hainaut, en Bélgica, cuando una joven, vestida con un peinador blanco guarnecido de encajes, bajaba lentamente una escalinata de mármol que conducía al parque de dicho palacio, desde su suntuoso interior.

Aquella joven parecía tener cerca de veinte años, y aunque estaba dotada de una belleza angelical, llamaba la atención, sobre todo, por la gracia y elegancia de su figura y la distinción y encanto de sus maneras.

Oigamos lo que dice de ella el gran Alfieri en una carta á un amigo suyo:

«Sus ojos negros, llenos de fuego y de la más dulce expresión, una tez blanquísima, y el cabello

del rubio más hermoso, daban á su belleza tanta brillantez, que era muy difícil desprenderse de ella.»

No exageraba el inmortal poeta la belleza de Luisa Maximiliana de Stolberg, pues no es otra la joven que presento á mis lectores, bajando á los jardines del palacio de su padre.

Era de mediana estatura, esbelta y delicada como una palma: su nariz perfecta, su boquita rosada, y su graciosa frente, coronada de una poblada cabellera dorada, formaban el conjunto más seductor, completado por la nobleza de su porte y de su flexible talle.

Luisa llegó al jardín, que era muy hermoso: corría entonces el año de 1772, y aun no se había introducido en los jardines el fastuoso lujo de nuestros días: la naturaleza lucía más sus galas y en cambio el arte no había adelantado tanto: no había boj recortado, montañas artificiales, ni árboles enanos; pero la frondosa y rica vegetación de Bélgica hacía brotar césped por doquiera, y por todas partes se veían flores, corpulentas encinas, esbeltos álamos y frescas cañadas.

Luisa se sentó en un banco de piedra, cuyo respaldo le formaba un frondoso jazmín, y sus lindas facciones se dilataron con una sensación de bienestar y de gozo imposible de describir.

La hija del príncipe de Stolberg-Geldern había nacido en aquel palacio en el año de 1752, y su

infancia y su adolescencia habían corrido puras y apacibles, pero tristes, en aquellos jardines, único mundo que conocía: había perdido á su madre, cuando aun se hallaba en la cuna, y su vida se había deslizado solitaria y sin más goces que correr tras de las mariposas, seguida de su lebrela Mirza, hermoso animal que casi nunca la abandonaba.

Permaneció la joven un rato sentada, y como sumergida en una meditación deliciosa: luégo, como si necesitase hablar en voz alta para desahogar su corazón, henchido de algún sentimiento muy profundo, exclamó levantándose y tendiendo sus miradas por el jardín:

—¡Oh, qué hermoso día se presenta! ¡Jamás me ha parecido tan bello este jardín, tan aromadas sus flores, ni tan sonoro el rumor de su fuentes! ¡Cuán bueno, cuán dulce es amar! ¡Cómo dilata el alma! ¡Cómo ensancha los horizontes del pensamiento! ¡Ah, Cárlos! ¡Cuanto te agradezco que me hayas enseñado á vivir, al hacerme comprender todo lo hermoso, todo lo radiante que existe en el amor mutuo é intensamente sentido!

Calló Luisa: escapáronse de sus ojos algunas lágrimas que corrieron por sus blancas mejillas, y juntó sus manos sobre el corazón como para contener sus latidos.

De repente, algunos ladridos suaves y quejumbrosos la sacaron de su distracción: volvióse sorprendida, y vió bajar corriendo por la escalinata

de mármol á su perra Mirza, seguida del príncipe de Stolberg.

Un vivo rubor vistió las facciones de Luisa; mas haciendo un esfuerzo, pudo, serena al parecer, salir al encuentro de su padre.

II.

Era el príncipe de Stolberg un anciano que pasaba de los sesenta años, de figura benévola y simpática y nobles facciones.

Acercóse á su hija, la abrazó amorosamente, después la hizo sentar en el banco de piedra que antes había ocupado, y se colocó junto á ella.

—Buenos días, hija mía—dijo el príncipe, extrechando en las suyas una mano de Luisa.—He querido verte para hablar un rato contigo con formalidad, y, sobre todo, con franqueza.

—¡Padre!...—murmuró la joven con un tono de afectuoso reproche.

—Déjame hablar, Luisa: luégo contestarás á lo que yo te diga—repuso el príncipe con triste gravedad.

—Ya os escucho, padre mío—repuso la joven con sumisión.

El anciano prosiguió, después de un penoso es-

fuerzo para serenar su voz conmovida por la emoción:

—Vas á casarte, hija mía: hoy dejarás este techo, en que tu vida ha corrido feliz y tranquila, y bajo el cual todos te amábamos con la mayor ternura: y al empezar el último día que has de pasar á mi lado, debo decirte los recelos que abrigo acerca de tu porvenir.

—¡Recelos, padre mío!—exclamó Luisa con tono de reconvención.

—Sí, hija mía, recelos muy tristes, y... ¡quiera Dios que no sean fundados! Luisa—continuó el anciano—temo que el príncipe Carlos no sepa hacerte feliz.

—Pero ¿por qué, padre mío?

—¡Es ambicioso, inconstante, aturdido: se deja llevar siempre de la primera impresión: te vió dos meses hace pasando á caballo por delante de este palacio: se enamoró ciegamente de ti... pero sólo de tu belleza, hija mía: no es un amor de convencimiento, cimentado por el trato y por el aprecio de tus nobles cualidades: no es un amor que se apoya en la simpatía del alma y de la inteligencia. Carlos tiene poco talento, y por lo tanto, hija mía, no puede apreciar el tuyo que, en este ocasión solemne, y por la vez primera de mi vida, puedo decirte que no es muy común: tu alma es apasionada y tierna; la suya ambiciosa, fría y calculista: tu imaginación poética, y su temperamento material

y grosero: y no es esto, hija mía, lo que más me aterra: es peor á mi modo de ver que tu esposo sea biznieto de Jacobo II de Inglaterra, y que se le apellide *El Pretendiente!*

—Padre mío—repuso Luisa con firmeza—yo creía que lo que os había decidido principalmente á dar mi mano al príncipe Carlos, era precisamente su cuna real: ¿acaso no soy yo hija del príncipe Stolberg? ¿Tanto favor me hace?

—No, hija mía—repuso el anciano ahogando un suspiro:—tu cuna no cede en nada á la suya: yo he adelantado quizá mis recelos más de lo que debía: lo que más cuidado debe inspirarnos es el carácter del príncipe.

—¡Oh, no temáis por eso! ¡Yo le cambiaré! ¡Me quiere tanto!

—¡Santas y sublimes ilusiones del amor!—murmuró el príncipe con tristeza:—¡por qué os habéis de trocar tan pronto en descarnadas realidades!

Luisa no le oía: estaba ocupada en escuchar, con el corazón palpitante, el paso aun lejano de un caballo.

—¡Ahí está Carlos!—gritó, precipitándose hacia la puertecilla del parque, en tanto que su padre se dejaba caer en el banco que ella había ocupado poco antes.

Era el príncipe Carlos Estuardo, prometido de la hija del príncipe Stolberg.

Su figura era muy hermosa: alto y bien forma-

do, sus facciones recordaban los puros rasgos de la fisonomía de la reina Ana Estuardo, su ascendiente: tendría la misma edad que Luisa, y sus ojos azules y sus cabellos rubios y ensortijados daban á su semblante un aire seductor de dulzura y juventud.

No obstante, examinándolo con algún detenimiento, se conocía que el frío egoísmo había hecho su presa de aquella alma de veinte años.

Llevaba un traje de terciopelo violeta, ricamente bordado: los encajes de su cuello y de sus mangas valían una fortuna: resplandecía el puño de su espada, cuajado de pedrería, á los rayos del sol naciente, y sus cabellos, que caían en largos bucles, á pesar de estar empolvados, según la moda de aquel tiempo, ostentaban su seductor matiz.

—Buenos días, señor—dijo con un frío respeto, dirigiéndore al anciano, que no había dejado su banco de piedra.

—Buenos días, príncipe—respondió el de Stolberg con la misma frialdad.

Los jóvenes se internaron, para pasearse, en una calle de tilos, y no bien estuvieron á alguna distancia, dijo Carlos con marcada acritud:

—La conducta de tu padre es incalificable, Luisa.

La joven guardó un triste silencio.

—Yo que soy un príncipe real—prosiguió el orgulloso Estuardo—le hablo con el sombrero en

la mano; y él, que es un príncipe tributario, me recibe sentado y cubierto.

Luégo, como viese que Luisa no respondía nada, añadió mirándola con una especie de cólera:

—¡Ah, si no fueras tan hermosa!

—Olvidad mi belleza si no podéis amar y respetar á mi padre, como yo quiero, príncipe—dijo Luisa con firmeza;—aun estáis á tiempo.

—¿Renunciar á ti!—exclamó Carlos, rodeando con su brazo el flexible talle de Luisa, como si temiese que viniesen á arrancársela.

Luégo añadió entre dientes:

—¡Antes renunciaría á mis derechos á la corona de Inglaterra!

Luisa se desembarazó dulcemente de la presión del príncipe, cambió de conversación y entrambos continuaron su paseo.

III.

A las ocho de aquella noche se celebró en la capilla del palacio de Stolberg el matrimonio de Carlos Estuardo y de Luisa.

El desposado había firmado su contrato nupcial algunos días antes con su apellido regio, pero añadiendo el título de conde de Albany, que le había

concedido el Parlamento de Inglaterra, y que usó siempre desde el día de su casamiento.

El gran duque de Toscana, Pedro Leopoldo, fué padrino de este enlace, y, en su nombre, el marqués de Rívoli, que fué exprofeso á Stolberg, enviado por su señor para representarle en la ceremonia y para acompañar después á los ilustres desposados á Toscana, donde tenían preparada una espléndida residencia.

Toda la nobleza del distrito, de casi toda la Bélgica, y mucha parte de la de Inglaterra—aquella que era adicta á la dinastía de los Estuardos—presenció el casamiento. Luisa estaba radiante de belleza y de alegría, y en la frente del desposado se veía brillar también el orgullo satisfecho; mas la del príncipe de Stolberg estaba cargada de oscuras nubes, y cuando Luisa pronunció el *sí* que la separaba de él para siempre, lanzó un ahogado sollozo.

Acabada la ceremonia, los concurrentes pasaron á los salones donde estaba dispuesto un suntuoso banquete, terminado el cual se fué Luisa á su habitación, trocó su traje de raso blanco por otro de camino, y subió á un coche de viaje con su esposo.

Seguíanla en otros el marqués de Rívoli con su secretario, su servidumbre y la de Luisa, que no había querido separarse de su aya, y dos jóvenes, damas de honor suyas desde que contaba una edad muy tierna.

El camino fué silencioso: Luisa lloraba acordándose de su buen padre y apenas respondía á las apasionadas palabras del príncipe, que no pasaban de vulgares protestas.

Cuando rayó el día se hizo más intensa la aflicción de la joven condesa: cada pradera, cada colina que el rápido rodar de su carruaje dejaba detrás, le decían que se alejaba de su hermosa Bélgica, tan poética, tan bella, tan querida, y su pena se tornaba cada instante más amarga.

Cansado el príncipe de consolarla se durmió, y Luisa, al oir su sonora respiración y al ver la poca parte que tomaba en su pena, exclamó con voz ahogada por el llanto:

—¡Oh, padre mío! ¿por quién te dejo, y qué amor me sostendrá en la escabrosa senda de la vida?

En la frontera de Toscana hallaron al gran duque, que salió á recibirles, y los acompañó al palacio que les tenían destinado en las cercanías de Florencia.

El gran duque cenó con el conde de Albany y su esposa, cuya belleza pareció hacerle una fuerte impresión: luégo, llevando aparte á aquél,

—¿Necesitáis algo, conde?—le preguntó con la mayor cordialidad.

—Nada, duque—respondió con frialdad Carlos, recalcando la palabra *duque*.

Irguióse soberbiamente Pedro Leopoldo y cubrió

su cabeza, que hasta entonces había tenido descubierta por atención á la condesa.

—¡Soy un príncipe reinante!—dijo con majestad.

—¡Soy un Estuardo!—contestó con insolencia Carlos, poniéndose también su sombrero.

—Conquistad un trono y os trataré como á rey—repuso Pedro Leopoldo volviéndole la espalda.

Acercándose después á Luisa, que se recostaba tristemente en su sillón, volvió á quitarse el sombrero y le preguntó:

—¿Puedo hacer algo por vos, señora?

—Gracias, príncipe—contestó la condesa, que se levantó, sin perder por eso nada de su dignidad;—muchas gracias: las cortes de la casa de Borbón nos han señalado rentas sobrado crecidas para nuestra condición.

Carlos lanzó á su mujer una mirada de desprecio, y el duque, sin mirar al orgulloso pretendiente, salió diciendo en voz muy baja:

—¡Es un ángel!

IV.

Cinco años han pasado.

Era una noche de invierno de 1777, y en un salón de un hermoso palacio de Florencia se ha-

llaba el conde de Albany sentado junto á una joven de fisonomía, más que bonita, espiritual y simpática.

—Señor—decía ella, procurando desasir su mano de entre las del conde;—¡señor, dejadme! Jamás, no, jamás podré resolverme á hacer traición á vuestra esposa, á cuyo servicio estoy desde la edad de doce años, y que tantas pruebas me ha dado de afecto y de bondad.

—¡Bah! ¡bah! palabrería, mi querida Leopoldina, pura palabrería!— contestó el conde, cuyo semblante estaba abotargado y cubierto de granos, fruto de su estado casi continuo de embriaguez desde hacía tres años.

—Os repito, señor, que no quiero escucharos.

—¿Prefieres hablar y que yo te escuche?

—¿Y qué queréis que os diga?

—La vida que ha llevado la condesa durante los dos meses que yo he pasado cazando.

—¡Oh, de buena gana os la diré!—contestó Leopoldina, en cuyos hermosos ojos negros brilló la alegre esperanza de verse libre á poca costa de las persecuciones del conde.

—Habla, pues.

—La señora condesa se ha levantado temprano como siempre; ha empleado en su tocador la hora y media que tiene de costumbre, pues ya sabéis que nunca descuida su persona, como si agradeciese á Dios el haberla dotado de tan admirable belleza.

—¿Y qué más?—preguntó impaciente el conde.

—Luégo ha dedicado las primeras horas de la mañana hasta la del almuerzo á la música y á la pintura; después de almorzar ha escrito su larga y diaria carta á su ilustre padre.

—¡Todavía le dura esa abominable costumbre!—murmuró con ira el conde; luégo añadió dirigiéndose á Leopoldina:

—Prosigue.

—Acabada la carta, ha salido á paseo en carruaje ó á caballo con sus escuderos, y con Amelia ó conmigo, según á la que tocaba, pues seguimos un turno riguroso.

—¿Y quién la acompañaba en el paseo?

—Algunas veces S. A. el gran duque.

—¡Magnífico!—exclamó el conde frotándose las manos con una malvada alegría;—¿y venía á buscar aquí á la condesa?

—No, señor; sólo paseaban juntos cuando se hallaban en el paseo.

—¿Quién más acompañaba á la condesa cuando no encontrabais, *por acaso,* se entiende, al gran duque?

—Nadie, respondió la camarista con mal segura voz.

—¡Mientes! gritó Carlos con furia.

—¡Señor!

—¡Di la verdad!

—Señor, la acompañaba alguna vez también el

conde Victor Alfieri, ese noble italiano tan melancólico y adusto, y que, según dicen, es tan gran poeta.

—Adelante.

—Después del paseo, la señora condesa se vestía para comer; y luégo volvía á vestirse para recibir á los nobles extranjeros que cada día le presentaban, y que eran casi los mismos que hoy frecuentan el palacio.

—¿No venía también el conde Alfieri?

—Como ahora; todos los días.

—¿Salía cuando todos?

—No; antes que nadie.

—¿Por qué no querías decirme que el conde Alfieri acompañaba en sus paseos á la condesa?

—¡Oh, señor! ¡Dicen que sois tan celoso!

—¡Pobre Leopoldina! Sólo es uno celoso cuando ama; así, guárdate de tener ningún amante; ó, si lo tienes, ocúltamelo.

—Pero, señor, ya sabéis que estoy prometida al vizconde Gualtero, y que le amo.

—¡Pues le mataré!

—¡Bah! ¿Por qué? dijo la pobre niña, cuyos labios pálidos se esforzaban en formar una sonrisa.

—Porque te amo.

—¿Y mi señora?

—¡La odio! ¡Y quiero, á fuerza de malos tratamientos, obligarla á pedir el divorcio!

—¡Oh, Dios mío! ¡A ella, tan buena, tan noble,

tan hermosa! ¿Y qué lograréis con el divorcio?

—Así que lo consiga, trataré de hacer anular nuestro matrimonio bajo el pretexto de que la esterilidad de Luisa dará lugar á extinguir la raza de los Estuardos.

—¡Pero eso no es verdad! ¡La condesa ha dado á luz dos niños muertos, efecto de los disgustos que la hacéis sufrir!

—¿Qué me importa? Yo necesito enlazarme con una princesa de una casa soberana, que me ayude á colocarme en el trono de Inglaterra.

—¿Y qué queréis hacer entonces de mí?

—¡La reina de mi corazón! contestó el cínico esposo tratando de abrazar á la joven camarista.

Mas ésta, ágil como una ardilla, se le escapó de entre las manos, y corrió á encerrarse en su cuarto, donde derramó un torrente de lágrimas, menos por sí que por su infortunada señora.

V.

El conde de Albany hirió el suelo con su pie, lleno de cólera, al ver desaparecer el último pliegue del flotante traje de la dama de honor; luégo empezó á pasearse por la habitación con aire preocupado.

Ya no era el hermoso joven que hemos conoci-

do el día de sus desposorios; toda la elegancia de sus formas había desaparecido, invadida por una repugnante grosura; sus ojos azules, antes tan rasgados y hermosos, estaban rojos y rodeados de hondas ojeras, producto de sus noches de orgía; su tez, encendida y salpicada de manchas y granos; su dentadura, ennegrecida por el uso continuo de la pipa, y descuidada por completo; notábase en toda su persona un no sé qué de compostura afeminada, de vergonzoso enervamiento, y de falsedad depravada y cruel.

Su pasión por Luisa había pasado muy pronto; tres meses después de su casamiento, descubrió la joven los amores de su esposo con una muchacha del pueblo, que se presentó llorando á gritos á la puerta del palacio.

Luisa la hizo entrar en su habitación, la consoló, le dió una crecida suma de dinero y buenos consejos para en adelante, y la pobre muchacha se arrodilló á sus pies llamándola su ángel tutelar.

La condesa dió á su esposo tiernas y sumisas quejas de su infidelidad; él le respondió riendo y jugueteando, y la desgraciada joven olvidó bien pronto aquella injuria.

Algún tiempo después, el conde quiso ir á vivir á Florencia, y dejando su risueño castillo de las cercanías de esta ciudad, compró un palacio dentro de sus muros, y condujo á él á su esposa.

Entonces empezó una vida de desórdenes y de

conjuraciones políticas, para las cuales contaba únicamente con gente perdida, con emigrados de equívoca procedencia, y con duelistas, desterrados, expatriados por sus excesos.

Luisa le vió pasar muchas noches seguidas fuera de su casa; le vió volver embriagado y conducido por dos de sus infames amigos; sufrió que tuviese citas con sus queridas dentro de su mismo palacio; y convencida de que ni sus quejas ni sus reconvenciones podrían cambiar aquella grosera naturaleza, se resignó á sufrir y á permanecer retirada en su habitación la mayor parte del día, acompañada de su aya y de sus dos damas de honor.

Las empresas del príncipe abortaron todas, debiendo el no ser encerrado en un castillo para toda su vida, á la consideración que el Gobierno inglés tenía á su regia cuna; sus agentes le estafaban, y validos de la nulidad de su talento, le hacían creer absurdos que jamás debía ver realizados; cuando le suponían próximo á irritarse contra ellos, le llevaban á una cena crapulosa, ó á una casa de juego, y allí apagaban el ardor de su cólera con el cansancio de nuevos excesos.

Dos años pasaron en tenebrosas conspiraciones y en vergonzosos placeres y, durante ellos, Carlos Estuardo conservó hacia su mujer, si no cariño, al menos cierta consideración.

Cuando la vió próxima á ser madre, pareció reanimarse en él un sentimiento más noble, y hubié-

rase dicho que le agradecía la perpetuidad de su nombre.

Poco antes de dar á luz la condesa aquel hijo tan esperado, volvió Carlos á su palacio cerca del día, conducido por dos de sus comensales, y herido en la cabeza por un vaso, que un convidado ebrio le había arojado en el calor de una disputa; venía tan espantoso, tan cubierto de vino y sangre, tan desfigurado, en fin, que el corazón de Luisa tembló en su pecho, y cayó ésta sin sentido, dando un grito penetrante.

Al día siguiente dió á luz un niño muerto.

Cuando el conde volvió en sí, y le enteraron de ocurrido, fué al cuarto de su esposa, y tuvo la crueldad de injuriarla con groseras reconvenciones; pero Luisa se incorporó en su lecho, blanca, severa y helada, y le dijo estas solas palabras:

—Carlos, la muerte de mi hijo ha apagado mi amor hacia vos; ¡dejadme!

El corazón del príncipe tembló al oir estas palabras. Luisa era su ángel bueno, y le abandonaba.

Durante algún tiempo, cambió de vida, y Luisa creyó en su arrepentimiento.

¡Pobre niña! ¡No sabía con quién estaba unida, ni quién era el hombre á quien, á pesar suyo, amaba todavía!

El conde volvió á su vergonzosa vida; para ser feliz en su apacible retiro con la hermosa, con la

angelical Luisa, se necesitaba otra inteligencia más elevada que la suya, otro corazón más sensible, otra alma más tierna; pero el conde carecía enteramente del sentimiento de lo bello; las artes no decían nada á su imaginación vulgar; odiaba la lectura y, como rico y gran señor, no reconocía tampoco obligaciones forzosas.

Un año después, y próxima Luisa á ser madre por segunda vez, se retiró á su castillo señorial, para dar á luz al ilustre vástago de los Estuardos; las casas reales de Inglaterra, de Francia y de Toscana, habían despachado sus embajadores para asistir al parto de la princesa; los Países Bajos habían enviado ricos presentes para el recién nacido, y las cortes de Roma y de Borbón habían nombrado su servidumbre: Carlos Estuardo era rechazado por los ingleses por su nulidad y sus vicios; pero todo anunciaba que muchos acataban en su sucesor al heredero del trono.

Luisa esperaba á su hijo rogando á Dios que no se malograse; una noche que le esperaba leyendo en su libro de oraciones, oyó parar un coche á la puerta del castillo; era cerca de la una, y Luisa creyó fundadamente que sería su marido; pero su sangre se heló en las venas, al oir á su aya disputar con una mujer, que al fin se pricipitó en su cuarto pálida y desgreñada.

Era la condesa Giovanna Vassi, dama de su esposo, y conocida por tal públicamente.

La condesa era alta, morena, varonil y parecía poseída de una violenta cólera.

—¡Se ha escapado!—gritó como una hiena—¡ha huído!

Luisa calló; tenía seca la garganta y no había sonidos en su pecho.

—¡Pues qué! señora—continuó la condesa;—¿sóis de marmol? ¡El príncipe ha huído á París con la bailarina Floriana! ¡Vamos, vos que podéis, enviad en su busca! ¿No tenéis soldados, escolta, lacayos, coches? ¿En qué pensáis?

Luisa se puso lívida; abrió mucho sus grandes ojos negros; viéronse brotar en su frente menudas gotas de un helado sudor; crispáronse sus manos, tembló horriblemente, y luégo gritó con un acento arrancado del alma:

—¡Mi hijo ha muerto!... ¡Dios maldiga á su asesino!...

Cruzó con fuerza sus manos sobre su seno, como para retener el postrer aliento de su hijo que agonizaba en sus entrañas, y cayó rígida y pesadamente en los brazos de la condesa Giovanna, que en aquel momento hubiera deseado que la tragase la tierra.

VI.

La camarera mayor, ó aya de la princesa, escribió á Carlos la muerte prematura de su hijo y el estado de desesperación de Luisa, un mes después de la noche fatal en que sintió morir en su seno á la pobre criatura; pero el conde, preso en las redes de Floriana, y habiendo perdido otra vez la esperanza de ser padre, permaneció un año en París, al cabo del cual, arruinado por la bailarina y por el juego, volvió á Toscana.

Al ver á Luisa, no pudo menos de estremecerse: no era ya más que la sombra de la deslumbradora belleza que la había hecho célebre en toda la Europa; su tez tenía la diáfana blancura del nácar, y sus grandes ojos estaban apagados, como los de todas aquellas personas que han sufrido mucho, pareciendo más grandes por su extremada falta de carnes.

Sin embargo, aun era muy bella; su rostro, tan puro como un camafeo antiguo, estaba guarnecido de gruesas y apretadas trenzas de cabello rubio: notábase en toda su persona, y en sus actitudes llenas de una adorable gracia, la resignación hacia la voluntad de Dios, y la inefable serenidad de la conciencia.

Luisa apenas contaba veinte y seis años y ya no tenía amores ni ilusiones, viviendo, desde hacía ocho meses, de la inteligencia y de la devoción.

Al entrar su marido en su habitación, quiso abrazarla; más ella se puso en pie, y rechazándole con dignidad:

—Apartad, señor—le dijo—todo ha concluído entre nosotros; desde hoy, somos extraños el uno para el otro; seguid vuestro camino, y dejadme seguir en paz el mío, seguro de que jamás mancharé, á ejemplo vuestro, el nombre real de los Estuardos.

El príncipe se retiró avergonzado y confundido, mas bien pronto volvió á su desastrada vida, y las partidas de caza alternaban con los convites en Florencia y con las juntas sediciosas y secretas.

Mas al fin llegó á perder completamente las esperanzas de reinar: la Inglaterra le odiaba: aquella nación severa, justa, rígida, no podía apreciar las pretensiones del príncipe Carlos: entonces todo el enojo de éste se volvió contra su santa é irreprensible esposa: arrepintióse amargamente de haberse unido á ella; y creyó que, si se hubiera enlazado con una princesa de una familia reinante, ésta le hubiera dado tropas y recursos para conquistar el trono de sus abuelos.

Cuando acompañaba alguna vez á su esposa en público, había observado que la miraba con una atención sostenida y constante un hombre de hermosa figura, pero de fisonomía adusta, y que pa-

recía tener de veinte y ocho á treinta años; había tomado en el teatro el palco que daba frente al de los príncipes, y sus fogosos ojos negros no se separaban un instante del bello y melancólico semblante de la condesa.

Carlos se informó, y pronto supo que aquel hombre era el conde Víctor Alfieri, conocido como gran poeta: dos años hacía que había dado al teatro de Turín su tragedia *Cleopatra* y su comedia *Los poetas*, obteniendo una y otra un triunfo completo: ocupábase entonces de su excelente traducción de *Salustio,* había concluído su magnífico *Tratado contra la tiranía*, y sus ardientes odas á la *Revolución de la América septentrional*, y ya había leído delante de la nobleza sus tragedias *Virginia*, *Antígona*, *Bruto* y *Mirrha*. En suma, Alfieri era una de las pesonas más distinguidas de toda la Toscana por su noble cuna, y aun más por su extraordinario talento.

Al mismo tiempo advirtió Carlos el inmenso amor que sentía hacia su esposa el gran duque: este noble y desgraciado príncipe luchaba hacía cinco años con su violenta pasión, la cual, y á despecho de sus esfuerzos, empezaba ya á romper sus diques.

Una malvada alegría inundó el alma del príncipe: á través de aquellas pasiones contenidas, pero tumultuosas, veía el divorcio: ¡el divorcio, su sueño dorado! Dispuso una partida de caza, y se

ausentó por dos meses para dejar á su esposa con toda libertad.

A su vuelta quiso hallar una distracción en sus relaciones con Leopoldina; pero la joven camarista le tenía un verdadero y profundo horror.

En vano esperó el conde que su esposa faltase, como él, á las leyes de la virtud y del honor: ya hemos visto por la relación de Leopoldina el método de vida que seguía: su amable cortesía con el gran duque y con Alfieri no había llegado á inspirarles la menor esperanza: la condesa recibía á muchas personas, con especialidad á todos los extranjeros distinguidos que atravesaban los Alpes: su afabilidad, el encanto de su conversación y la elegancia de sus modales atraían á su casa á muchos personajes ilustres y lo más escogido de la sociedad de Florencia.

El célebre Alfieri rehusó durante mucho tiempo ser presentado á la condesa de Albany; conocía el irresistible encanto de esta mujer, y no quería sujetarse al yugo del amor; mas al fin, vencido por su pasión, consintió en ir á su casa, dejando para siempre á los pies de la condesa su corazón y su libertad.

VII.

Poco después que Leopoldina hubo salido corriendo del salón donde se hallaba el conde de Albany, suspendió éste su paseo, y dándose una palmada en la frente, como una persona á quien ocurre un pensamiento feliz, se dirigió á la habitación de su esposa, situada en la sala opuesta del edificio, al tiempo que daban las nueve en el reloj de palacio.

Luisa estaba ocupada en una labor de tapicería: una lámpara de plata, colocada sobre una mesa de pórfido, iluminaba su dulce y poética figura.

Llevaba un traje de raso azul, guarnecido de preciosos encajes, y un rico aderezo de perlas: sus cabellos rubios, levantados en bucles sobre su frente, estaban ligeramente cubiertos de polvos perfumados y entretejidos con una graciosa sarta de perlas, que formaba parte del aderezo y que tenían un tamaño muy notable.

La estancia estaba profusamente iluminada, pues Luisa era una de esas pocas mujeres que jamás olvidan lo que se deben á sí mismas.

—Señora—dijo Carlos entrando sin ceremonia y arrellanándose en un sillón;—señora, vengo á deciros que estoy cansado de vos y que quiero que nos divorciemos.

Luisa miró á su esposo y conoció, en su semblante encendido y descompuesto, que hacía poco que había cenado; por lo mismo, pues, bajó la cabeza sobre su bordado, y no contestó.

—¿No me oís?—repuso el príncipe;—os quiero dejar en libertad con vuestro amante el conde de Alfieri.

Palideció Luisa al escuchar este nombre; realmente amaba al ilustre poeta, y aquella pasión se había deslizado traidoramente en su corazón vacío.

—Yo no quiero separarme de vos, señor—respondió con moderación;—no busquéis pretextos deshonrosos para vos y para mí con el objeto de romper nuestro matrimonio: ya os dije que guardaría puro vuestro nombre.

—¡Es que yo no quiero vivir con vos!

—Ni yo con vos; pero me parece que vivimos bastante separados.

—¡Quiero ser libre!

—¡Lo sois! ¿Os pido yo cuentas de vuestras acciones?

—Ni yo de las vuestras.

—Hacéis mal; yo puedo dároslas muy cumplidas: preguntad.

—¿Amáis al conde Alfieri?

—¿A qué viene esa pregunta?

—¿Le amáis?

Bástoos saber que no os amo á vos; y sobra que

os asegure que conservo y conservaré puro de toda mancha vuestro nombre.

—Es que quiero librarme de vuestra presencia, señora, ¿lo oís?

—Marchaos como habéis hecho otras veces; yo no os lo impido.

—Marchaos vos, en tanto que entablo el divorcio.

—Yo no quiero dejar mi casa ni divorciarme—respondió Luisa con firmeza y haciendo un ademán que quería decir daba por terminada la conversación.

—¡Hola! ¡Me desafiiáis!—exclamó el conde que, en el parasismo de su furor, no oyó entrar un coche en el patio.

—No os desafio—respondió Luisa tranquilamente;—pero sí os digo que no me sujetaré á un divorcio para el cual no he dado la menor causa.

—¡La daré yo, pues!—repuso el conde con la fría y grosera dureza que le era habitual; y, cogiendo un jarrón de china de encima de la mesa, le arrojó con fuerza á la cabeza de Luisa.

Un raudal de sangre cegó á la desgraciada joven, que abrió los brazos, dió un grito y cayó al suelo sin sentido.

En el mismo instante se abrió la puerta del salón, y aparecieron en el umbral el anciano príncipe de Stolberg y el cardenal de York, hermano mayor de Carlos.

El anciano tomó á su hija en sus brazos y la sacó de la estancia.

El cardenal se dirigió á su hermano, que le miraba con estúpidos ojos, le puso una mano sobre el hombro y con voz fuerte le dijo:

—¡Príncipe Carlos, sois un villano! ¡Nunca os sentaréis en el trono de vuestros padres! Díos jamás os ayudará en vuestras empresas, y moriréis... como habéis vivido...

Anonadado el conde, cayó á los pies del ministro de Dios.

—¡Príncipe!—continuó el cardenal,—¡me llevo á Luisa, tu ángel bueno, no como divorciada, sino como reclamada por el Pontífice, que la arranca á tus malos tratamientos y le da por asilo mi palacio! ¡Así se hará publicar por todo el orbe cristiano! ¡Ahora que Dios tenga piedad de ti!!...

Salió el cardenal apenas hubo pronunciado estas palabras; cayó Carlos con la frente contra el suelo, teñido aún con la sangre de su esposa; mas, en medio de su estupor, oyó el rumor del carruaje que se alejaba llevándose á Luisa, á su padre y al severo é imponente cardenal de York.

Entonces alzó los ojos y las manos al cielo y gritó con agustia:

—¡Solo!! ¡solo!!... ¿En dónde están los hijos que maté?...

VIII.

La separación de la princesa Estuardo del domicilio conyugal, sancionada y llevada á cabo por el mismo Pontífice, aumentó la triste celebridad que ya había debido á las desgracias de su matrimonio.

Luisa fué depositada en el palacio de su cuñado el cardenal de York, donde bien pronto vió al conde Víctor Alfieri.

El cardenal, á pesar de su carácter severo y verdaderamente augusto, no pensó en prohibir á Luisa el trato amistoso que, desde hacía seis meses, seguía con el gran poeta; conocía la grandeza de alma de aquella noble mujer y sabía que aquel puro amor no necesitaba, para vivir radiante é inextiguible, del sacrificio de su honra.

Cuéntase que habiendo reconvenido el Pontífice al cardenal acerca de su tolerancia respecto de aquellos amores, le contestó éste con nobleza:

—Señor, en tanto que la princesa, mi hermana, consienta en abrigar su cabeza bajo mi techo, en tanto que Alfieri me dé la mano, no ha nacido en sus corazones un pensamiento culpable.

Un año después de estar en Roma, leyó Alfieri, delante de algunos nobles, su tragedia *Bruto*, que produjo algún descontento en varios de los oyentes

y que removió muchos terribles odios de familia; denunciaron al autor al Pontífice; hubo quejas é intrigas; y habiendo coincidido con estos incidentes las tentativas del gran duque de Toscana para separar á Alfieri de Luisa, á la que amaba cada día con más frenesí y menos esperanzas, el gran poeta fué desterrado de Roma.

Partió Alfieri, y fué á refugiarse á Francia; en París escribió sus tragedias *Saul*, *Agamemnón*, *Bruto II*, *Agís*, *Timoleón y María Estuardo*; pero su carácter, siempre sombrío y receloso, y su salud, que nunca había sido buena, se resintieron mucho de la ausencia de la condesa; esta mujer ejercía en él una influencia irresistible; su dulce voz calmaba todos los dolores de Alfieri; su sola vista amenguaba todos los arrebatos de su ira, que era terrible; de ella recibía su inspiración, y sin ella su genio moría, y su alma se cubría de tinieblas.

La condesa de Albany, informada de lo que ocurría, por el pintor Fabre, joven de gran ingenio y amigo íntimo de Alfieri, pidió permiso al Pontífice para retirarse al convento de la Anunciatta de Nancy; conocía bien el alma grande y sublime del poeta, y estaba persuadida de que le bastaba saber que ella vivía bajo el mismo el cielo, y poderla ver de vez en cuando, aunque fuese tras de las rejas de un convento.

Nueve años permaneció allí Luisa; durante ellos, el gran duque pudo, por fin, ahogar la llama que

por tanto tiempo había alimentado, pues no es cierto que vive el amor sin correspondencia; y siguió Luisa su vida pacífica, laboriosa y ocupada en las artes y en las letras, á las cuales tenía mucha afición.

En nada se había alterado la dulzura angelical de su carácter; pasó de la primavera al estío de la vida, sin que su belleza ni su índole sufrieran ninguna variación sensible; sin embargo, su corazón recibió rudos golpes; cuatro años hacía que se hallaba en el santo asilo que había elegido cuando tuvo que salir de él para recoger el último adiós de su padre, que la llamaba desde su lecho de muerte.

Luisa padeció mucho en esta prueba cruel; la vida del anciano había sido abreviada por el sentimiento del martirio de su hija, y ésta vió alzarse en su alma un remordimiento eterno por no haber estimado en lo que valían los consejos de su buen padre, antes de su desgraciado matrimonio.

Al cumplirse nueve años que estaba en el convento, recibió una carta que decía así:

«Señora: próximo á comparecer ante el Tribunal Supremo, necesito alcanzar el perdón de V. A.; yo sé que me lo concederá, porque conozco toda la nobleza de la hermosa alma de V. A. y porque se acordará del afecto que le profesaba su pobre Leopoldina.»

«Señora, poco tiempo después de tomar el sobe-

rano Pontífice á V. A. bajo su protección, y calmado el primer remordimiento de S. A. el príncipe vuestro esposo, tuve la debilidad de ceder á sus ruegos, ó mejor dicho, á sus persecuciones; consiguió del gran duque el destierro de mi prometido el vizconde Gualtero, el cual ha permanecido ocho años en país extranjero, y padeciendo las crueles penalidades de la proscripción.»

«Pero hace dos días que escapó del castillo en que estaba encerrado, y llegó á Florencia; penetró en el palacio de V. A. y hundió un puñal en mi pecho...»

Luisa, al llegar aquí, interrumpió la lectura, palideció, y hubiera caído al suelo, á no ver entrar en su habitación á la abadesa seguida de un correo del Pontífice.

—Señora—dijo la abadesa;—un enviado de S. S. para V. A.

El correo puso una rodilla en tierra, y entregó á la princesa un pliego sellado con las armas pontificales.

Luisa le abrió y leyó lo que sigue:

«A la princesa Luisa de Stolberg, nuestra muy amada hija, salud.»

«Sois libre; un puñal vengador ha puesto fin á la culpable existencia del príncipe Carlos.»

«Adjuntos son los títulos de donación de una renta de 60.000 francos anuales que la corte de Francia me ha concedido para vos.»

El correo del Pontífice traía también otra carta del cardenal de York, concebida en estos términos:

«Carlos ha muerto, mi querida hermana; el mismo puñal que ha dado muerte á la infeliz Leopoldina, ha atravesado también su corazón.»

«Sois libre de vivir desde hoy donde os parezca y libre asimismo en todas vuestras acciones; pero si creéis deberme algo, si me amáis, os ruego que no dejéis nunca el título de princesa de Estuardo que tanto habéis sabido honrar.»

«Os bendice y os abraza vuestro hermano

EL CARDENAL DE YORK.»

Luisa volvió á tomar la carta de Leopoldina, que concluía así:

«Y hundió un puñal en mi pecho, sepultándole después en el príncipe Carlos, á quien dejó sin vida...»

Luisa cayó de rodillas y oró por los culpados, derramando abundantes lágrimas de un verdadero dolor.

IX.

La princesa pasó los primeros meses de su luto en el convento; después se traslado á París, donde se unió á Alfieri con los lazos del matrimonio, bajo la condición expresa de que su unión había de per-

manecer secreta para complacer al cardenal, no dejando su título de viuda de Carlos Estuardo.

Sin duda, por eso, algunos biógrafos han considerado á la condesa de Albany como á la querida de Alfieri; pero otros más exactos, ó más conocedores del corazón humano, afirman su casamiento con el gran poeta, mucho más creible que un trato ilícito en dos seres tan nobles como el conde Alfieri y la princesa Estuardo.

Por más que os digan, amadas lectoras mías, que el vicio tiene atractivos, no lo creáis jamás; por más que os repitan que los grandes hombres y las grandes mujeres han sido siempre despreocupados é irreligiosos, afirmad que es mentira; sólo de las medianas han nacido los ateos, los viciosos; la virtud y la religión son las únicas sendas que conducen á la gloria y á la inmortalidad.

Los sucesos del 10 de Agosto, *los tres grandes años,* como se llamaban entonces, la caída, en fin, del trono de Luis XVI, despojó á Luisa y Alfieri de todo cuanto poseían en Francia: *pero aun les quedaban grandes recursos*, dice un biógrafo, *y además el Gobierno inglés creyó propio de su dignidad asegurar la subsistencia á la que había sido esposa del heredero de los Estuardos.*

Regresaron á Toscana, y trece años después, es decir, en 1803, murió Alfieri en Florencia, envejecido precozmente por sus impresiones siempre fuertes y ardientes; durante este tiempo, la conde-

sa de Albany fué su ángel tutelar; padecía el gran poeta horribles dolores al hígado; por espacio de trece meses pasó Luisa su vida sentada junto al sillón del enfermo, y leyéndole, en voz clara y dulce, las obras que había compuesto él mismo, y otras muchas de sus autores predilectos; otras veces cantaba acompañándose con el arpa, y de este modo era como únicamente conseguía que se calmasen los sufrimientos de Alfieri. Esta valerosa mujer, al ver enfermo á su marido, no guardó ya miramiento alguno, y se instaló en su casa para cuidarle y consagrarle todos los instantes de su vida, sin pensar en lo que la opinión pública pudiera decir de ella; no obstante, y á pesar de ser enteramente ingnorado su matrimonio, la maledicencia respetó siempre á la princesa Estuardo; Florencia entera la adoraba por su bondad, sus virtudes y su talento.

El cadáver de Alfieri fué depositado en un magnífico mausoleo, erigido en la iglesia de Santa Cruz de Florencia, escultado por el célebre Cánova y pagado á peso de oro por la condesa de Albany.

Tres meses después de su muerte, apareció una espléndida edición de las obras del gran poeta, mandada hacer por Luisa, y dirigida por el pintor Favre, amigo de ambos esposos, y el mismo que, como ya dije, avisó á la condesa la decadencia de la salud de Alfieri, cuando aquélla se retiró al convento.

X.

Luisa, durante los primeros meses de su segunda viudez, se vió inquietada por el Gobierno francés; pasó el primer año de su soledad en el mayor retiro, y luégo, viendo que seguían molestándola con una vigilancia continua, marchó á París y pidió una audiencia á Napoleón.

Tenía entonces cincuenta y un años; pero su tez se conservaba tan pura, sus ojos tan hermosos, tan rubios sus cabellos, estaba aún, en una palabra, tan hermosa, que el emperador, idólatra de la belleza de las mujeres, á pesar de su aparente estoicismo, la miró asombrado.

—Señora—dijo—con razón se afirma que el talento es siempre joven y siempre bello.

—Señor—respondió la princesa—yo no soy ya más que una pobre mujer, que desea la dejen vivir tranquila, y que, si alguna vez ha tenido talento, hoy sólo quiere conservar el de mover la piedad de V. M.

—¿Qué queréis de mí, señora?—preguntó con alguna acritud el emperador.

—Quiero, ó más bién, ruego á V. M. que dé orden para que cesen las persecuciones de que me veo rodeada.

—¿Me lo pedís como la viuda de Estuardo, ó como la viuda de Alfieri?

Palideció Luisa, porque los ojos del monarca lanzaban rayos.

—Soy la viuda de Alfieri—respondió tras algunos instantes de silencio, y con una firmeza digna y modesta.

—Entonces, señora, participaréis de las ideas republicanas y enemigas del trono, que toda su vida ha profesado vuestro esposo, y extraño mucho que me pidáis una libertad que no debo concederos.

Luisa se inclinó y se dirigió á la puerta.

—¿Adónde vais, condesa?—preguntó el emperado asombrado.

—Marcho á Inglaterra, señor.

—¿Os desterráis vos misma?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Poque, á imitación de Alfieri, detesto la tiranía, y me es imposible sujetarme á la vuestra.

—¡Sois una noble y esforzada mujer!—dijo el emperador tomándole una mano que estrechó con fuerza.—¡Lástima que no tengáis hijos!

—Señor, el talento es estéril—contestó Luisa sonriendo con la gracia encantadora que le era propia, y V. M. me ha hecho el honor de decirme que le tengo.

Una nube pasó por los ojos del emperador al ver

aquella sonrisa, que enseñaba una doble sarta de diminutas perlas.

—¡Quedaos en París, condesa!—dijo á media voz y como avergonzado de su propia emoción.—¡Vivid cerca de mí! ¡La vida debe ser muy bella junto á vos!

—Señor, Florencia me llama; dejadme volver allá, y venid alguna vez á honrar mi palacio.

—¿Me recibiréis?

—¡Oh, señor! Os recibiré y os enseñaré, ya que no tengo hijos para los ejércitos de V. M., los hijos de mi ingenio.

—¿Hacéis versos?

—¡Inspirados por vos, y para vos solo!

—¡Iré!—respondió Napoleón, besando con transporte las manos de Luisa.

Cuando ésta hubo salido, murmuró:

—¡Oh, qué mujer! ¡Por la primera vez, la fama no ha mentido!

XI.

Algún tiempo después de esta entrevista, y en una hermosa noche de estío, Luisa, sentada junto á la ventana de su gabinete, aspiraba los perfumes de innumerables flores que morían en vasos de pórfido.

A su lado, el pintor Francisco Javier Fabre la miraba con tristeza.

—No penséis en eso, Javier—dijo ella tras algunos instantes de silencio:—no quiero volver á casarme: mis dos primeros matrimonios tienen excusa: creí amar á Carlos, y quizá le amé mucho, pero su conducta mató mi amor: hallé en Alfieri la realidad de mi ideal, y le amé también: por eso me casé con él; mas á vos os estimo como á mi amigo y no puedo casarme.

—Ya sé que no me amáis, Luisa—repuso Fabre tristemente;—pero os amo yo y deseo pasar á vuestro lado mi vida. ¡Oh, no sabéis desde cuándo os amo!

—Decídmelo.

—¡Desde el día primero que os vi! ¡Era ese amor voraz que algunos adolescentes conciben por una mujer que puede ser su madre!

—¿Y no se ha apagado?

—¡No!

—Pues, hijo mío, mi edad ya no es á propósito para inspirar amores—repuso Luisa sonriendo;—¡tengo más de cincuenta años!

—¿Qué importa, si sois tan bella? ¿Qué importa, si vuestro corazón es tan sensible, vuestra alma tan elevada, vuestro talento tan encantador y vuestra imaginación tan fresca?

—Vamos, Javier, olvidad vuestras locuras.

—¿Me despedís?

—Si no mudáis de conversación, sí; idos y dejadme que ruegue á Dios, como lo hago todas las noches, por el alma de Alfieri; ya sabéis que tengo mi sepulcro abierto en su mausoleo, y que él mismo dejó escritos, antes de morir, nuestros dos epitafios; ¡pronto iré á ocupar mi sitio á su lado!

Fabre nada contestó y salió silencioso y sombrío.

—Este hombre me da pena—murmuró Luisa.—¡Extraño destino el mío!

. . . . . .

. . . . . .

Seis meses después se casaba Luisa con Fabre, agonizante por los inútiles esfuerzos que había hecho para ahogar aquel amor.

A los dos meses de celebrado su matrimonio, el joven pintor dejó el lecho más fuerte, más contento, más feliz que nunca, y sus obras adquirieron, bajo el influjo de Luisa, un sello de belleza radiante é inmortal.

XII.

Luisa hizo su testamento á los sesenta y cinco años de edad, dejando heredero á Fabre de todos sus bienes y de todos sus libros, manuscritos, cuadros, esculturas y otros objetos de arte, que á su vez había heredado de Alfieri.

Todavía vivió siete años, sin embargo, y la edad, al robarle su belleza, le dejó la augusta expresión de una alma incomparablemente hermosa y de una conciencia purísima; no le robó tampoco el tiempo el cariño de Fabre, cuya pasión no hizo más que variar de carácter; en tanto que vivió la condesa, fué ésta su consejera, su amorosa amiga; cuando murió, el pintor iba á postrarse ante el mausoleo donde descansaba al lado de Alfieri, para pedirle inspiración.

Luisa falleció á los setenta y dos años de su edad; aun estaba hermosa en los últimos meses de su vida, con sus cabellos blancos como plata cayendo en largos rizos, y sus ojos negros llenos de ternura.

Esta admirable mujer debió su celebridad, menos á su alto nacimiento que á sus desgracias, á sus virtudes, y sobre todo, á las inmensas pasiones que supo inspirar; su amor hacia el gran Alfieri, y el que éste le profesó, elevaron más que nada el pedestal en que descansa su augusta sombra, tan regiamente virtuosa, tan soberanamente bella.

No profanó el amor cuando la edad empezó á marcar en sus facciones su destructora huella; de los veinte años que estuvo casada con Fabre, diez y ocho fué su amiga, ó su madre más bien: su carácter noble é ideal no podía permitir entre ambos más estrechas relaciones.

Había vivido como una mártir, y murió, como

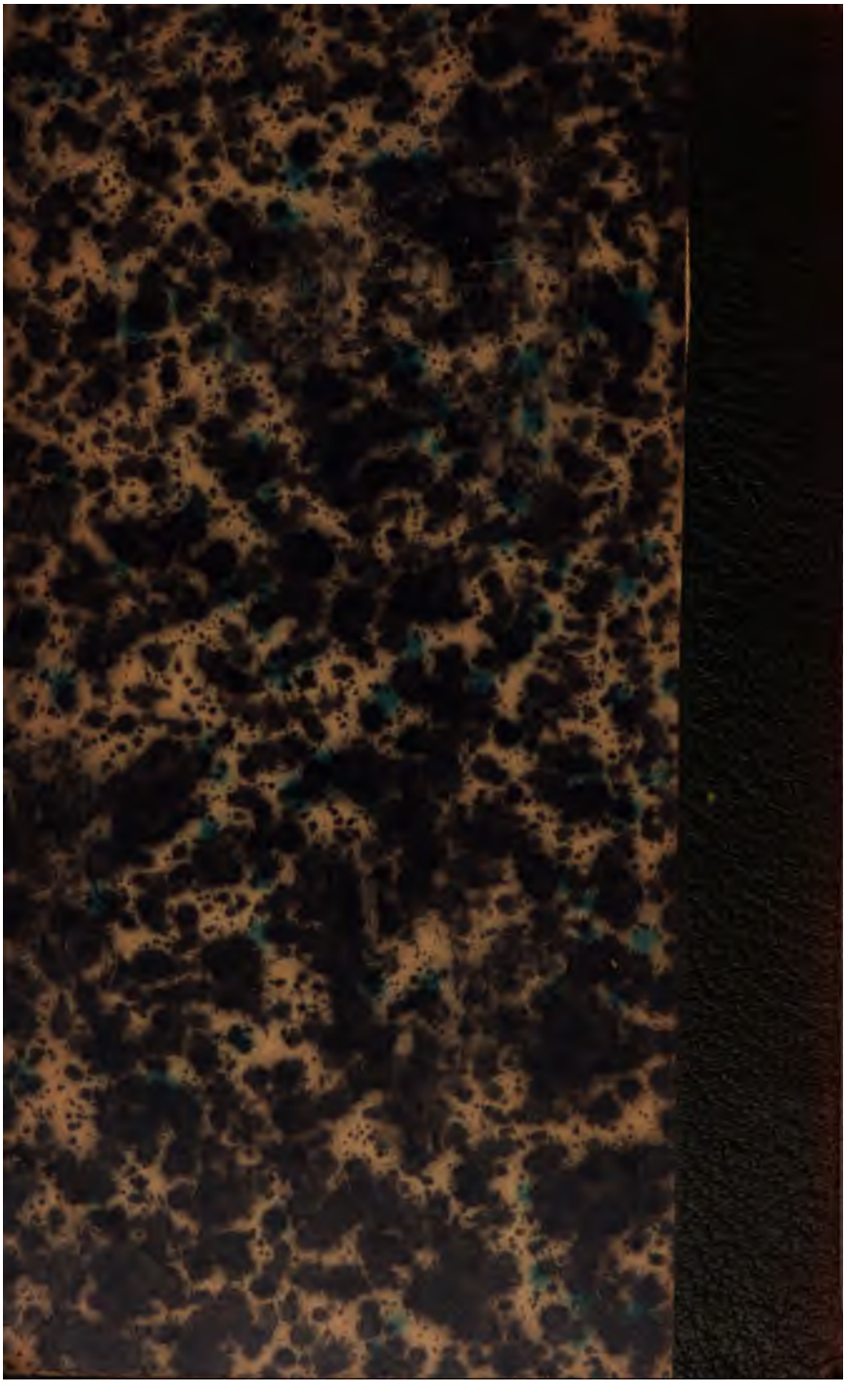
una santa, en Florencia, el 29 de Enero de 1824.

Fabre no volvió á amar: colocó en la galería de dicha ciudad los retratos de Luisa y de Alfieri, detrás de los cuales hay escritos dos excelentes sonetos de la mano del gran poeta.

El tercer matrimonio de Luisa fué también secreto; pero Napoleón lo supo, y, durante un año, estuvo devorado por una negra melancolía.

Luisa demostró que el corazón es como el cielo: en aquél caben muchos amores, como en éste se multiplican los sitios á medida que hay más ángeles; pero como los ángeles en el cielo, los amores en el corazón tienen también sus jerarquías.

FIN DEL TOMO TERCERO.

Stanford University Library
Stanford, California

In order that others may use this book, please return it as soon as possible, but not later than the date due.